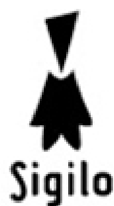

ALGO MÁS
MARCELO
COHEN
Sigilo



MARCELO COHEN

Algo más



I

Por las tres avenidas centrales de la ciudad avanzaban espesas corrientes de sujetos exasperados. Fluían y fluían, y cuando se derramaban en la plaza no hacían multitud, aunque se aglomerasen, porque cada uno miraba hacia un lado diferente. Se estaban rebelando y no tenían experiencia. Ciento veinte guardias disuasores se habían dispuesto en un cerco blindado ante la casa de la Regencia. Desde los despachos superiores del edificio achampiñonado atisbaban funcionarios desdeñosos pero cohibidos, que retrocedían cada vez que un melón o una bomba de tripas de cerdo se estrellaba contra las ventanas, y en el observatorio del último piso los cinco vicerregentes se turnaban para hablar por altofonía. Llamaban a la serenidad y el diálogo, pero en la plaza ningún argumento alcanzaba a oírse en medio de la tromba de coros discordantes. Tampoco los guardias se ponían de acuerdo: mientras una falange rociaba espuma enervatoria, otra empezó a lanzar chorros de gas narcótico. En el gentío se multiplicaron diversas reacciones químicas; colisionaban entre sí las conductas. Los grupos mejor preparados encendieron hogueras entre las estatuas de la plaza, usando incluso ramas de un castaño ornamental; destacamentos desquiciados se apuraron a echar al fuego cuartos de reses que los acaparadores de comestibles habían dejado pudrir fuera a saberse dónde. Familias repentinamente apiñadas en hordas se abalanzaron a devorar pedazos de carne chamuscada. Viejas y niños apedreaban las oficinas del comisariado de Haberes Comunes; de la marquesina del edificio colgaban flecos de cables y tuberías como venas de una cabeza cercenada. Una facción de rebeldes con capucha había forzado las puertas del ahorraticio Tursuma & Vop; otra facción pintarrajeaba la fachada de la Banca Ornagucu: No queremos esto. Combatientes estudiantiles se desgañitaban para impedir que un círculo de protestantes arrodillados siguieran flagelándose. Ciudadanos, no ofrezcan su sangre, clamaban, en alternancia con una consigna de advertencia al otro bando: Lo nuestro no es de ustedes sino de todos.

Al impulso de los grupejos insurrectos, ahí estaba el levantamiento de toda la población media de Isla Kump, que veinte años de prosperidad menuda habían bastado hasta entonces para mantener, si no enajenada, más o menos adormecida. Algo empezaba a funcionar mal. Un tercio de esos sujetos había puesto sus excedentes de dinero en manos de consejeros de ahorro, con el fin de incrementarlos, y los expertos los habían invertido en sal-moneda, con el aval del distraído gobierno; por desgracia el precio de la sal-moneda dependía de cuánta de la preciosa sal de nuestro mundo de río los traficantes

panorámicos quisieran poner en circulación en cada momento, y últimamente habían puesto en circulación grandes cantidades, con el consiguiente descenso de los valores, y ahora el resultado era que los ahorraticios y bancas estaban estrangulados por los traficantes, no podían devolver los depósitos y el gobierno había empeñado su presupuesto, y luego apretado las tuercas del gasto estatal, en prestarles fondos para salvarlos de la bancarrota. En balde. Bancas y ahorraticios habían usado todos los fondos de salvataje en fortalecerse sin soltar un bit de más a la llamada clientela. Ahorristas despojados, miles de funcionarios despedidos, el resto de la población sin servicios públicos, la producción en zozobra, los alquileres y los insumos por las nubes y la tercera parte de la isla en la súbita escasez cuando no en la intemperie: tal el saldo de la falsa promesa de cumplir con los compromisos no bien se restablecieran. De la mañana a la noche el estado se había vuelto insolvente y dos tercios de la población muy flaca. La calamidad no habría sorprendido a un estudioso de las sociedades de tiempos antiguos, cuando a una descompostura económica general seguía un período de estreñimiento, otro de aparente salud y a este una nueva descompostura, o la misma, y así de seguido hasta que la civilización moría a fuerza de repetirse. Pero el fin llegaba después de muchos ciclos, muchos; de modo que por el momento Isla Kump también iba a curarse, o reponerse, sin que los expertos ni el estado ni la población aprendieran algo que los librase de enfermar de nuevo, porque nadie leía los pocos manuales de historia que habían subsistido. Entretanto la gente estaba furiosa.

Varias narraciones fílmicas de esa coyuntura incluyen documentos sobre el trasfondo de la tempestad. Los especialistas en manejar dinero habían hecho para el culo sus afamadas maniobras de especulación acumulatoria, salvo para ellos mismos, sus estructuras y sus empleados de jerarquía. Eran más ricos que antes, pero no más astutos. Se habían patinado los depósitos de sal-divisa de hasta el último mecánico de motores y la más metódica anestesista de hospitalio, mientras los plutócratas, que ganaban millonadas porque tenían trato directo con los monopolios de traficantes, vivían fuera de la isla en atolones privados. Los más confiados ideastas del porvenir suponían que, siendo el sistema en sí el causante del dolor, se podía dirigir la furia del pueblo engañado a derribarlo e instaurar un sistema más clarividente.

Claro que ahora, desde la plaza revuelta, el asiento central del sistema a reemplazar no se veía; ni siquiera se divisaba. El verdadero poder estaba muy lejos, o fuera de órbita, o se había desintegrado como una bomba de fragmentación; como un universo. Tampoco se veía que el pueblo imaginase un mundo adonde le gustara dejarse encaminar por uno que otro estratega. No había modelos. La verdad no nos asombra, aseguraba el cartelón que enarbolaba una curtida señora jadeante. El gobierno se descargaba con ataques de nervios, que luego iban a disculparlo por haber usado la violencia. La gente se descargaba destrozando todo, sin pensar que más adelante algo pudiera servirles. Devolvámonos el porvenir por nuestra cuenta. Una rígida

columna de idealistas organizadores se esparció por la plaza como las nervaduras de una hoja perenne. Pero la hoja también se disgregaba. No daba la impresión de que los rebeldes indistintos supiesen qué querían, aparte de comer; qué imaginaban que iban a hacer con la porción de poder que sin darse cuenta estaban pidiendo.

De la terraza de la Bedelía de Calma despegaron siete burbujas de la fuerza de orden; la flota se desplegó por encima de la muchedumbre; como heces del irritado colon estatal empezaron a llover bollos ígneos. Segundos después mujeres y hombres con la ropa en llamas corrían hacia los extintores atropellando a otros que venían más atrás. LA DISCIPLINA DE LOS JUSTOS ES MÁS FUERTE QUE EL EGOÍSMO. Una nueva oleada de militantes técnicos lanzó su brigada de robotinques, que reenviaron algunos de los bollos ígneos contra la fila de guardias que blindaba la Regencia. NO NOS CUIDEN MÁS. Entre la agitación y las heridas los sublevados se reagrupaban usando dispositivos mentales de enlace: miríadas de mensajes reverberantes se cruzaban en la humareda irisada. EL MAYOR ORGULLO DE ESTE PUEBLO ES SU ORGULLO. Con cada intento de coordinación la masa volvía a reventar como una lámpara en la incandescencia de su propio gas. Ululaban flaybulancias, esquivando los móviles flotantes de los cronistas. En la ausencia de jerarquías arreciaban los insultos, los alaridos, los alardes de coraje y de obcecación, el dolor de la carne herida y el llanto. Desde las altas torres de las corporaciones, flamantes alianzas de sediciosos y empleados frenéticos lanzaban contra los robots de seguridad piezas de equipamiento que los indigentes de abajo trataban de atajar, así se jugaran la vida, para poder llevárselas sin que se rompieran contra el asfalto. Todo esto iba sucediendo cuando, en la esquina de la sede central del consorcio Ratgon, un muchacho alto y oscilante como un ciprés rompió su quietud para protegerse bajo una cornisa. Como caminaba hacia atrás, no vio al muchacho membrudo, medio pelirrojo y hosco que también estaba retrocediendo. Chocaron en el vértice de un ángulo de treinta grados. Lo primero que sorprendió a cada uno fue la cortesía del otro.

Uy, perdón.

No, si no es nada.

El alto tenía una piedra en la mano. El otro empuñaba una pata de escritorio.

Emociona que el pueblo se levante, dijo el membrudo mirando al otro un poco desde abajo. Es que esos crunches nos roban la vida, contestó el alto. Asintieron a dúo, mirando, pero era como si intentasen leer la maraña de acciones desde una insatisfacción más honda que la que excoriaba la plaza. Estaba pensando, dijo el alto, en cómo se podría atacar bien, digo para conseguir un resultado, de veras un resultado. Ahá; ¿y cómo lo ves?, dijo el robusto. Ehm, me parece que es lógico enfurecerse, pero para atacar bien el corazón del sistema con esto no alcanza. No; es que hay quinotos que se escandalizan porque el municipio no lava bien las calles, o porque el vecino acuesta tarde a los hijos. O se arrabian porque hay demasiados obreros de otras

islas trabajando en esta. Cut; escandalizarse sale muy fácil. Cierto, y no es lo mismo haberse quedado en la calle que esperar demasiado al médico. Habría que diferenciar entre furias.

En este punto cada mirada se ramificó en dos: una de excitación romántica y reservas hacia la protesta, otra de complicidad con el desconocido.

Es que algunos son perjudicados y otros solo se sienten víctimas, dijo el pelirrojo membrudo. Sí, dijo el alto; los mismos que hasta hace un mes adulaban al verdugo. ¿Cuáles? Los que nomás se sienten víctimas. Sí, pero todos gastan energía en romper; es como la ira de los personajes en una obra de teatron. Cierto es que realmente hubo un filgue escandaloso; nos engatusaron y después nos filgaron hasta el tuétano; y van a volver a filgarnos; este mecanismo choto hay que cambiarlo. Claro, como en las revoluciones de la antigüedad. Cut, grandes transformaciones; cierto que para eso primero hay que plantarse; dar la cara; resistir. Sí, impedir que nos desangren. El robusto, que no era nada alto, señaló la plaza: La sangre ya nos la están chupando, dijo; y pueden llegar a matarnos. Por eso vuelvo a decirlo: lo primero es resistir; durar, diríamos, ¿no?

¿Por qué esta gente no se subleva más seguido?

Me parece que solo se avivan de la injusticia cuando es flagrante.

Tampoco serviría de mucho que se sublevaran seguido, mientras sigan sin tener pensada una alternativa.

Cut, cut. En los ciclos de antes los revolucionarios tenían todos los pasos muy preparados, la ruta.

Pero derrapaban, ¿no?; cuando tenían el mando y había que dar pasos nuevos claudicaban.

Habría que preguntarse si vale la pena dar tantas vidas contra un régimen de tarados para poner en el poder a un ejército de posibles neuróticos.

Con taras de origen como uno; es que nacimos en esto, adentro de esto.

Yo un poco tarado me siento.

Cut, lo que no sé es cómo se empieza a hacer algo…

¿Algo útil? ¿Digamos productivo?

Sopesaron en silencio las palabras que habían usado, algunas, como reconociendo que no eran las palabras precisas. El alto se rio: Habría que empezar encontrando un nombre para lo que uno quiere, dijo. Dejó caer la piedra para abarcar la batalla y agregó: Tanto fuego tenemos, y tan poca imaginación.

Yo me llamo Tamastú, dijo el membrudo. Piernas cortas y combadas, pelambre color óxido embarrado, ojos verdes, camisola blanca sin cuello, fuera del pantalón y arremangada. Las aletas de la nariz infladas por una respiración fogosa.

Yo Gaco, dijo el otro. Espigado, pálido, ojos y pelo castaños, algo agobiado por efecto de la altura, una calma adoptada por consejo de sí mismo. Bajo el impermeable beige asomaba el cuello de una camisete beige.

No se dieron la mano sino palmadas en los hombros.

Por encima de la cornisa apareció una lenta burbuja flotante; destapó un orificio para expulsar chorros neutralizadores y un grupo de chicas se desplomó al unísono sangrando por la nariz. Dos combatientes trepados a la cornisa alcanzaron a enganchar garfios en los sensores de la burbuja; colgados con cuerdas y poleas, empezaron a sacudirla, alentados por Gaco, Tamastú y muchos más, hasta que los comandos del aparato enloquecieron y el conjunto completo se desplomó en la avenida Sepki, donde el casco del aparato se abrió estrepitosamente en gajos y aplastó a uno de los piratas y el carrote de una vendedora de aguagrís. El aliento de los rebeldes se heló en horror. Un tripulante tan joven como las chicas salió a gatas del amasijo de corniplast y se desmayó de bruces contra la bota del pirata aplastado; dentro del amasijo, otro guardia gritaba sin lograr zafarse. Se había largado a llover, para colmo, y el aguacero ya embebía todo de los venenos del aire. Resollando, Gaco y Tamastú escanearon el torbellino. Cada uno se embutió en su capote aséptico. Había demasiado por donde empezar.

Hay que moverse, dijo Tamastú, y soltando el palo corrió hacia los caídos; Gaco corrió detrás de él y en seguida se estaban afanando entre los añicos de la burbuja y los miembros lacerados y, mientras Tamastú abofeteaba a las chicas para que se despertasen y les masajeaba el pecho procurando no inquietarlas, Gaco ordenaba, por primera vez en su vida ordenaba, a quien estuviera cerca que lo ayudase a mover los cuerpos, rasgar tela para vendarlos, buscar agua y llamar a los camilleros de los grupos de autodefensa. Solo que no había autodefensa. Tampoco había asistencia para esa gente. Cómo es que todavía no aprendí primeros auxilios, murmuró Gaco.

Estacionado a unas cuadras Tamastú tenía un cocheciño no muy estropeado que había sido de su padre, según iba a contar. Empapados, chapoteando, dejaron a los ilesos con la brigada de auxilio que habían logrado improvisar, y a los tres heridos más graves los cargaron en el asiento trasero. Esa tarde no se movieron del hospitalio, ni esa noche. Se pusieron al servicio de un personal sanitario tan venido a menos como los ingresados. Pronto se dieron cuenta de que en ese resumen humano de la batalla se duplicaba el desconcierto.

Caridad, dijo Tamastú, hay que aplicar la caridad si uno quiere entender. Cut, a lo mejor la caridad da lucidez, dijo Gaco. Total, dijo Tamastú, el odio por los jueputas no vamos a perderlo. De modo que reunieron sus posibles reservas de lucidez para detectar a los sanitaristas compasivos y sugerirles formas de organización más eficaz, dentro del apremio de la circunstancia. No se les escapó que con cada paso a la acción topaban con una prioridad nueva. En ese trance, antes que nada, la revuelta necesitaba superar la confusión. Los más confundidos eran los niños, que también podían ser el campo más fértil para plantar conciencia, y que seguramente tendrían además un mulgazo de ocurrencias originales. Había niños perdidos, niños aturdidos y niños lastimados. La tarde siguiente, a la salida de sus trabajos, Gaco y Tamastú volvieron al hospitalio para ocuparse de ellos; les contaron cuentos que más o

menos recordaban de sus infancias, tranquilizaron a los padres que habían descubierto adónde ir a buscarlos, contactaron con los padres faltantes, enseñaron a esperar a los brachitos impacientes, les impartieron rudimentos de cuidado de sí y nociones de intransigencia, y de paso las aprendieron mejor ellos mismos.

II

Pasaron tres o cinco días. Como habría augurado el que aún leyese manuales de historia antigua, la revuelta amainó; el gobierno fingía abrir las orejas a los reclamos; los rebeldes se creían en condiciones de negociar; plásticamente, una forma de orden no del todo igual, pero no muy diferente, se aprestaba a reemplazar al orden perturbado. Tamastú y Gaco no iban a decepcionarse; ya se habían prevenido pasando a un modo de acción menos efímera que la revuelta. Si algo los inquietaba era que los niños se aburriesen; porque si bien en el hospitalio faltaban medicamentos pero no dispositivos de entretenimiento, cachuzos pero dispositivos al fin, con sus emociones deportivas y sus aplicadores frontales para simular experiencias en salitas de baile, viajes turísticos, maratones de natación o partidas de caza, fiestas en estaciones espaciales o sensaciones de dar la teta para que las frigatas jugasen a ser mamás, los chicos, con los ojos entreabiertos, pasaban las horas sin moverse en una zona intermedia entre esas escenas mentales y el hospitalio; el aburrimiento infantil era una muestra estadística del aburrimiento del mundo. Como el intríngulis de fondo era muy vasto, por fin Gaco y Tamastú se tomaron una tarde libre para sentarse en un taberno a retomar la conversación donde la habían dejado.

Me pregunto si se puede conseguir realmente que haya más igualdad y menos julinfismo, dijo Gaco. Yo tengo fe, dijo Tamastú. ¿Fe?; ¿cómo, fe?; ¿la fe no se pone en algo que ya existe? Bueno, entonces tengo confianza. Cut, sí, la confianza sirve para seguir adelante. Adelante, mmm, actuar…, dijo Tamastú; tal vez lo que hay que hacer primero es pensar lo que hay que hacer. Y cómo decirlo; de acuerdo, pensemos.

Bebieron sus aguagrises; masticaron hojaldres de ciruela, reflexionando. El alcohol les fertilizó los cerebros.

Hay que poner mucho esfuerzo en modificaciones minis pero irreversibles, dijo Gaco. Sí, dijo Tamastú; hay que concentrarse en arrebatar a los aprovechados algo que no puedan quitarnos nunca. Claro, concentrarse con paciencia, con perseverancia. Algo que podamos dejar para los que vendrán.

Ehm, cut… pero por el momento venimos nosotros.

Sí, pero están las criaturas.

De esas nadie se ocupa, sí, pobres; los adultos que antes de ayer se desgañitaban de ira pasado mañana se calman, porque les sueltan otra miguita de bienestar, y los que están satisfechos siguen aprovechando.

La acción correcta habría que hacerla cuando todos están balsinos, unos y

otros.

Cuando siguen usando la naturaleza, cada cual a su manera.

La naturaleza, sonrió Tamastú; usar la naturaleza; ja, como si fuera una sirvienta, una cortina; como si fuéramos superiores a los animales y el agua.

Como si no estuviera todo todo hecho de los mismos elementos, nosotros y las montañas.

Por unos minutos se extraviaron en los respectivos álbumes interiores de sus vidas, con tal intensidad que no les costó contarse lo que veían. A Tamastú le gustaba hacer cosas con las manos. Aunque era hijo único, había traicionado el mandato de una familia de juristas para conchabarse como aprendiz en el taller de un maestro de ebanistería, un arte elemental, inmemorial, delicado y últimamente arcano. El padre, un ex fiscalio ya viudo, lo repudiaba. Por suerte la novia, Dúrtil, la misma y la única desde la adolescencia, lo había alojado en su apartamento con amor y con la salvedad de que no se le metiera en la cama cuando ella no quería.

En cambio Gaco aún se demoraba en la casa de su familia, muy amplia desde que las hermanas se habían casado, ayudando a la madre a moderar las rabietas de un padre arquitecto muy disminuido por una derenteniosis. Había estudiado, aunque ni esa tarde ni nunca llegó a aclarar bien qué. Trabajaba en un centro de control de cangrejos recolectores de basura; la atención responsable que dedicaba a las ciento treinta y dos pantallas de seguimiento no le impedía leer a escondidas ni aprender bastante sobre las calles de la ciudad, sus gentes y sus desperdicios; pero le temía al tedio, a la inapetencia.

Para mí hay dos cosas, dijo Gaco de pronto, que nos hacen débiles frente a los engaños del sistema: el sopor y los entretenimientos. Ya habían vuelto los dos al presente de la mesa de bar. ¿Vos escribís?, preguntó Tamastú. Sí, casi siempre. Chunqui; entonces escribamos historias para los chicos aburridos; historias que cuenten lo que menos se esperan. Sí, hasta se podría vivir de eso, dijo Gaco. Tamastú lo atajó levantando la mano; le contó que en el taller de ebanistería había visto juguetes, esas miniaturas de animales, de gente o de artefactos que los pupurlines de ciclos pasados habían usado para teatralizar la realidad según la veían ellos, o para inventarse otra. Sí, ya sé, por ejemplo hacer carreras de cocheciños, dijo Gaco. O darle de comer a un bebé, o armar un corral con ovejas, o montar pieza por pieza un barco que flotase, o ir a la guerra con una amiga o simular el vuelo de un flaybús sosteniéndolo con la mano. Ya, ya; además debe ser una actividad muy formativa; muy bien, cambiemos los juegos de esos niños; vos dirigís lo técnico, yo aplico.

Inspiraron hondo, graves de expectativa. Conversaron un rato más. A las nueve de la noche Tamastú se disculpó de golpe; tenía que irse porque su novia estaba con gripi. Te llevo, dijo Gaco en seguida. Bueno, gracias; ¿vos no tenés frigata? Estoy por tener, dijo Gaco. Parecían llenos de aire.

Dos días después ponían manos a la obra. En el horario nocturno que les cedió el maestro ebanista para usar el taller, mal que bien alistaron un primer estoc de camioncetes, muñequinas y mueblecitos de colores primarios, todos

con un toque de vejez extravagante. En el hospitalio les permitieron abrir un espacio lúdico para los internados de corta edad. La fantasía de los niños se activó con un motete de murmullos hechizados; a poco ya se pasaban horas montando escenas en miniatura, como una carrera entre palafrenos, árboles y flaymotos, cuyas reglas y argumentos a Gaco y Tamastú les alegró no entender. A sus padres les hablaban de los juguetes como si fuesen personas, y los padres más sensibles difundieron esa novedad entre sus amistades, elogiosamente, unos porque sus hijos volvían a comunicarse con algo, otros porque ya habían cedido a la tentación de usar los juguetes ellos también. Gaco y Tamastú tuvieron que aumentar la producción. En el centro de control de recolección de residuos Gaco había conocido a Romirdu, una administradora flexible y práctica como las chicas y belicosa como los varones. Tenía unos ojos encantados y el tabique de la nariz torcido de nacimiento, como si hubiera llegado al mundo después de una pelea. La entusiasmó la perspectiva de colaborar con ellos en la comercialización. Romirdu llamaba "chiches" a los juguetes, una palabra de halo arcaico que ellos adoptaron. Tres personas ya eran un grupo; a cambio del respaldo mutuo todos tuvieron que resignar ciertas aspiraciones individuales. Los pedidos que recogió Romirdu convencieron a Gaco y Tamastú de encargar algunas matrices, de modo que un poco en serie, pero sin traicionar el arte, en unos meses ya despachaban suficientes juguetes de perlonato, más unos lotes en madera para los eventuales exigentes, para abastecer una soterrada moda de juegos infantiles y para más o menos vivir de las ventas mientras seguían pensando. Un par de meses más y a Gaco le llegó el día de dejar su trabajo en el centro de monitoreo.

La independencia tenía sus bemoles dilemáticos. Por ejemplo, qué hacer con el dinero si había algún ahorro. Para evitar el peligro abismal de guardarlo en un ahorraticio, Romirdu les presentó a un tal Henga-Nósul, un experto banquiduo de los que habían medrado desde el último escándalo. Atendía en una cabina presurizada, con un pulcro despliegue de cuadernaclos y electrodos y un joven ciborgue con módulo poliganglionar de memoria profunda. Muy a su disgusto le dejaron veinte mil panorámicos que en un santiamén habían desaparecido por una ranura y transformados en signos corrían por el espacio financiero rumbo a un remanso de inversión de riesgo mínimo, todos empujando bolitas de desechos pecuniarios como escarabajos peloteros. Ahí esto va a rendir una miseria, protestó Romirdu. Dará, dará en su medida, aseguró el afable Henga-Nósul. El hombre detestaba el régimen tanto como ellos. Insinuó que en caso de necesidad o emprendimiento podía incluso adelantarles una suma que él se iría cobrando de los beneficios del depósito. Ellos le dieron la mano, no palmadas.

Ahora les tocaba instruirse en el empleo del tiempo. Aunque los juguetes eran cada vez más virtuosos, la producción empezaba a cobrar una inercia, como si se hiciera sola. A todo esto, en la isla volvía a circular algún dinero. Gaco y Tamastú descubrieron que en los comederios y restaurantes ahora repoblados había padres que amenizaban las sobremesas de los niños con

juguetes fabricados por ellos, los padres. Poniendo atención, advirtieron que al mismo tiempo estaba decayendo la inventiva de los niños. Repetían las situaciones; dejaban los chiches dispuestos sobre el mantel, como migas, y en seguida se ponían a mirar a otros lados, en especial para adelante, o se enchufaban a la Panconciencia, de donde salían impacientes y desilusionados. En vez de estimularlos, los padres se disgustaban; los acusaban de aburrirse de todo en seguida y la monodia de reproches terminaba por aburrirlos a ellos también; a veces se olvidaban los juguetes en los comederios, con naturalidad, como si el aburrimiento fuese la condición para que los estados de calma de la sociedad durasen más. Oportunamente a Tamastú se le ocurrió recoger todos los chiches desechados que podía; justamente porque estaban deslucidos, fueron los primeros en ir a manos de los coleccionistas, gente con gran olfato para el momento en que una moda palidecida se transformaba en pasado interesante. Ellos dejaron de fabricar; no iban a surtir de artículos flamantes a acaparadores que los desgastarían para exhibirlos y venderlos como antigüedades efímeras. Fue el ocaso de esa empresa.

Es que cosas como los juguetes son el pasado, dijo entonces Gaco. Es cierto, dijo Tamastú; tenemos que plantearnos un futuro.

Pero un futuro que no sea escaparse de lo que acaba de pasar, qué digo, peor, escaparse de lo que todavía no pasó del todo.

Es cierto; qué tanto mirar para muy adelante.

Exacto, tenemos que ofrecernos un ahora.

El ahora es lo que la gente más dejamos escapar, ¿no?

Y lo que más nos roban.

Hay que estar en lo que está pasando, asirlo.

Pero sin aferrarse tanto.

Estas ideas les parecieron muy justas. La realidad era una riqueza imponderable, con sus pedruscos, sus hojas caídas, sus brotes nuevos, sus residuos, sus gemas; sus gomas podridas, sus agujas desechadas y sus torrentes de primavera, sus peces viejos y sus cardúmenes de alevines; con sus relojes, sus sillones, sus libros, sus lapiceres, sus probetas, sus magnolias, sus montañas, sus lombrices, sus ciudades vistas desde el aire o desde el centro del río, sus escaramujos, sus ojos verdes o negros, sus leptones. No era inefable, no no; no se terminaba de decirla nunca. La realidad era variadísima, mucho más que el diccionario, y tan compleja que lo único que cabía era celebrarla. En cada momento.

Lo mungo es que los humanos vivimos en una réplica de la realidad, dijo Tamastú; cada palabra que usamos, cada nombre que le damos a una cosa, es un ladrillo más del sótano mental en que vivimos. Para liberarse hay que abrir los sentidos al mundo, dijo Gaco.

Pensando a dúo se les calentaba el pensamiento; las ideas se acoplaban y, después de un chirrido, daban a luz ideas nuevas a un ritmo placenteramente veloz. Calcularon de paso cuán fértil podría volverse la imaginación si un día lograban reunir varios quinotos como ellos; añadieron esa tarea a la lista.

Mientras, se persuadieron de que el producto humano artificial que más podía abrir los sentidos a la realidad era el cinema, siempre y cuando no acordonara la realidad en el orden tiránico de las historias, como en esos filmes en que los enigmas siempre se aclaraban al cabo de seis o siete peripecias o los amores tenían finales malos o buenos pero claros. Con esos métodos solo se podía contar siempre las mismas historias y de tanto repetirse el arte del cinema se había momificado. Las historias con planteo, enigma y solución, en sus aparentes variantes para mujeres y hombres y demás, sin distinción, los convertían a todos en devoradores viciosos de historias. Una lástima. Verlo tan claro los sorprendió. Tal vez se pudiese impresionar al público con un cinema que no contara nada.

Eso, dijo Tamastú; un cinema que muestre lo que hay afuera de nuestra mente ombliguista; retazos de la riqueza de lo que existe, toda esa vivacidad, vivacidad, no sé cómo calificarla.

Mejor que eso, precisó Gaco: un muestrario tomado de la continuidad chiribaza de todo lo que hay.

Cut, claro que en ese caso estaríamos eligiendo, señaló Tamastú; con un muestrario estaríamos decidiendo qué partes mostrar y de algún modo determinando un orden.

Cierto; habría que filmar al tuntún, dejándose llevar por la realidad misma, y después ofrecer esas muestras.

Cada uno buscó en la memoria cosas que había visto: una ventana que el viento abre de golpe, las vetas del cielo en una tarde de invierno asombrada, una frigatita con botas saltando en un charco, un búho asomando por la hendija de un tronco, pasajeros de pie balanceándose en el tranviliano, caras subyugantes en una muchedumbre, un carguero navegando por el río quieto en un amanecer de baja presión, grúas de puerto negras contra el cielo violeta en los primeros albores, la coreografía aérea de una bandada de astules, un fósil, la actividad de los ciborgues en un panaderio fragante a la madrugada, alademoscas, muros, laderas, frisos, nebulosas, lápidas, gobelinos, guindas, sandías, resbalones de gente en la calle, garúas, aguaceros, culebras, implantes cocleares, antracita, la cosecha del arroz, el ceño liso del anestesiado durante la disolución de una piedra renal, el proceso de impresión de un páncreas para el doliente, lunas en diversos estados, invernáculos para la cría de vacas en la fría atmósfera del planetoide Monf, bombardeos, inundaciones, jornadas de playa, un elenco de pasajeros interisleños ensoñados en la borda de un catamarán, muelles deshabitados, estaciones repletas, páramos, ciénagas, oteros, las pequeñas incisiones de un lenguaje personal que alguien deja en el zócalo de madera de una casa ajena.

Tienen que entrar olores y sonidos, dijo Tamastú.

La sola perspectiva de compartir tanto con los demás los deslumbraba. Estarían ofreciéndole lo real a espectadores acorralados entre sus neuroimplantes noticiosos, los cables de conversación y los conectores a viajes turísticos por pantallátor. La realidad los impulsaría a aprender los nombres de

miles de cosas.

La gente tiene el cuerpo electrificado y un cable del cráneo en conexión a corrientes de objetos remotos, dijo Tamastú. Ya ni siquiera se enchufan a la Panconciencia, dijo Gaco, que al menos es un deseo de conocer una conciencia por dentro. Un deseo de conocer a desconocidos, al menos.

Se les ocurrió que antes que nada había que acercarles la realidad al cuerpo. Eso mismo; acercársela hasta las narices. Así que compraron filmerrodios, estudiaron minuciosamente las reglas de la filmación, practicaron y, habiendo descartado las reglas que los condenaban a filmar solo casi lo mismo que otros, anduvieron por sendas vecinales, caminos de sirga, puertos, bosques, paseos ribereños, azoteas y avenidas de tráfico humano y maquínico registrándolos visualmente de arriba abajo y de un lado a otro, y también con desplazamientos elípticos, y espiaron en industrialicios, madrigueras, hogares, criaderos y grutas. Vivían en una seguidilla de iluminaciones; aprendían mundo y se lo pasaban en grande. Romirdu diseñó unos llamativos modelos de gafilmias para dama y caballero; las mandaron hacer y las cargaron con las películas. No se arrepintieron de haber invertido todo el capital del momento en eso. El usuario se ponía las gafilmias y era como si mirase por una ventana móvil el variopinto mundo que sin ese dispositivo no veía nunca; y, si al usuario estándar la realidad real le resbalaba, la de las lentes le ocupaba el cerebro, desembarazándolo de pensar en sí mismo durante el lapso que lograra aguantar tanta abundancia. Romirdu les enseñó antiguas técnicas publicitarias para vender puerta a puerta y ellos las aplicaron con una fogosidad tan sincera que la gente quedaba estremecida, lo suficiente para que después las lentes surtieran efecto. Y como vendían bien, Romirdu les propuso agrandar el tamaño de las lentes, de modo que si alguien quería colocárselas mientras, por ejemplo, esperaba a un amigo, pudiese aislarse tanto que la gente le envidiara un útil de evasión tan completa. Para los usuarios era un shock descubrir que de ese modo se evadían no a una mentira sino a la realidad casi verdadera. De modo que en ciertas zonas de la ciudad empezaron a pulular quinotos aislados en las películas de sus gafilmias como en pequeños biombos portátiles.

Por entonces el viejo maestro ebanista murió de una enerquis de bazo. Tamastú y Gaco cumplieron la voluntad de que las cenizas se dispersaran en un bosque y la viuda, después de indemnizar a los pocos trabajadores, les cedió el taller a ellos dos. Gaco y Tamastú purgaron la tristeza deslomándose en desmalezar y aplanar el terrenito de los fondos del taller. Ahora ya podían contribuir al renacimiento del arte del cinema, y a la reforma del concepto de sala de cinema. Contra todas las prevenciones de Romirdu tomaron un crédito de Henga-Nósul, que como muchos banquiduos herejes solo sellaba operaciones con quinotos aprobados por su instinto y mediante apretón de manos. En un cementerio de vehículos compraron un obsoleto vagón de tranviliano. Asesorados por el vendedor lo desarmaron parcialmente para trasladarlo en un camionacho, al cabo de tres viajes volvieron a armarlo en el terrenito, lo restauraron y lo pintaron, sin borrarle un satisfactorio aire de

decrepitud, y pusieron en la calle un cartel de luminia con la leyenda:

Cinema. Viajes por la vida total.

Ahora caminaban algo escorados, entre el brío y el tironeo, probando un lenguaje corporal nuevo que tardarían en dominar y quizá no llegasen a adoptar enteramente. Aprovechando los buzones de mensajes lobulares que las gafilmias instalaban en los usuarios, Romirdu difundió la propaganda entre los que las habían comprado. Claro que si una ebanistería rayaba en el exotismo, un cinema de arte era una extravagancia, como silbar por la calle. Pero la entrada valía apenas 1,50 panorámicos. Debajo de la carrocería ellos habían instalado un bronquítico motor de heladera. Los viajeros se sentaban, el vagón entraba en medialuz para que se pudiese charlar en voz baja o beber algo, el motorcito ronroneaba y por las ventanas iban pasando incidentes callejeros, paisajes físicos y humanos, conjuntos y detalles de animales y monumentos, constelaciones y artefactos tan diversos, con un montaje tan suelto y a una velocidad tan calibrada que al cabo de una hora y media el pasajero bajaba con la sensación de haber hecho un tour extenuante por un mundo misterioso; porque tanta realidad tan real era un misterio supremo. A algunos espectajeros el asombro los angustiaba; pero en buena medida esa angustia los hacía regresar al vagón, generalmente llevando a alguien más. Para Gaco y Tamastú cada travesía de treinta pasajeros por lo real preanunciaba esa comunidad de sentidos despejados que les parecía posible y alguna vez podría romper el cerco de la sumisión al sistema. En la atmósfera enrarecida de alientos, entre las miradas de curiosidad de los espectajeros, ellos respiraban mejor que en un pulmotor. El vagón se llenaba tan a menudo que hubo que programar más funciones. Una de los que habían caído en el hechizo era Dúrtil; más novia aún que antes, le agradecía a Tamastú cada viaje comiéndoselo a besos; y a poco se ofreció a rociar el aire del vagón con fragantes polvitos de alcoma y voneli que ella sabía macerar; tras el paso macizo y moroso de Dúrtil parecía que los hubiera visitado la primavera. Como Gaco y Tamastú tenían que rodar nuevos filmes, dejaron la gestión de la sala en manos de unos adeptos con ganas de cooperar; primero fueron tres, luego cinco y así hasta siete o más, frigatas y brachos que buscaban, bien un motivo de identificación con una causa, bien hacer una actividad original; o simplemente buscaban amigos. Por desgracia, como quizás el cine nunca habría alcanzado a abarcar una realidad desproporcionada, o Gaco y Tamastú no eran cineastas muy sutiles, el repertorio que corría por las ventanas empezó a repetirse.

No es improbable que la realidad se repita, dijo Gaco. Por supuesto, respondió Tamastú, pero no se te ocurra decirlo delante del público. No, no, sobre todo porque es un hecho amargo.

III

Pero ocultar que tal vez la realidad se repitiese no sirvió de nada. Como en los viajes de verdad, algún pasajero aprovechaba el tiempo para leer el diario o arreglar asuntos por farphone. Un par de meses después corría la voz de que en ese cinema tan lindo se veían cosas interesantes, re-chiribazas, pero que uno ya había visto alguna vez y, con lo exigente que era la vida diaria, simplemente había olvidado. Algunos expresaban su menosprecio por los filmes alardeando de haberse dormido en la mitad, con lo que algunos otros se consideraron autorizados a reponerse del trajín del día echando una auténtica siestita en el vagón.

La grandeza de lo real les da miedo, dijo Tamastú. Quieren historias, dijo Gaco; una anécdota, una duda, una dificultad inesperada, un adversario, un momento caliente, la explosión de un conflicto, el polvo que se posa en el suelo, como si el tiempo pasara así. ¿Y es tan malo que quieran eso?, preguntó Romirdu. Ellos meditaron la pregunta. Y, como ninguno encontró que la cuestión fuese una fruslería, reconocieron que necesitaban un cambio conceptual. Estaban pifiando en el análisis, no solo del alma del público, sino de cómo debían actuar ellos sin que el discurso de los otros los condicionara. Tenían que esclarecerse.

Siempre hay algo más que tenemos que hacer, dijo Gaco. Es el precio de la independencia, dijo Tamastú. Yo lo último que querría es perder el buen humor, dijo Gaco. Romirdu les preguntó y se preguntó en qué consistía la independencia. Tamastú dijo: Cada cosa que uno hace, por chiquita que sea, tiene que ser como un detalle imprescindible del mundo en que le gustaría vivir. Pero ese mundo tiene que ser un mundo conseguible, dijo Gaco, si no es al piulo.

Pero no conseguible guiándonos por la noción de posibilidad que nos inculcan.

No: hay que poner la posibilidad mejor más lejos, donde ellos no puedan arruinarla.

Ellos, ¿quiénes?

Los que determinan que esta posibilidad deprimente en que estamos es la única.

O sea, ¿un mundo realizable?, dijo Romirdu; chinqui; vale la pena.

No se sabe si se realizará, dijo Gaco, si habrá potencia para realizarla.

En esta termocracia hay un déficit de motivación, dijo Tamastú.

Esa tarde andaban por ahí Alote, Fromanta y Armugal, los más tenaces de

los ya nueve colaboradores. Fromanta, una muchacha que se obligaba a moderar su gran movilidad con imprevistos ejercicios de estiramiento, muy tozuda en empollar ideas, dijo: La tara de este mundo es que te obliga a ser una pasiva arrugada o una destructora rapaz; es a esa opción idiota a la que hay que contestarle. La miraron demudados. ¿Dónde leíste eso? En un panfleto; pero no decía con qué alternativa hay que contestar. Con nuestras cabezas solamente no podemos buscar bien, tal como están, dijo Gaco; hay que buscar inspiración afuera.

De modo que resolvieron ampliar sus lecturas. Diversificarlas. En librátors y libros leyeron novelas de Darigabtu y de Gídila y épicas de Mer Cossén, gente que contaba historias, no para llegar a un final que se hubieran propuesto al empezar a escribirlas, sino tal vez para averiguar por qué estaban contando eso; leyeron breviarios de laboratoristas sociales, de francotiradores de la conducta, de libertátures; leyeron manifiestos de vidología científica y vidología especulativa; versiones del pasado de la isla tan encontradas que parecían tratar de islas diferentes; leyeron asistentes técnicos para inventar argumentos sin trabas y estudios sobre la forma y la deformidad de las colectividades. Dormían poco. Leían y leían hasta caer blandamente sobre los librátors, y soñaban con tratados que no habían leído aún, y al despertarse con sus propios ronquidos resumían las principales ideas en sus cuadernaclos. Para completar el aprendizaje, de vez en cuando leían para divertirse. Les brindaban a sus mentes una atmósfera hecha por la emanación de espíritus tanto grandes como medianos.

A la larga, uno solamente da en el blanco al que apuntó, dijo Tamastú. Ya llegará ese acierto, dijo Gaco; cuando apuntemos.

Estaba avanzando en el noviazgo con una frigata, Gaco, y para incorporarla propuso formar un círculo de debates. En la segunda reunión del grupo la chica aseguró que a ella se le ocurrían historias que no contaban las mismas cosas de siempre, o no a la manera de siempre. Le pidieron que contara una, y allá fue:

Trataba de una mujer que estaba preparando la cena, y a la vez miraba cuentas y facturas y anotaba una lista de tareas del hogar y horas de reuniones de trabajo en un agendán y hablaba por farphone, de lo más movediza, dando y aceptando indicaciones, cuando de pronto la casa empezaba a temblar y ella se escapaba justo a tiempo para verla derrumbarse; un rato después el pueblo donde vivía y la comarca entera quedaban destruidas por un sismo; entre el tendal de cadáveres se escurría el reflujo roñoso de una ola gigante que había dejado barcos y coches y cuerpos de gente y de animales entre las casas destrozadas; llameaban charcos de combustible; se oían quejidos de dolor y gritos de desamparo y de locura; todos habían perdido todo, la mujer entre ellos, y ahora empezaba un tramo de vida que era pura espera, privación, entrega a la asistencia desidiosa de un estado lento, pobretón, y a la ayuda que viniera de donde fuese, a un sufrimiento sin remedio salpicado por arrebatos de rapacidad, de esa avaricia que en tantos quinotos que se creen ciudadanos

es irrefrenable y salvaje, sobre todo cuando creen que pueden salvarse de la calamidad sin los otros y antes que otros; la mujer era soltera; después de meses en un refugio, le asignaban un trabajo, de operaria en un… un… una fábrica de embalajes de perlonato; le tramitaban el alquiler de un modulito habitacional de dos piezas; la mayor parte del poco tiempo libre que le dejaba una pesadumbre paralizante lo ocupaba entablando cautelosas relaciones con la gente que el azar o el destino le había puesto al lado; en esos días se notaba más paciente con los demás y con ella misma que antes del desastre, y notaba que la paciencia surgía de cierta tranquilidad; tal vez fuese macabro sentir eso, pero el corolario de la tragedia la aliviaba: ahora estaba como siempre había dicho que quería vivir: sin complicaciones, sin exageraciones, sin compañía de seguros donde conservar un puesto privilegiado, un escritorio y un teléfono incansable, sin una maraña de amistades fingidas, sin la carga de tener que ascender, la pulsión de competir, la fiebre de acumular, la presión de alindar constantemente la casa, el cuidado de multiplicar el dinero, atender a cuentas de inversión; librada del vicio de trabajar, del insomnio lleno de obligación de cumplir; sin inercia; desapegada de sí, solamente entusiasmada con su indiferencia; cada día era una vida completa en sí misma, y cada despertar una incógnita apacible en la pauta de la rutina; podía dedicarse a mirar el mundo y abrirse a los demás, tramar realmente una vida en común de amistad, si se daba, por ejemplo con ese viudo un poco encorvado pero atractivo y esa chica que había perdido a los padres y al novio; y lo hacía, se movía con soltura en ese tiempo humilde y desteñido, y viviendo así se transformaba casi casi en una sabia; pero por desgracia lo que había tenido antes en la cabeza no se había aniquilado del todo, y terminaba por reaparecer; como en la fábrica de embalajes la mujer no ocultaba su capacidad laboral, la ascendían a la administración, le adjudicaban una oficina, después le ofrecían un puesto de mando y le insistían en que era una idiotez negarse, de modo que aceptaba y las turbinas mentales de la carrera y las obligaciones volvían a ponerse en marcha, y la necesidad de una vivienda mejor y de comprar aparatis y ropas para ocasiones, y de cultivar relaciones de conveniencia y colocar los ahorros en donde diesen mejor rendimiento…

Se había hecho un silencio de vidrio. Gaco silbó de contento: Esta peli puede hacerse, dijo, si el sismo se simula con maquetas. ¿Y cómo termina?, preguntó Tamastú. Eso tendríamos que mumulgarlo entre todos, dijo la chica. Es súper-febón el argumento; puede terminar con la pesadilla de otro terremoto, imágenes que la mujer estuvo reprimiendo y empiezan a desbordarla cuando duerme. Cut; presagios que le sirven para parar a tiempo; o mejor no, eso no se dice: se deja ver que ella toma conciencia de que reemprendió la carrera loca. Sí, como un chicotazo de alerta moral en una forma ambigua, porque ella todavía se sigue cruzando con gente pobre pero tranquila, incluso alegre. Mmm, alerta moral… me prilga que nosotros no estamos como para enseñarle nada a ningún sujeto. Cierto, pero podemos ofrecer historias que nos importan.

Gaco besó a su ya novia. Armugal aseguró que él sabía cómo componer en vidilusión un terremoto y el paisaje de catástrofe y los demás escenarios; sobre ese fondo se pegaban después los personajes carnales. Romirdu planificó una producción escrupulosa. Los colaboradores se ofrecieron a actuar y conseguir uno que otro extra y Dúrtil a dirigirlos. Rebosaban de poesía narrativa. Comprendieron qué dádiva desatendida era la alianza de habilidades particulares. De una zambullida en tratados de cinema popular entresacaron detalles de técnica y descartaron la monserga estetizante. A las mínimas ganancias que habían dejado las proyecciones de realidad sumaron los aportes desparejos de los colaboradores; vendieron suscripciones. Lo más peliagudo fue decidirse por formalizar un ente comercial societario, pero Romirdu los convenció de lidiar con las instituciones. En siete semanas, mientras peleaban con la mediación de ciborgues tramitadores, Gaco y Tamastú rodaron el filme, lo montaron y sonorizaron con melodías de Fromanta que ella misma interpretaba en un fino silbido elegíaco, y difundieron la convocatoria por casillas de correo interior y a la novena semana lo estrenaron en el vagón. Agradecían haberse hecho duchos en tantas cosas. Les fue bien. A los espectadores los traía sin cuidado que el filme fuese material y espiritualmente inverosímil, porque salían del cine con una fábula que alentaba las conversaciones, las divergencias y las coincidencias en la caminata de vuelta, en el bar, en la casa e incluso al día siguiente en el trabajo, como había sucedido con las películas de otros tiempos, e impulsaba a cada uno a recomendársela a sus conocidos para poder seguir conversando. Las peripecias del filme desalojaban de la conciencia los trastos de una vida enajenada; los espectadores se sentían casi tan disponibles como la protagonista. Claro que no eran tantos espectadores como para que la contabilidad mejorase en serio.

Tenemos que hacer otro filme lo más rápido posible, dijo Tamastú. A más filmes diferentes, más conciencia en las mentes del público y más panorámicos en caja para afrontar producciones más cuidadas, dijo Gaco.

Pero ya habían esbozado el nuevo argumento cuando sobre la poesía de las imágenes se abatió la imbatible regla de la economía. Un inspector de la Bedelía de Entes se apersonó una mañana a anunciarles que mientras los dueños del cinema no completasen su declaración jurada de intenciones artísticas y la tuvieran refrendada por la Bedelía de Esparcimiento debían suspender las funciones.

Acabamos de pagar una publicidad de pantallátor, clamó Romirdu, y esgrimió una pila de páginas contractuales de clodoperlonato escritas con tinta indeleble. Bueno, dijo el inspector, pongan otra propaganda anunciando al público que se suspende temporariamente la actividad de la sala, y una más cuando se les permita reabrir. Nosotros no somos un consorcio poderoso, dijo Gaco; no podemos tener el local parado. La ley es la misma para todos, dijo el inspector, y ordenó a un roboti que precintara el vagón.

De modo que solo diecisiete días después pudieron reabrir el cinema. Pese a todo ya tenían el segundo filme en rodaje y las ilusiones repuestas.

“Ilusiones” resultó ser esta vez una palabra lamentablemente apropiada. A los dos días apareció un vigía de la Bedelía de Movilidad a informarles que los vehículos de transporte colectivo estaban inhabilitados para uso privado. En vano ellos argumentaron que el vagón había pertenecido a una empresa privada, que era viejísimo y ellos lo habían encontrado en un cementerio; que se lo habían devuelto al público junto con un entretenimiento original. En vano: una grúa se llevó el vagón, con tal incompetencia que ya cuando empezaba a colgar en el aire lo vieron destartalarse. Sentados en la desolación del terreno se plantearon si había que acatar la ley, que era el cemento de la vida en común, cuando los consorcios no paraban de infringirla impunemente. Tal vez, concluyeron, hubiera que tener poder colectivo de sobra, no para desobedecer la ley o eludirla sino para cambiarla.

Para empezar con un pequeño paso una tarea larguísima decidieron sentarse en la explanada de la Bedelía de Esparcimiento hasta que los recibiesen. Convocaron a sus adeptos. Llegaron a sumar unos cincuenta cuerpos, con carteles de ignisiasa y eslóganes mordaces, porque protestar por una causa clara exaltaba a alguna gente, pero difícilmente a más de cincuenta: al grueso de los espectadores el cinema de Gaco y Tamastú no les había alegrado tanto la intimidad como para exponer el cuero a un chorro de gas urticante. De todos modos estuvieron ahí noche y día, menguando en número, más de una semana. Cuando solo quedaban diecisiete protestadores el bedel de Esparcimiento los recibió con harta cortesía en una antesala de su despacho, les elogió la perseverancia y les prometió que iba a estudiar el caso. Seguramente por las dudas, a cinco cuadras de ahí un pelotón de la Guardia los atajó, los provocó y esperó a que se insolentaran para darles tremendos mamporros con electrotes. Fue la primera vez que vieron llorar a Romirdu; lloró alrededor de medio minuto. Pero ellos no iban a parar; y no por obcecación, sino porque no podían. O no sabían. Claro que como grupo aún en ciernes estaban solos y sin fondos. Romirdu propuso invertir los pocos que habían conservado en sal-divisa, un valor en ese momento en alza en el mercado financiero.

De nin-gu-na manera, reaccionó Gaco. Antes prefiero vender el instrumental de ebanistería, dijo Tamastú; total, los robotis sierran y pulen perfectamente las piezas más minis.

La mala suerte quiso que hubieran vendido apenas una quinta parte del instrumental cuando murió la viuda del ebanista. El testamento de la mujer les pedía que conservaran las herramientas para usarlas en la educación manual de los niños, pero a modo de compensación les legaba el taller para usarlo como se les antojase. Los trámites de sucesión fueron tortuosos. Una cadena de restorantes les ofreció comprarles la construcción; se haría cargo del tramiterío, por vías expeditas, si ellos aceptaban un precio de emergencia. Se negaron. Cinco veces les hicieron la propuesta y cinco veces ellos la rechazaron, la última por boca de la tajante y cautivadora Romirdu para que los julinfos carniceros se diesen por enterados.

Durante casi diez días hicieron poco más que leer. Por entonces el cielo estaba siempre nublado. Bajo la luz de aluminio, las pocas hierbas del terrenito ganaban una vivacidad de mascotas. Semana a semana subía el valor de la sal-divisa. Ellos trataban de masticar la idea filosófica de que cualquier derrota es circunstancial. Tamastú miraba hacia fuera; Dúrtil se le sentaba en las rodillas a contemplar el afuera de a dos. Gaco miraba hacia dentro y en el sinfondo de sí mismo encontraba más ronchas que en el cielo lívido de invierno; no había podido entenderse con su novia, la fabuladora: no había estado a la altura de la inventiva fulgurante de esa muchacha; ella lo había dejado para irse a depositar sus historias no se sabía dónde. Fromanta desmalezaba rincones del jardín o patio, ya bastante desmalezado. Romirdu y Alote experimentaban en la cocina. Finalmente la derenteniosis había matado al padre de Gaco; todos paliaron la tristeza y ocultaron el alivio diciendo que por suerte el hombre había dejado de sufrir. Gaco, que ya se había hecho una habitación en el taller, a veces cumplía en ir a cenar con su madre.

Una noche, cuando acababa de volver, Tamastú le dijo: El error no es ofrecer historias; no fue por eso que los espectadores nos fallaron, como si las historias fueran insuficientes. Stoy de acuerdo: el error fue haber querido enseñar, contestó Gaco. Lo que se pierde en ciertas maneras de hablar de este mundo no son las cosas reales; se pierde lo especial de cada experiencia. Es verdad; tendríamos que expresar la experiencia. ¿La experiencia de qué? Mmm, ¿de la indisciplina? Mmmm, cut, sí: la indisciplina es una experiencia que mucho quinoto debe tener tan guardada que no la reconoce. Hay que despertar la empatía entre un rebelde y otro. O la simpatía. Hay que buscar alguna forma de contacto entre los individuos.

Se miraron. Más que apropiada, “contacto” era una palabra fortificante.

Y a los tres días se dijeron que un medio muy eficaz de contacto entre la gente eran las canciones.

En una canción, en sus tres o cinco minutos de música y palabras, momentos y cosas que el calendario y el espacio habían distanciado se reconciliaban dentro de una esferita transparente, y ahí se hacían duraderas; se escuchaba la canción sosteniendo la esfera intemporal en las manos. Ellos querían hacer esas bolas de cosas, tiempos y lugares reconciliados.

IV

Leyeron libros de memorias de las épocas en que en un momento u otro de la juventud todos los jóvenes se preparaban para ser músicos o cancionistas, y un número bastante elevado lo conseguía, ser músico o cancionista, no necesariamente con éxito de arte o de repercusión. Se comieron como un higo algo empalagoso un mamotreto sobre las mecánicas de unos llamados grupos musicantes de actualidad social, los Grumusdeas, solo para columbrar que no iban a compartir esa estética de popularidad nada fugaz. Ellos tenían que ser más… ¿sesgados? Ya verían. Cerca de su terrenito, en un vecindario aferrado a tradiciones sórdidas, unos jóvenes envejecidos por el trabajo de rescatar materiales de un basural fabricaban con piezas desechadas instrumentos muy parecidos a los que ellos veían en los manuales, acariciando a veces las ilustraciones con una envidia pueril. Por curiosidad o misericordia les compraron un violontol hecho con un tenedor y una carcasa de cocinerio y un juego de flautas hechas con tubos lumínicos. Sonaban asquerosamente, al menos para los fines de ellos. En contrapeso, Tamastú manufacturó instrumentos de percusión de madera de huento y parches sensibles de linasa, que respondían a manos, mazas o palillos con una amplia gama de ecos, y flautis de caña intervenidas con perlonebo, una burla a las modas pastoriles. Gaco pulió los rudimentos de ejecución de musicaja que había aprendido en la escuela y se compró un segmentador de voz adaptable al paladar. Fromanta silbaba que era un portento, mucho más si se ponía un labioflex, y Dúrtil se atrevía a programar el boxantro para armonizar seis líneas melódicas. Escribieron historias de la experiencia, propia o ajena; las conformaron a compactas canciones metafóricas. Las ensayaron. Una tarde se instalaron a un costado del muelle del riobús suburbano S45, entre la gran escalera de teca y el comienzo del Paseo de la Ribera de Villa Kump. El invierno duraba más que otros años y ahí estaban ellos rechazando el viento del río con su vistoso arsenal sonoro y el brillo de sus chubasqueros. Ya no eran tan jovencitos como para que la gente los subestimara, pero en absoluto eran tan maduros, ni mucho menos, como para que verlos tocar en la calle diese pena. Simplemente eran insólitos. Hacía estarcos que nadie escuchaba música más que por vía de apliques craneales o red interior; un público presente frente a músicos presentes, en cambio, era un conjunto indefinido de cerebros sintonizados en vivo y en directo. Lo primero de esa estridencia somática que acusaban los paseantes era un remolino de aire; les entraba frío, calor y unas palpitaciones infrecuentes. Aun si no se detenían, el sonido les entraba en el tálamo

atravesando carne y hueso, y en el trayecto se hacía fuerte, y se instalaba en la mente junto con el retrato de los músicos y sus cargamentos de palabras.

Media población de la ciudad quería/ un estadio nuevo y lo quería con pasión,/ pero con igual calor/ no quería un nuevo estadio/ la otra mitad de la población./ Ahora hace tres años que discuten/ y el pantallátor lo cuenta cada día./ Los dos bandos ya no se hablan ni se miran./ En el silencio lujurioso suenan tiros,/ y a veces cae lastimada una palabra./ Hay un león de la montaña/ que nadie sabe que está vivo todavía./ A veces ronda las esquinas/ y bosteza rascándose la oreja/ como si quisiera oír qué bando gana./ Qué bando gana,/ qué bando gana,/ la discusión sobre el estadio.

Tan desconcertante como oír letras de este tenor era ver las venas tensas en el cuello de Gaco, el capullo de los labios silbadores de Fromanta, el ajetreo de las manos en las botoneras, las manivelas, las cuerdas, los percutores, las tuberías, y ver las reverencias y meneos de los cuerpos, las pataditas y taconeos de las botas en las baldosas. Pronto el grupo notó que una pulsión humana llevaba a algunos peatones a dejarles bits, y a veces hasta tarjetas de dos panorámicos. Otros salían corriendo pero al ratito volvían, como si solo hubieran tenido que ir a orinar. Si se tomaban uno o dos días de descanso, cuando retomaban las actuaciones solían recaudar más dinero. Debía ser un incentivo, esa pausa. Les pagaban no tanto por aprecio artístico como para que siguieran cantando. A ellos les pareció que empezaban a fomentar un núcleo de adictos a historias de otra forma de ser. Sin embargo un mes después el número de adictos se había estancado. Decidieron extenderse a las piezas líricas de argumento escondido. Gaco era imaginativo, apolíneo y soñador; Tamastú pragmático y emotivo; aliando los dos temperamentos entendían el amor, y las chicas no lo negaban por más que ellas entendiesen el amor más a fondo. Compusieron en esa vena y se aplicaron elastizadores de cuerdas vocales. *La tarde que robamos un frasco de aguagrís/ para beberlo en la orilla,/ un viento acariciaba las dunas./ Alzaba olas, cordilleras/ el viento/ el viento formaba tu cara./ Hoy que nos agarró la tormenta,/ el viento borra las dunas,/ alisa las cordilleras,/ pero no borra tu cara./ Amor, en los vaivenes del clima,/ amor, vos sos la constancia.* No tenían idea precisa de qué estaban diciendo ni de si contaban algo. Cantar es volverse una no-entidad, decía Gaco. Cut, decía Tamastú, te enfocás en una cosa y todo lo demás se disuelve. Desvariaban: entre el deseo de un mundo de afinación y equilibrio y la seguridad de que no iba a existir nunca. Al público lo fascinaba no discernir de qué sexo era cada una de las voces que se turnaban para entonar los versos; clavado en esa indecisión se abandonaba a un balanceo mimético del de los músicos. Así, balanceándose, un matrimonio se acercó una tarde a preguntarles si no querían cantar en la celebración del equis aniversario de su boda. Aceptaron. En la fiesta les pidieron tantos bises, y el repertorio de ellos era tan corto todavía, que hubo que repetir y algunos invitados se fueron del salón sabiendo un par de estribillos de memoria: *Era una isla tan pudiente/ tan educada y consciente/ que conservaba una zona de pobres/ para que todos recordasen/ que*

siempre se puede caer./ Así todos sabían,/ así todos sabían/ que donde hay abajo hay arriba. Los contrataron para otros festejos. Después un empresario de teatron les ofreció una actuación fija todos los martes a la noche. Lo tomaron como un primer hito de calendario laboral. Tamastú y Gaco dormían poco; andar con sueño les estimulaba la imaginación. Por suerte y gracias a la gestión calculada de Romirdu ya podían alimentarse mejor.

V

Una noche, a la salida de un concierto en el teatron, una señora de edad los paró para contarles que nunca había sentido el alma tan leve como cuando saltaba al compás de las canciones de ellos. Ahá, se dijeron ellos. Ahá. Columbrando que la danza podía ser más liberadora que las palabras, precisamente porque no había palabras justas ni suficientemente maleables con que capturar las sensaciones del baile, abrieron un programa de iniciación danzinga en el parque de la Rada, donde tres tardes a la semana y por una mensualidad accesible Fromanta y Alote, la menuda vivaz y el esculpido rapado orejudo, enseñaban movimientos si no embriagadores estimulantes. Hicieron roncha. Romirdu invertía las ganancias en un fondo de inversión en siembra de cerealocue.

El baile, meditó Gaco, educa las emociones para una justicia que no es la de los códigos de la ley. Sí, dijo Tamastú; pero entonces sería contradictorio ponerse a pensar qué justicia es esa. Cierto; no lo pensemos, no vaya a ser que estropeemos la experiencia.

Se insinuaba una sorpresiva pasión por el baile. Y aunque fuese limitada, ellos temían que tuviera un costado infeccioso. Las canciones, sobre todo las de amor, no propagaban afectos sino una especie de gusanos auditivos; esto contaban sus seguidores: que pedacitos de esas canciones se incorporaban al barro intersticial de los cerebros y afloraban al oído interno durante meses, a cualquier hora, incluso durante el sueño. Al son de esas músicas bailaban involuntariamente muchos quinotos con los pasos que Fromanta y Alote acababan de enseñarles. Pero cuando ellos se aprestaban a examinar esta cuestión delicada, resultó que la justicia de los códigos legales ya la había examinado. Lo supieron porque un martes, al final de un concierto, una patrulla de la Bedelía de Atracciones los esperó para comunicarles que, visto que en el reglamento de su competencia no había texto normativo sobre la ejecución musical de cuerpo presente, hasta tanto el fenómeno se codificara tenía el deber de prohibirles las actuaciones.

¿Y el baile?

Permitido, dijo un agente, siempre y cuando no exceda los tres bailantes enlazados por música interna.

Nosotros no difundimos música craneal, señor.

Por favor, hijos, a ver si entienden; es lo que corresponde a la tradición moderna.

Les requisaron los instrumentos; hubo que pagar una multa para

recuperarlos, y cuando se los dieron estaban dañados por la humedad del depósito. No más de una docena de seguidores los acompañó a exigir una indemnización. Llovía, mientras esperaban en la calle esa mañana; cuando desde adentro los hubieron visto suficientemente empapados, los derivaron a la Bedelía de Quejas Ciudadanas. Fueron rápidamente a presentar el reclamo. Un año después ni la vigilante Romirdu iba a saber en qué fase estaba la diligencia. Fue un año umbrío, con ruiditos, sin canciones. Mientras, ellos procuraban moverse en el abatimiento como en una jungla; apartando lianas y bejucos pusieron en claro por qué el público no se había molestado en apoyarlos en los momentos malos; y era que, o no había valorado cuánto significaba para una vida oír canciones en directo, o no entendía el significado de esas canciones. Primero, claro, tenían que preguntarse si lo entendían ellos mismos a fondo, el significado o el sentido; esta pregunta se desglosaba en varias más. Había que responder y el cuestionario era largo.

Pero se les abrió una oportunidad de postergar las respuestas, en forma de una invitación a participar de un gran evento de actuantes de la cultura. Lo convocaba Yacinta, la asociación de empresas productoras de licorvino de la isla, bajo el lema de *Arte: profesionalidad, civismo y placer*.

De los participantes en el encuentro se solicitaban ideas aptas para avivar los enlaces neurales de goce estético, de modo que interactuasen con el efecto vivificador de los licores que la gente bebía durante los encuentros físicos. ¿Podía una alianza de cerebros, espíritus y cuerpos, decía la convocatoria, devolver agilidad, valentía, sensualidad y razón a una vida ciudadana aprisionada en las rigideces de la política? ¿Podía incluso sacar a cada ciudadano de su interminable hibernación, enlazarlo al semejante, empujarlo al ardor de una primavera razonada? Gaco y Tamastú fueron al encuentro, no tan de mala gana, a ver si el mundillo cultural se las arreglaba para discutir tantas cosas complejas. Muchos de los artistas y entretenedores que ese día poblaban el anillo de convenciones de la asociación Yacinta eran síntesis vivas de los miles de imágenes de esos mismos artistas y entretenedores que abarrotaban los cuadernaclos juveniles, las cofradías mentales y los pantallátors de la isla. En la atmósfera de excitación amplificada que creaba la súbita presencia viva de figuras famosísimas se repartían unas decenas de artistas menos conocidos aún que sus ignotas obras, esos creadores impenitentes que son las bacterias fertilizantes de la cultura, y unos cuantos disconformes altivos, que Gaco y Tamastú identificaron en seguida porque se parecían bastante a ellos. Los acomodaron en una fila no tan posterior. Se habló de pedirle al gobierno que colaborase con el programa de somatización del arte que iba a financiar la corporación de licoreros, y de pedir a los noticiescos que cedieran espacios de difusión. Se preveía un futuro en que todos iban a ser artistas; se dijo que era hora de realizar ese futuro ya anteriormente previsto, realizado a medias y frustrado. Se designó un equipo que coordinaría un primer proyecto bajo el título de *El alma no piensa sin imágenes; sin imágenes no siente el cuerpo.* Horas después de la pausa para el

piscolabis, cuando el maestro de ceremonias le dio la palabra, Tamastú empleó cinco minutos y medio en describir la experiencia irradiadora de cantar canciones, las dificultades con que habían topado para sostener un grupo de musicantes, y propuso que se elaborase un esbozo de normativa legal para el arte en vivo y se exigiese que fuera discutida y promulgada. Los moderadores copiaron la iniciativa en una lista, tras lo cual una mujer le recordó a Tamastú que la gente había ido allí a discutir asuntos que realmente importaran. Desde el estrado, uno de los convocantes se extrañó de que alguien pudiera practicar la cancionística, una forma estética que encadenaba al público a palabras con un pesado lastre de contenidos específicos. Gaco se puso de pie: ¿Pero acá nadie leyó una historia del arte antiguo?, gritó; estamos hablando de música a cielo abierto. Y estamos hablando de ganarse el pan con el arte, añadió una chica bajita, enérgica, de cuerpo fino y vestimenta muy personal, con una sombra de bozo bajo la nariz afilada. Tanto Gaco como ella habían hablado sin preaviso. Para los convocantes era un atentado a la disciplina ética. Los echaron a los dos del anillo por haber saboteado la dignidad del encuentro. Esperaron en el vestíbulo; a la hora de la salida, el menosprecio de la mayoría de los participantes hacia ellos dos se convirtió en sarcasmo. Uno de los miembros electos del programa *El alma no piensa sin imágenes…* se extrañó de que hubiese ido a mendigar apoyo alguien que cultivaba el cancionismo, un arte demagógico y hedonista. Gaco se le echó encima, lo aplastó contra la pared e iba a responderle de palabra cuando tres guardias lo derribaron a descargas de azot. Retorciéndose todavía, lo arrastraron a la sala de audiencias de la asociación Yacinta, donde un mixto de personalidades de la cultura y funcionarios de justicia reunidos de urgencia le rogó que pidiera disculpas. Gaco se negó. Se lo exigieron y volvió a negarse. Lo mismo pasó con la elegante flaquita del bozo, una insurgente conocida como LaBigot. Al día siguiente un juez del fuero en lo cultural aceptó abrir proceso contra los dos bajo el cargo de chantaje artístico virulento. Dos semanas después citó al tribunal. En los días previos al juicio Romirdu se cansó de advertir que lo mejor era mandarse a mudar a otra isla. Tamastú y Gaco no la oían, ocupados como estaban en preparar el alegato; se culpaban de ser tan ignorantes en los pormenores de las leyes de la actividad cultural. En el juicio, explícitamente concebido por el fuero como una instalación de arte jurídico, Tamastú describió cómo la decepción con la vida tal como se la habían encontrado por el azar del nacimiento llevaba a ciertos individuos a descubrir la injusticia, y al deseo de hacer algo por repararla; y describió la necesidad impenitente que sentían algunos de afirmarse en una conducta reformadora, aunque tardaran en definir cuál; y que tal vez el destino de esos individuos no consistiese más que en llegar a definir y trazarse la conducta más justa: agregó que la virtud de Gaco era saber esperar, y su única falta los arranques de impaciencia, y demostró que esta vez el arranque se explicaba porque lo habían escarnecido. Pero el jurado declaró a Gaco culpable. Estrenó con él una pena, el ciliostomaje, incorporada al código hacía poco: una incisión de dos pulgadas

de largo y un cuarto de pulgada de profundidad por encima de la ceja izquierda, de modo que el individuo sobreexcitado llevase en la frente la firma reprobatoria de toda la cultura de la isla, y cada vez que se pasara de tenso la cicatriz le diese el tirón de la justa medida. A LaBigot le cargaron media pulgada de corte. Les quedaba una hora para retractarse. LaBigot decidió morderse la lengua. Gaco se negó explícitamente; y, como no estaba despejado para perorar, con pocas palabras exigió recibir también la pena de la chica. Aunque ella gritaba que de ninguna manera, el jurado se apresuró a conceder el pedido. El juez ordenó proceder en el acto. Se acordonó y desinfectó un cuadrilátero junto al estrado. No se permitió ningún registro del castigo pero la sala estaba colmada; se trataba de que los testigos propagaran sus versiones oralmente y el acontecimiento cobrase un aura ejemplar. El verdugo, un cirujano, hizo los dos cortes en la frente de Gaco prácticamente unidos. La herida sangró. Se obligó a Gaco a agachar la cabeza, las gotas mancharon las tablas del estrado y desde el temblor del párpado izquierdo de Gaco alzó vuelo el colibrí de un pacto con LaBigot, que ya podía presumirse que iba a ser de por vida.

Lo desataron. No estaba muy dolorido, aunque sí exhausto por la furia, pero antes de que se derrumbara Tamastú lo vendó con un pañuelo grande y lo cargó en brazos hasta su cocheciño, donde Dúrtil deshizo esa imagen de la piedad para curar a Gaco con un emplasto; después arrancaron, mientras los miembros del congreso se agolpaban en la vereda, más impresionados de lo que habían previsto, y una docena de ácratas acaudillados por LaBigot, en prueba de que ningún género es exclusivo de nadie, disparaban como extintores humanos una violenta espuma de canciones. Como nadie sabía qué opinar de esa escena en conjunto estrafalaria, los noticiescos cometieron el traspié de difundirla. Fue un momento de alta notoriedad social de Gaco y Tamastú, algo que ellos no buscaban ni volverían a conocer. LaBigot, menos ortodoxa en todo sentido, se apropiaría del momento para licuarlo en una estrategia particular de visibilidad restallante y ocultamiento hermético.

La Guardia sosegó a los simpatizantes de los reos. A resultas de lo cual unos quedaron bien escarmentados, pero otros no.

Y esos tomaron la costumbre de dejarse caer por el taller de Tamastú y Gaco, que desde entonces iba a conocerse como El Lugar, a enganchar su rabia en los sueños que se elevaban de ahí como penachos de humo; como el humo de las chimeneas en las fábricas prehistóricas. Al poco tiempo los cófrades de El Lugar, ya unos cuantos, fabricaban muebles, reensamblaban y optimizaban robotos, ponían a punto un breviario de economía doméstica para emancipados, urdían procedimientos azarosos para sembrar el texto por la Panconciencia, lo imprimían también, hacían sorpresivas campañas de distribución mano a mano y por supuesto, en prevención de choques, abrían una escuelita de formación en primeros auxilios.

Pero solo habrían querido hacer la guerra si no hubiesen tenido nada más que hacer. En El Lugar el tiempo del almanaque seguía pasando de incógnito;

pero en los cuerpos de Tamastú, Gaco y sus amigos ya se manifestaba. Bien que precozmente, la mala sangre y el dolor le habían dejado a Gaco unos pelitos blancos en las patillas; Tamastú apretaba la mano de Dúrtil con una mano encallecida por el uso de las gubias, estriada por el nerviosismo; se miraban uno a otro como felicitándose de haberse conocido tan jóvenes, porque ninguno de los dos habría conocido nunca un doble mejor. Dúrtil estaba embarazada.

La panza se fue hinchando a su arbitrio.

Un día estalló la placenta.

El nacimiento del bebé Gumuqui levantó vientos caóticos en el pensamiento de Gaco y Tamastú. Si no lograban cierta autosuficiencia, o autarquía, nunca iban a ser soberanos. Romirdu, que no era pragmática sino lo contrario, una observadora sin preconceptos, se lo confirmó: era *la economía*, bobazos. Siempre estaban dependiendo de rentas de mala muerte. Así que una vez más había que hacer algo.

Había que hacer algo.

De las casi tres docenas de habituales de El Lugar manaba una conciencia de la responsabilidad. Una pregunta interrumpida, a tal punto obvia que la habían negado tanto como negaban la nostalgia del canto, se abrió en Gaco y Tamastú como una florcita carnívora. ¿Por qué habían fracasado? No porque desdeñasen el vínculo entre vocación y dinero o la importancia estratégica de la popularidad, ni por una fe obtusa en el poder del cine o las canciones para producir hechos; ni siquiera por una ineficiente curiosidad por la historia.

Pienso que usamos aparatos de más, observó Tamastú. Concuerdo, dijo Gaco; nos apoyamos demasiado en la tecnología. Moderna y antigua, pero tecnología. ¿No nos dimos cuenta de que la tecnología nos estaba usando a nosotros? Bueno, tampoco podíamos cantar a voz cruda. Pero sí algo menos enchufados a la maquinaria. Cut: le dábamos más alma a los musitrastos que ellos energía a nosotros. Los artefactos nos parasitaron. Es el eterno peligro de la biotécnica. Si hay que guiarse por la historia, cuando un colectivo humano choca con el peligro de la biotécnica siempre da un paso atrás. Claro, por miedo; el quinotaje se vuelve supersticioso; cree que le hizo algo malo a la naturaleza, por ejemplo a la tierra, y la tierra se va a vengar. Bueno, digamos que no se venga pero es verdad que reacciona, monta un berrinche y deja poblaciones enteras hechas culastro. Sí, pero nosotros no tenemos miedo a las reacciones de la tierra. No, más bien que no, pero, pero. ¿Pero?

Pienso que perdimos el contacto con el suelo.

Del suelo se obtienen sales, minerales, pilanque de todo tipo y sueños.

Cruzaron esas miradas escurridizas de sus momentos de sintonía. A Gaco le palpitaba la cicatriz. Cuidar los alimentos terrestres: eso sí que era un proyecto; sin otra recompensa que el gusto de emprenderlo y prestarle las manos. Por poco cierto que fuese el dicho de que toda criatura era lo que comía, con los alimentos terrestres uno entraba en el cosmos entero. Bastante seguro, el amor por el suelo que uno pisase entrañaría el amor a algunos

semejantes y el rencor con otros, y envolvería también otros amores y rencores, y sellaría la alianza entre los sueños y el trabajo. Había que dejar de soñar los pánfilos sueños… Los múmulos sueños de ellos… Los sueños gurijos del runquinaje.

Gaco, a punto de tener una novia, se debatía con los impulsos de huir de la frigata. Tal vez el impulso de un proyecto desplazase la lucha a otro lugar.

Para cuidar bien el suelo que uno pisa, dijo, primero hay que conocerlo.

Eso se hace como todo, dijo Tamastú: medio leyendo, medio haciendo.

Romirdu les explicó que, como el renacimiento del consumo había disparado el valor de los consorcios de energía, según Henga-Nósul era el momento de comprar acciones de Kumparol o la fluidera Eolga. ¿Para? Para que el dinero rinda, cuti.

¿Y vender la imaginación a ese mamarracho de dogma económico?, saltó Tamastú.

Sí, ya sé, bufó Romirdu; me lo tengo escuchado: no someter nuestras elecciones a automatismos psíquicos incrustados por las tecnofinanzas en la parla general del quinotaje. Pf.

Se acomodó la melenita formal, abrió una hebilla ayudándose con los dientes y sujetó contra la sien el mechón aladealondra que le estaba tapando el ojo derecho.

Bueno, no es un invento que el runquinaje vive apurándonos con el provecho, el rendimiento, la velocidad, las oportunidades de aumentar los fondos.

Cut, y que el dinero no tiene nada que ver con el trabajo.

Con las cosas tocables, moldeables.

El mundo ya no es un factor de relación de gente que siente y habla; lo más que hace es conectar funciones como manda la forma económica; con signos fabrica más signos.

El mundo es un operador codificado de patrones de conducta.

Romirdu se quitó la hebilla y el mechón ala le tapó de nuevo el ojo.

Parampios; y nosotros en cambio somos gente que *hace*, ¿no?; hasta cantamos; pero a Henga-Nósul nunca vamos a terminar de pagarle lo que nos prestó si no generamos rendimientos.

Pero si nos pasamos la vida adeudando; es como si la deuda girara en el cielo y a cada rato nos cayera encima para sorbernos la inteligencia, la alegría, el aliento.

No lo veo.

Eso es por las palabras; porque, pienso yo, generar… generar, generan la gente y los animales.

¿Y ustedes en qué hablan, en signos de mudo?

La tierra genera; grano, árboles, minerales; todo cuestión de órganos.

La deuda se agranda sola.

Mejor al menos saber bien a quién le estamos debiendo.

VI

En una no muy larga velada de deliberación, veintisiete miembros de la cofradía El Lugar aprobaron la moción de establecerse en el campo con el plan de aprender a subsistir en base a las enseñanzas que les daría el puro suelo, ampliadas por la naturaleza en general y variados manuales; más lo que unos cuantos sabían ya por formación. Otros siete miembros explicaron que preferían quedarse en la ciudad, donde el roce y la pugna con los demás humanos era más acre y el carrusel de las situaciones daba la impresión de obedecer a la voluntad personal, y hasta al deseo. De los veintisiete decididos, había unos que se atrevían a construir; otros se habían preparado en materia de ecofisiología, otros más tenían formación en comunicaciones y veleidades de nutricionismo y una pareja de economistos conocía los mecanismos de comercialización de productos agrarios; había dos médicos, un diseñasque, un físico y una vidóloga; una amiga del diseñasque, ingeniera que había trabajado en depuradoras de agua, iría de tanto en tanto a ayudarlos a instalar boyas de monitoreo. Dos parejas tenían criaturas. Había tres gatas, un gato y dos cachorros de minorco. Los veintisiete se ilusionaban con una economía no reducida a la oferta y la demanda; como a los antiguos cultores del Dios Solo y los reformadores o maximalistas sociales, los guiaba la idea del don, aunque se lo callasen por prudencia. Unos meses después Romirdu había vendido el taller y cobrado el anticipo y Gaco podía dar la seña por trescientos acres de tierra al pie de las cuchillas de Alormuí. El resto fue como solían ser esos procesos, solo que jalonado por el diseño de un plan de producción de alimentos para esas necesidades humanas que nunca dejarían de aumentar. Como eran tan fogosos, se pasaban un poco de la raya; a cada acometida terminaban frenando de golpe al borde de un despeñadero.

Allá fueron, una mañana, repartidos en seis cocheciños y un camionet. Trasladar todo el cargamento les demandó varios viajes. Por fin, instalados transitoriamente en carpas de perlonato, colocaron las placas de energía y tendieron las conexiones de suministro de fluido y de agua. Paulatinamente levantaron los cabañites de adoblástice y de capacidad diversa que habían comprado para armar, uno para dormitorio infantil, y los comunicaron por pasarelas con la casa grande de madera de lugaño. En el arroyo que corría por una linde levantaron una presa con un canal adjunto para criar gualtos; a la semana tenían la boya monitoreadora. Montaron establos y corrales. Plantaron meymuríes porque daban sombra y saganisas porque el fruto irradiaba por la noche el calor que almacenaba durante el día. Instalaron un energoconversor

de latidos del subsuelo.

Clavaron un poste con un cartel de luminia: *Bienvenidos a Lugardos*.

Compraron y alentaron la reproducción de cherpias ponedoras de huevos y bunastas lecheras. Dejaron como nuevo un robóctor aradeño que estaba para el desguace y habían comprado por dos bits. Desbrozaron, alisaron, canalizaron, abonaron. Plantaron cuadros de trébol, nabos y vicia para incorporar raíces al suelo y darle músculo; las coberturas verdes favorecieron el almacenamiento de agua. Con un préstamo de Henga-Nósul, que de vez en cuando iba a verlos para que le diese el aire, compraron semilla de júltuga, un cereal de fama en declive pero de tanto potencial nutritivo que podía estructurar una dieta del futuro próximo, y, no siendo óptima la tierra que les habían vendido, montaron un laboratorio para investigar las bases fisiológicas del cultivo de grano en condiciones de estrés antibiótico. Una huerta y el criadero de gualtos les daban de comer entretanto, pero algunos no veían la hora de desterrar de la mesa hasta el pescado. Cuando prosperasen el garbanzo y el guisante y pudieran hacer queso de baglada iban a tener cubierta la cuota de proteínas. Yo no, decía Tamastú, y no estaba solo. Que cada cual comiera a su antojo, ¿no? En realidad no necesitaban energía de más; se habían decidido por la júltuga glucósica, que tenía una proteína de menos que la aceitera pero en buenas condiciones rendía más que otros granos, daba una harina más dúctil y al madurar evacuaba en la tierra una sustancia excedente, la tugunina, que favorecía la reabsorción de los minerales que cada planta había tomado de la tierra. Cierto que ese milagro de continuidad dependía de la temperatura, la humedad, la provisión de agua y la falta de plagas; solo bien protegida del estrés antibiótico la júltuga llegaba a su apogeo. Por otra parte nunca terminaban de desmalezar del todo; y como no querían envenenarse de a poco la vidóloga tuvo que recuperar el anacrónico sistema óptico de agricultura de precisión, que permitía limitar estrictamente el uso de herbicidas pero los ataba a las pocas burbujas de posicionamiento geográfico que seguían funcionando. Así que se sentaron a estudiar cómo se fraguaban modelos matemáticos que permitieran entender el concepto de eficiencia de uso y aumentar la capacidad de las plantas para adquirir y utilizar el nitrógeno, el fósforo y el potasio. Y se resignaron a almacenar agua de lluvia cuando había otros cultivos que no necesitaban riego, y tender doseles refractarios cuando otros cereales aguantaban el raso, todos trabajos extras que no entraban en la cotización del cereal en el mercado.

Pero un día va a entrar, dijo Gaco. Puede, dijo Tamastú, porque los cuerpos reconocen la diferencia y los grandes cereales tienden a volverse míticos, como hace ciclos pasó con el trigo. La poesía de antaño está llena de trigo. Sí, y de espigas; y no es que sea puro simbolismo. No, no es metaforita.

También de los peces y los crustáceos hablaba la poesía legendaria, y fue justamente leyendo una elegía a la trucha como encontraron indicios de que en otros ciclos se había modificado genéticamente a ciertas especies para que crecieran más rápido; pero, aunque también averiguaron que hacía como ciclo

y medio la Bedelía de Fármacos y Alimentos había aprobado el procedimiento, dudaban de aplicar a los gualtos un gen regulador que podía abrirles a ellos la perspectiva de una gran piscifactoría pero también causar alergias dérmicas a medio mundo y hasta esquiriomas. Y si bien no tenían capacidad ni instrumental para hacerlo, tal vez un día la tuvieran y era honesto ir pensando.

Un sábado Gaco viajó a visitar a su madre y la encontró boca arriba en la cama, plácida y blanca, con un hilo de saliva secándosele aún desde los labios hasta el cuello del camisón. No estaba tan rígida. Había muerto en sueños. Gaco lloró como un hombre; lloraba por primera vez en su vida y era menos por la pérdida que por la falta de despedida. Pasó dos días tan infantilizado que Tamastú tuvo que hacer los papeles de la cremación y cargar con la urna cuando fueron a vaciarla en el arroyo. Motas de ceniza se alejaron en la corriente brillando como pupilas del alma multitudinaria del agua. Gaco vendió la casa de la familia y dividió el dinero con sus dos hermanas. La parte que le había tocado se invirtió en equipamiento para el laboratorio de Lugardos. Al cabo de un tiempo la compañera especialista y su colaborador el físico obtuvieron una variedad de júltuga muy resistente al estrés. Tamastú y Gaco peleaban por tratar con un molino harinero sin pasar por intermediarios acaparadores. Más o menos al mismo tiempo montaron un taller de ebanistería, volvieron a comprar herramientas y pugnaron por el permiso para abrir un negocio de venta directa de muebles y enseres, tan en vano que cinco compañeros dirigidos por Dúrtil lo abrieron de todos modos. Cuando el preboste de Comercio de la jurisdicción se lo clausuró no perdieron tiempo en apelar porque ya tenían el comienzo de una cartera de clientes.

De recoger papas de los surcos embarrados, de seleccionar vegetales, de pulir y encastrar tablas, de podar árboles y hachar ramas de saganisa y ayudar a parir a las bunastas y las porquinas, del raso y el agua, tenían en las manos vestigios imborrables de mugre, convertidos en cordilleras de callos, y como sabían cuáles eran los derechos del cuerpo, y los deberes del cuerpo para consigo mismo, noche a noche se las masajeaban con ungüentos. Incluso recién lavados olían a sudor, a ajo y aceite de sufru, a canola, a serrín, a lanosa mojada, a grasa y circuitos de robóctor, a flores de meymurí, a culo de cherpia ponedora y a un híbrido de los efluvios de todos los habitantes de Lugardos. Tamastú había tenido ojos verdes; Gaco, castaños; ahora los de uno habían virado al amarillento y los del otro habían oscurecido hasta un negro violáceo de mejillón.

Habían nacido otros niños. A los de más de tres años los llevaban al infanterio del pueblo cercano. Y ahí conoció Gaco a Turvuni, la dueña de la fonda de la calle mayor, una mujer ya no joven pero todavía no de edad mediana, longilínea y morena como esas iniciadas de las pinturas de Indaorne, que según los vecinos tenía un talento nato para cruzar los destinos de sus huéspedes solteros y solteras. Él se acercaba a tomar licorvino en la barra; ella le contaba detalles de los nacimientos de amores imprevistos, pero no las historias enteras porque era una mujer reservada; de modo que él volvía a la

fonda, aunque no solo llevado por el suspenso narrativo. Dos meses estuvo Turvuni a punto de tener a Gaco de novio, hasta que comprendió que quería tenerlo en firme, se apartó de un soplo un mechón rebelde, alzó los ojos marrones cuajados de pintas limón y él quedó clavado, y antes de que ella dijese nada se le dio en promesa vitalicia. Las finas manos de LaBigot, cuando lo supo, le palmearon el hombro con tal brío que Gaco se tambaleó. Unos meses después Turvuni y Gaco barruntaron que no podían tener hijos, y los dos sabían muy bien que ella era fértil. Solo quien mirase a menudo a Turvuni habría notado que en este período se acostumbró a cruzar el índice en la base de la nariz, como si estuviera siempre al borde del estornudo. Pero lo mismo que todos los sinsabores de esta gente, aquel se desvaneció por un tiempo en las faldas ríspidas de las cuchillas, en los roquedales de óxido y los cielos de madreperla, en la maleza de los barrancos, los sauces postrados ante el arroyo y las flores de júltuga como prendedores púrpuras en el vestido del campo; se desvaneció en los días.

Todos en Lugardos trabajaban demasiado, leían manuales a la hora de la siesta y versos o folletines craneales a la noche, hablaban poco y de pronto los poseía la verborrea, comían sobrio pero sabroso según el régimen auspicial instaurado por Dúrtil, unas veces cantaban con ganas y otras por obligación, dormían como dofos y de tanto en tanto tenían insomnio. Adoptaban minorcos y gatos, orgánicos o electrónicos. Se peleaban; unos llegaban a irse a las manos; otros los serenaban, no sin riesgo de pelearse después entre sí; conversaban esquivamente sobre los motivos de las peleas, intercalando términos fundados que tomaban de las lecturas de mentalismo, hasta que la conversación los hartaba tanto que se desplomaban de aburrimiento sobre las diferencias, y las olvidaban. Habían incorporado un ingeniero constructor, una agrónoma, tres laboratoristas sociales, filibusteros de circuitos de enlaces mentales, exploradores de la Panconciencia, revoltosos, tecnocrantes, dos médicos más, uno de ellos cirujano, labriegos sin tierra propia, un animalista, un cosmólogo y un archivista, pocos de ellos titulados; si alguno no encontraba en Lugardos cómo aplicar su saber, inventaba el objeto; la mayoría quería prepararse y pensaba que al lado de otros podía averiguar para qué se estaba preparando. Alote terminó los estudios de construcción, y marchó dos días a la ciudad y superó el juicio de competencia; Esgo tenía sus mismiches con Fromanta pero no más que eso porque ella no soportaba el amor rutinario; Armugal avanzaba en el dominio de sus facultades para la ventriloquía, tan útiles cuando había que llamar a animales perdidos, y algunas noches estiraba divagaciones sobre otros mundos posibles por boca de un muñeco de madera que le había hecho Tamastú. Entre parejas, solteros y un trimonio eran noventa y seis, contando los pupurlines. Las dislexias de la economía, el nerviosismo abúlico de los noticiescos, la estupidez destructiva, la avaricia y el fetichismo de la sociedad copada por el dinero semiótico retrocedían a un sector del escenario, una zona del paisaje entre los filos de las lomas y las nubes bajas, y ahí se quedaban haciendo de adornos, como borrascas dentro de esferas de

ópalo. Tal era en Lugardos la mescolanza de jergas específicas que no se veían las palabras. A Tamastú y Gaco les parecía estar cerca de la transparencia, en el espacio; en el tiempo no se sentían transparentes en absoluto.

Habría sido una vida ardua y útil en su lisura si no la hubiese roído la monotonía; no tanto las repetidas fases y jornadas del campo como las cargosas compulsiones del sistema. Protocolos para poder sembrar, autorizaciones de abono, informes de laboratorio genético, impuestos, justificaciones de cuotas de ordeñe, inquisidores, vigías, formularios de intenciones, declaraciones juradas, balances, utilidades; las psicopatías oficiales del pasado remoto enquistadas en el presente como si fueran conquistas de la humanidad que no se debía olvidar. Gaco y Tamastú contestaban a la formalidad más inicua con tal de resguardar de las venganzas legales su germen de un porvenir mejor organizado. Pero así como crecían los requerimientos, ellos no cedían en el afán de mantener los brazos libres y la cabeza en su clima. Era un esfuerzo brutal. No estaban fuertes para la guerra. Un amanecer aparecieron artefactos trepanadores en las lomas del oeste, como un grupo de bandoleros en una película de la Era de las Cerillas. Se había descubierto maquinio en el subsuelo y un consorcio de empresas mineras ya tenía la concesión para explotar los yacimientos. Ellos fueron a denunciar que era improcedente: el área estaba protegida para labores agrícolas. Les explicaron que los productores de grano más antiguos de la comarca habían aceptado de buen grado que se modificara la normativa para diversificar la economía local. La percusión de la maquinaria, los bramidos de los robotanes, las filtraciones de agua ácida y las limaduras de mineral que desparramaba el viento estresaron la júltuga y en la segunda cosecha de ese año las varas dieron un grano fruncido y duro. Como ellos se habían maliciado que iba a pasar algo así, entretanto se pusieron a recombinar el código, mejoraron la semilla y la cosecha siguiente fue la más abundante del registro. Aunque les había costado desvelos y menoscabo de bronquios, era un grano superlativo y según la reglamentación podían quedarse una tercera parte, vender otro tercio para consumo en la isla y el tercio restante exportarlo. Pero se desayunaron con que la Bedelía Agraria había agotado los cupos de exportación con dos grandes acopiadores para simplificar los procesos de transporte, cobro y demás.

Para peor, el viento del oeste o abejas polinizadoras habían contaminado parte de sus cultivos de sufru aceitero con semillas coloso patentadas por una de las corporaciones, que en una comarca vecina obtenía unas cosechas descomunales mientras iba esterilizando el suelo para dar cualquier otro fruto. No solo tuvieron que quemar el sufru y reemplazarlo por canola, sino también que refutar la denuncia de estar usando semillas patentadas por un competidor –y el pedido de reparación. La marcha sobre la Agencia Agraria que los miembros de Lugardos emprendieron con otros cerealeros minis se frenó en medio de la carretera, frente a una muralla de camionachos de los dos consorcios exportadores. Ciborgues blindados llevaron hasta ellos un vocero que les comunicó que, en opinión de sus dos directorios, solo midiendo

fuerzas entre cerealeros mismos podía averiguarse cuáles tenían derecho a exportar, si se pretendía que el comprador extranjero respetase la producción de la isla. ¿No les parece mejor no tenernos miedo?, dijo Gaco. Miedo tienen ustedes, dijo el vocero. LaBigot arremetió, con Tamastú a la zaga intentando agarrarla, pero cuando le opusieron un tátuc con morro electrizador lo gambeteó, trepó como una ardilla a un camionacho de orden, bajó por detrás y se perdió en el campo.

Ellos se volvieron por donde habían llegado.

Del incidente solo quedó un lazo con los otros productores minis, aunque muy lastrado de autocompasión. Tamastú y Gaco no iban a quejarse. Vendieron la júltuga a precio de desgracia. La cosecha siguiente no aguantó la garúa corrosiva que enviaban las minas. De modo que en la nueva temporada, a iniciativa de la vidóloga Irrorta, usaron la mayor parte del terreno para plantar llantaya, un arbusto de frutos ricos en tadumina G2. La tadumina G2 producía uno de los cinco neurotransmisores que solían faltarles a los enfermos de escorcemia, una enfermedad urbana que se había vuelto endémica. Podrían haber vendido la producción a un precio sideral; sin embargo ese año el gobierno declaró la llantaya artículo de interés nacional y monopolizó la compra, fijando el precio de la arroba, y repartió las concesiones de distribución en el extranjero sin haberlas licitado.

VII

Gaco, Tamastú y los suyos movilizaron de nuevo a los productores minis; lograron que la justicia se desperezase; pero el decreto no cayó. La venta de la cosecha de llantaya les dejó poco más que para cubrir los gastos.

Eso no significa que cultivar llantaya no sea un servicio a la humanidad, masculló Tamastú. Ya lo creo; es una cura natural para una enfermedad muy desagradable, dijo Gaco.

De modo que cuando en la llantaya en crecimiento apareció una plaga de tenebroides, además de investigar rigurosamente cómo podía ser que ese bicho típico del mijo almacenado se interesase por un grano para él desconocido y ni siquiera maduro, no escatimaron apoyo a sus ingenieros para que pusiese a punto un detector que permitía bombardear exclusivamente las zonas de agrupamiento y larvaje sin contaminar la mayor parte de las parcelas. No les dio la gana de patentarlo pero se condescendieron pretextando que habían incorporado algo de los bichos muertos al ciclo de, de, no encontraban la palabra: reunieron las corazas, las desinfectaron y se las vendieron a una logia naturalista del pueblo que las usaba para bisutería.

Pasaron meses. La brisa traía polvo de basalto y un resuello de motores de la mina. Ellos no delataban con qué ánimo estaban hablando, cuando hablaban. Fue el momento que aprovechó Romirdu para animarse a decirles que, si bien le dolía en el alma, ya no veía la hora de vivir una temporada en una isla donde el gobierno no dejase abrir minas al lado de plantaciones cerealeras.

Dudo que haya islas así, dijo Gaco. Ni sé si hay muchas islas donde se plante en el campo, dijo Tamastú. Tal vez, pero Romirdu quería constatarlo por su cuenta. Rom, por favor, rogó Tamastú: los del laboratorio están trabajando en dos opciones: un cerco de fuerza ecológico y un inmunizador atmosférico. Para defensa de nuestros cultivos y de todos nosotros, amplió Gaco. Romirdu les contestó que no la arrobaba vivir en un gran jardín botánico privado, bajo amenaza, ni seguir siendo la eterna gerenta residente, y que además había descubierto que no era una mujer sedentaria; quería poder comparar lugares con sus propios sentidos. ¿Y te parece que comparar es una actividad interesante?, dijo Tamastú. Bueno, depende de cuánto tiempo se le dedique, matizó Gaco. Además les dejo a Samporte, Metina y Olmu superbién preparados para administrar. Ah, se agradece. Ella se tocó el torcido tabique de la nariz. Y además quiero operarme de esto.

Ellos asintieron, qué otra cosa les cabía, lastimados y conmovidos. Llevaron

a Romirdu y su equipaje hasta el puerto. En el muelle del catamarán esperaba quién sino LaBigot, que iba a acompañar a Romirdu hasta la casa de una amiga suya de ciudad Feli que se había ofrecido a hospedarla. Un sol desvergonzado impedía advertir la nostalgia anticipada en los abrazos. Adiós, adiós. Sin embargo en el viaje de vuelta, ya indiscutiblemente nostalgiosos, ellos se ilusionaron, aunque no sabían si tanto como Romirdu, imaginando que ahora empezarían a ver con sus propios ojos el lento relevo de las generaciones.

Hay que mejorar la vista, dijo Tamastú. Sí, dijo Gaco, estuvimos descuidando el cuerpo.

Empezaba un invierno. Se plegaron al programa de gimnasia espeleóstica que había iniciado Turvuni: tres días a la semana, a la tardecita, niños, adolescentes y mayores de Lugardos, mediante series de movimientos ondulatorios, se internaban en las grutas de sus anatomías, sorteaban huesos y cartílagos, intimaban con biorritmos, parpadeos electroquímicos, combustiones de cadenas moleculares, con el ajetreo celular y el discurrir de la sangre, la bilis y la flema y, cansados por la dura excursión, emergían al ocaso con la mirada exterior amplificada por los descubrimientos. Los niños se lo pasaban en grande; para los adultos era un modo de adquisición, como hacerse de nuevo y gratis con el propio cuerpo. En la frente de Gaco la cicatriz tendía a desaparecer allanada por el olvido, pero no desaparecía del todo; resistía la cicatriz del tajo que el verdugo le había hecho por delito de insolencia; en cambio la que había pagado por LaBigot ya estaba casi reabsorbida, como si la hubiese sanado una gracia ilícita y justiciera. Lástima que a comienzos del verano tuvieran que interrumpir la gimnasia. Una mañana llegó una alerta de meteoro, propagada por los alarmescos del estado casi a hurtadillas, y apenas una hora después cayó un diluvio huracanado que arrancó techos, demolió tres cobertizos, fisuró una presa del arroyo, desbordó los criaderos y dejó sobre el campo un tendal de peces muertos entre arbustos de llantaya como manojos de apio podrido. Dolorosamente Lugardos se transformó en un cuartel de brigadas de emergencia. Alademoscas de la Bedelía de Salud dejaban caer sachetos de lactácea y cuasicarn y fruta en conserva. Pomposas flaybulancias pasaban de largo por el cielo lóbrego. Durante dos semanas ellos salvaron alimentos, secaron máquinas y placas de adoblástice, engrasaron, llenaron las grietas de la presa, reencajaron, reagruparon animales, reemprendieron en lo posible las rutinas, primero las de los niños, y finalmente a los dos meses, mal que les pesara, sembraron nigrón, un grano de síntesis sufrido y rápido que daba una sospechosa harina más bien áspera. Tenían que repoblar los criaderos de gualtos. Habían conocido el hambre y no iban a olvidarlo, y recordar que habían conocido el hambre les daba ansiedad. De modo que llamaron al banquiduo Henga-Nósul. Y aunque el corsario acudió afablemente en compañía de su ciborgue, y les devengó los intereses de sus inversiones sin mencionar lo que aún le adeudaban, les dijo que en adelante iba a tener con ellos contacto solo esporádico, porque la Logia de Instituciones Financieras había obtenido del gobierno un decreto contra los

operadores solitarios y él había decidido mandarse a mudar a un islote franco; les enviaría los resúmenes de cuenta por crisopa mensajera, e instructivos y parámetros para ubicar dinero oculto llegado el caso, y, por amor del Dios Solo, si lo habían visto alguna vez no se acordaban. Desde luego, dijeron ellos en dúo de gratitud, y Henga-Nósul se fue, como tantas cosas y seres que se iban, y ellos se dijeron que ahora tendrían, no solo que agradecer ese gesto de desprendimiento retomando cuanto antes la cría de gualtos, sino que aprender algo sobre insectos voladores mejorados.

¿Crisopa?, murmuró Tamastú.

Hay que preguntar, dijo Gaco.

Antes del primer cambio climático, les contó Irrorta, los crisópidos habían sido una familia de las neurópteras; había crisopas verdes, alas de encaje, leones de los áfidos y moscas hediondas, y todas habían sucumbido menos las cosmopolitas, porque las larvas eran depredadoras de otros artrópodos y en ciertos casos caníbales; después de la restauración climática, los adultos se habían adaptado a alimentarse de secreciones proteínicas, y ahora estaban entre los insectos de linaje más ancestral; tenían cuerpo tubular verde pálido, alas transparentes y ojos amarillo cobrizos, y eran un purlín más grandes que antes. ¿Pero crisopas mensajeras? El que sabía sobre comunicaciones insolentes era Úrmulo, y explicó: como las cosmopolitas copulaban cinco veces por día, producían millones de larvas, población de sobra para experimentar con hibridajes; algunas tenían ya un órgano timpánico que les servía para eludir murciélagos y otro para emitir chirridos y se defendían excretando una sustancia lacrimógena; ese aparato se había potenciado incorporando amplificadores, y la autonomía de vuelo con un dosificador de ingesta; un orientador acercaba las crisopas cosmopolitas al destinatario, y ellas se anunciaban con un bordoneo apático y un tufo destacado, porque se alimentaban de cagaditas de pájaro; en vez de una de las patas tenían un puerto para insertar alfileres de memoria.

Tamastú y Gaco digirieron la información para recordarla cuando cupiera.

Cada tarea era una fase más del aprendizaje perpetuo.

Pasaron meses; estaciones. Tamastú miraba la polvareda malsana que llegaba de las cuchillas, una perpetua amenaza de nuevos meteoros.

Siguen trepanando, dijo una tarde Gaco, empachado de repetirlo. Ajá, y la naturaleza se irrita de tanto insulto y extirpaciones, dijo Tamastú. El joven médico Flitio, que los había oído al pasar y además era medio cosmólogo, dijo: Pueser, pero es raro que se descargue especialmente con nosotros, como si complotara. El bufido de Flitio presagiaba que algunos lugardeños no iban a seguir aguantando desgracias. Y así fue.

Semanas después, dos tendencias extremistas que se habían estado incubando pidieron un cónclave comunitario. Una de ellas había encontrado un terreno en las Alturas de Boruntu, bastante inaccesible, bueno para las cabras, ideal para instalar una estación de interferencia de enlaces mentales, captura y reemplazo de información. Nos vamos a trasladar cuanto antes, avisó

el portavoz Úrmulo. ¿Y qué más tienen en vista?, preguntó Gaco. Sabiendo que entre Tamastú y Gaco había un enlace implícito ininterrumpido, Úrmulo lo detectó, lo intervino y dejó a Gaco idiotizado por dos minutos. La demostración impresionó mucho. ¿Ustedes descubrieron este arma en los laboratorios de todos nosotros?, dijo Tamastú. La descubrí en una novela de ciencia de hace como dos ciclos, dijo Úrmulo; de momento no sé cómo hacerlo durar más; pero ya vamos a descubrir eso también. La otra tendencia, más carnal, planeaba lanzar una campaña de agitación directa entre productores minis y ciborgues jornaleros, pareja a operaciones de sabotaje contra maxipropietarios y bedelías gubernamentales. Si no luchamos por destruirlos, dijo el vocero Flitio, nadie va a hacerlo por nosotros; y ya sabemos que ellos van a seguir pisándonos como siempre hasta hacernos papilla. Pero si nos la pasamos luchando, saltó Gaco. Hay un tiempo para un tipo de lucha y un tiempo para otros tipos más concretos, dijo Flitio. ¿Y quién decide el tipo de acción que conviene?, dijo Tamastú, ¿o qué lucha es más concreta? Lo decide el tiempo; nosotros nada más estamos alerta. Julimpias; ¿ustedes no ven todo lo que hay destruido en el mundo? Y no solo ahora; venimos destruyendo desde hace ciclos; es como si los humanos corriéramos para adelante despavoridos por el culastro que dejamos atrás. Precisamente, quinotos: hay que cambiar todo el concepto y empezar el mundo de otra manera; pero para eso antes que nada hay que cambiar el poder de manos. No no: se empieza a hacer con lo que hay… con lo que hay, eh; por ejemplo, eligiendo los restos útiles de la construcción arruinada en vez de regalárselos a ellos. Hay restos preciosos; no vamos a dejar que ellos se agarren lo que encima ya no les gusta y que a nosotros puede servirnos e incluso nos gusta; no vamos a permitir que arruinen esas cosas dos veces. Lavadoras de escoria mineral no necesitamos, fíjense; pero robotos carretilla, ciertas canciones, eso sí nos sirve; y hospitalios, y flaybuses; cuatro ejemplos de cosas que sirven entre un sinfín, lo digo para entendernos. Pueser, pero solamente desde el poder se tiene el poder de decidir qué se elimina y qué queda. Pero nada nos garantiza que no seamos nosotros también poder nocivo, que llevemos algo de la nocividad humana adentro. Ya lo veremos: por ahora hay que sacar arruinadores del medio y destruirlos para que no vuelvan a meterse. Pero también se puede abrir alternativas.

Eso ya lo probamos, ¿nocierto?, y nos aplastaron, ¿o ustedes son chicatos?, dijeron los sabotistas.

La única alternativa, dijeron los interferentes, es surgarles la información, saber qué van a hacer ellos y anticiparnos para impedírselo.

Pero eso también lo probaron los rebeldes de otros ciclos, brachos; si algo hay que destruir son las palabras que nos hacen hacer siempre lo mismo, dijo Tamastú. Cuanto más ambiciosa es la crítica al poder, menos posibilidades tiene de modificarlo; la crítica al fin, si le va bien, toma el poder; lo que cambia es quién lo tiene, no el poder mismo, dijo Gaco. Solo se modifican cosas concretas, dijo Tamastú. ¿Y cómo?, preguntó un sabotista. Eh, colando en el

mundo algo que antes no estaba; algo que ellos no pondrían nunca; se cuela eso, que ocupa un espacio, y es un espacio ganado. Eso ya se lo escuchamos, cutis, y lo hicimos y todo lo que hacemos nunca nos dura nada. Pero así se cuela en el espacio algo bien hecho, como para que mientras está ahí la gente se pregunte por qué eso no había existido antes. Pff, ya nos dirán cómo se hace eso sin que ellos lo arruinen. Cavilaron unos dos minutos y Gaco habló por los dos: Lo que se precisa es no hablar de lo que proponen ellos, no responderles, no merelusearse; hay que cambiar de tema. Después de rumiar unos segundos, Flitio dijo: El único cambio de tema es un cambio radical. No sé bien qué quiere decir radical, dijo Tamastú. Radical es cuando se extirpa de raíz una planta enferma, colonizadora, y se pone otra. ¿Y ustedes están tan seguros de tener una planta más sana, o menos enfermiza? Tenemos otra planta, dijo Flitio.

Gaco chasqueó la lengua: Lo que hay que hacer es algo lo suficientemente distinto para que necesite otros nombres, algo que haya que decir de otra manera.

Chunqui: piensen ustedes cómo se llama esa cosa.

Menos broma, cucunis: este colectivo tiene la obligación de cuidarse. Pse, dijo Flitio: entonces encuentren ustedes las palabras usables; oblíguense, si quieren; nosotros, nosotros actuamos; la acción es el perfume del futuro.

Se fueron. Doce por un lado, diecisiete por otro.

Los cuerpos restantes se redistribuyeron taciturnamente en el espacio de Lugardos disimulando los evidentes huecos. Sin duda no por coincidencia, esa semana LaBigot se descolgó a visitarlos.

Esos chicos, opinó, creen que tienen una misión más alta que hacer esto que se hace acá, y se salen de la vaina por demostrarlo; es como si dijeran: perdonen si nos vamos, gente, pero nos llaman para salvar el mundo.

Bue, la pasión y la rabia las sienten de veras, dijo Tamastú.

Mmm, pueser, dijo LaBigot.

De todos modos el éxodo les dolió, y no solo porque Flitio fuera un médico de ojo clínico y Úrmulo un mentalista penetrante difícil de sustituir; les dolió encontrarse pensando que esos brachos y frigatas malhumorados estaban dando un paso atrás, y la emergencia de un pensamiento así, de hecho una acusación, era de por sí un retroceso. Porque, la verdad, nadie daba nunca un paso atrás. Eso ahora lo sabían. Tampoco se daban pasos adelante. Cada paso ampliaba su momento en todas las direcciones y el tiempo continuamente se hacía espacio. Esta tesis sorpresiva los consoló, por indemostrable que fuera. Bebieron copitas de aguagrís para entonarse. Cada empresa los dejaba un poco más cansados, cada revés decaídos, pero dos días más tarde se levantaban alegres a la luz asombrada, con cierto titubeo en la orientación, como si los motivos se hubieran multiplicado. Sembraron afrome, un grano menos grosero que el nigrón. Como suele suceder con las novedades, el nuevo organigrama de competencias, atribuciones y tareas en la comunidad suscitó un respetable buen humor general. En los meses siguientes tuvieron noticia de

atentados contra silos monopólicos, uno que otro muerto, ceniza en los campos, requisas de cargamentos de harina, reparto de bolsas en caseríos, logros económicos de productores minis posiblemente gracias a información robada de enlaces mentales; también tuvieron noticia de furiosas alianzas de jornaleros y productores minis con la Guardia en contra de bandas de inconformes que estaban alterando un orden que al fin y al cabo funcionaba, o los tenía acostumbrados a su funcionamiento. A la vez los noticiescos mencionaban cautelosamente varios casos de parálisis transitoria, una suerte de idiotización, entre cuerpos de seguridad y personalidades de la isla.

También supieron de recaídas de la corporación financiera en su achacosa ciclotimia, y de episodios de epilepsia en el organismo social sensible a esas recaídas. Bienestar fantasioso y privación sobreactuada se sucedían cada vez más de cerca. En los períodos de apretura, en las áreas de población donde la escasez se palpaba, ellos no solo se negaron a especular con sus materias primas; las ofrecieron más baratas. Para Lugardos diagramaron una economía más austera. El vacío de Flitio llegó a ocuparlo el doctor Róstugu, un clínico del pueblo, joven, preparado, adaptable, amante de investigar, aunque dado a soltar fárragos sobre medicina sincretista.

Nació el segundo hijo de Dúrtil y Tamastú; lo llamaron Nelbén, como el abuelo materno de Dúrtil.

De tanto en tanto en la vida común estallaban parejas, como botellos cuando la bebida efervescente que contienen se ha congelado y la temperatura exterior sube, y para lidiar con la competencia y los litigios entre los desamorados Gaco estudiaba terapéutica de los deseos y Tamastú leía melodramas de Clavelina Mor, repletos de perspicacia. La corporación minera les hizo dos ofertas sucesivas para comprarles el campo; ellos postergaron la respuesta como si se pudiera ganarle a una corporación por cansancio. La maniobra de dilación conllevaba hacer la vista gorda a los aviesos alademoscas de la Guardia que sobrevolaban Lugardos con la excusa de vigilar la mina.

Una noche, en la biblioteca, Alote, Dúrtil y Fromanta se turnaron para soltarles una retahíla de reproches: Ustedes se están poniendo conformistas – En lo único que cambian ustedes es en que cada uno se va transformando en el otro; como dúo son siempre el mismo – Veleidosos, turulinis, testarudos – Lo que son es anticuados – Nomás les falta enchufarse a la Panconciencia. ¿Y qué tiene de malo explorar las conciencias de todo el Delta?, dijeron ellos, ¿está pasado de moda? No, nada, allá ustedes y su conocimiento; lo único que esperamos es que nos hayan escuchado.

A la mañana siguiente, en la posada del pueblo, Gaco le preguntó a Turvuni qué opinaba de esos cargos. Ella encendió un cigarro, adelantó el labio de abajo para soplar el humo hacia arriba, con lo que se aventó un mechón moreno, y con una sonrisa brumosa le acarició la mejilla; después le pidió al robotí que sacara el pan del horno.

Lo único que Gaco supo hacer con ese silencio fue describírselo a Tamastú. Acordaron que era imprescindible hacer un autoexamen a fondo, pero esa

semana murió el padre de Tamastú y él no pudo esconder ni esconderse la sacudida. Por muy desalmado que fuese el viejo, por mucho que uno lo detestara, seguramente por eso mismo si era el caso, un padre era una imposibilidad. Una indicación de esperar frente al umbral. Ahora para Tamastú esa imposibilidad estaba eliminada.

Gaco dijo: Se sabe que es así, ¿no?; mueren los padres y uno ya no tiene nadie adelante, no hay raya en el suelo que vete el paso, la iniciativa de lo nuevo y la responsabilidad por los menores es de uno, eso.

O sea: ahora nos toca a nosotros, dijo Tamastú.

Como si esa muerte lo hubiese hecho entender al fin qué significaba que las generaciones se sucediesen, Gaco aceptó completamente que tenía una falla congénita y acordó con Turvuni que adoptaran un niño. Fue una nena, una frigata de cuatro meses; la madre, una soltera apasionada que no había soportado la ausencia del padre, se había dejado morir de hambre, pero la nodriza del consistorio que la había recogido daba fe del buen apetito de la criatura.

Samilu, una beba con una pelusa rubia en la morlojita.

Pasado el lapso de embeleso y asimilación, una tarde Tamastú dijo: Me parece que es hora de pensar un poco. Más exactamente, dijo Gaco, parece la hora de un poco de filosofía. Habían leído que caminar era buen estímulo. De una rutina de caminatas surgió la punta de un ovillo especulativo. ¿Estaban propiciando de veras la posibilidad de otro mundo? ¿Poniendo al menos una paleta de mezcla en el muro incipiente de un mundo posible? ¿Había otros mundos posibles que no fueran ficciones? Una tarde fueron a caminar por el borde del arroyo. Lo notaban algo menguado.

No controlamos el volumen del agua, dijo Tamastú.

Pero ellos tampoco lo controlan, en el fondo, porque no controlan las reacciones de la naturaleza, dijo Gaco.

Yo creo que algo estamos haciendo mal.

Cut; apostamos por la autarquía cuando en la realidad no hay ningún organismo que exista por sí solo.

Deberíamos clarificar no tanto en qué hay que ser independiente como de qué vale la pena depender.

No es cuestión de distinguirse de todo, como Flitio; un vanidoso.

Pero poner en el mundo un detalle que nunca estuvo cuesta un mulgazo.

Nos consta, pero para mí, empecinarse un poco en la innovación no es en balde.

Siempre y cuando el quinoto no tome las dificultades por fracasos, los inconvenientes por reveses y se vuelva un resentido.

La boca se nos haga a un lado; acá hay muchos que dependen de nosotros.

Nosotros de ellos también dependemos.

A ver si clarificamos más.

A ver; probablemente ya es tarde para hacer un mundo mejor de cabo a rabo.

Para hacerlo radicalmente es tarde.

No solo es tarde para otro orden, sino incluso para una justicia íntegra, una igualdad sin tacha.

Ninguna de las grandes taras que tienen al mundo hecho bolbis va a enmendarse: ni el apetito de poseer, dominar o conducir la materia y las almas, ni la eliminación violenta de obstáculos al apetito, ni el uso y abuso de todo lo no humano; ni otras.

La aceleración no va a decrecer; ni el dolor.

Ya es un rasgo del carácter de la civilización; por gruncho que sea, asimilemos que esto es irreversible.

Aunque también están los sueños y las renovaciones, algunas.

Sí, parecería que lo humano es esta capacidad parcial, o esta incapacidad parcial para ser otra cosa.

Ya no hay reforma de los espíritus posible.

Por lo tanto no hay freno eficaz para las corporaciones ni para la volubilidad y el infantilismo de los pueblos.

Ni para la importancia principal que cada quinoto se da a sí mismo, su personalidad, sus chucherías, cómo se incentiva.

Meditando estas cosas pasaron a la otra ribera saltando de piedra en piedra. Hilos de agua perlada se escurrían entre el musgo. Los miraron un momento, atónitos como si hubieran vislumbrado algo subyacente y sin imagen pero indestructible que movía la corriente, como movía las telarañas y las estrellas, se entretejía en las lunas y las cizañas, se escarchaba en los surcos en invierno, se demoraba entre las mamelias con los abejorros en verano, y a ellos los incitaba.

Pero no hay que prestarle oídos al miedo, ni amilanarse, ni merelusear con el pesimismo.

El humanaje siempre tendió a añadir a la calamidad natural su propio género de catástrofe y la temió. ¿Pero no encontró desvíos para seguir moviéndose?

Y… No es que las catástrofes que ya hubo hayan servido para aleccionar a nadie.

Se sentaron a fumar. No dudaron de beber unos tragos del agua del arroyo. Tamastú inspiró como si le hubiese entrado por la gola ese algo subyacente y sin imagen.

Brrff; a lo mejor nunca consideramos debidamente qué somos y cómo nos excede el lugar donde estamos; pensar eso debidamente podría darnos más entusiasmo, más coraje, más confianza en lo que vale la pena.

Hay muchos acá que dependen de nosotros.

Basta de huir, de pretender que podríamos romper siempre con el pasado.

Eso que no estaba en el mundo y se puede poner, que se puede colar, hay que ponerlo junto con los que están con nosotros.

Y con otros que aparecerán, seguramente.

Todo lo que se hace de nuevo se hace en parte con piezas que estaban ahí y

ya nadie usaba.

O pocos usaban.

¿Cuántas veces van que nos repetimos esto?

Un mulgazo; bue, hay que proceder con cuidado.

Uno no sabe muy bien cómo anda de habilidad para componer.

Pero podemos resguardar lo que nos parezca beneficioso de lo que vamos haciendo, mantener la catástrofe a raya.

Ensanchar las condiciones para seguir poniendo lo que no había.

Podemos abrir lugares hospitalarios. Inaugurar ambientes; sin fanfarronear.

Ya que estaba cerca, decidieron echarle una mirada a la boya de monitoreo. Hacía rato que la especialista en depuración había desertado, y descubrieron que el analizador estaba bajo de energía; se apuntaron mandar al eléctrico a que lo recargase y verificase los marcadores de la depuradora, no fuera que con toda esa minería alrededor estuviesen haciendo beber agua mala a los pupurlines. Con ese pie siguieron perambulando.

Crear tejido sano en medio del organismo enfermo, dijo Tamastú, y antes de arrepentirse ya se estaba corrigiendo. Pero Gaco se le anticipó: ¿Tejido sano?, dijo; ¿alguien puede crear tejido sano? ¡¿Regenerar el organismo?!, se acopló Tamastú; sí, flor de veleidad. Bueno, es que hablábamos de las ganas de poner en el mundo algo que no estaba. Cut, pero no sabemos si lo que aparezca va a ser algo sano. Ni si va a ser tejido. El tejido de esta comunidad está tramado con el de la naturaleza. Bueno, no es que nosotros seamos la razón y la naturaleza algo que está ahí para que lo usemos, nos sirvamos… de ella, dijo Gaco. Cut: "naturaleza" es una palabra fea, para algo sin alma, una cosa.

Todo razona.

Todo tiene imaginación.

En ese punto del diálogo los vieron caer las vallas que aislaban sus respectivas mentes de las cosas; más: las lomas pensaban por ellos y la hierba pensaba por todo el resto. Caían incluso los límites físicos. Podían llegar a desintegrarse en el arroyo. Se levantaron, descargaron la inquietud sacudiéndose los fondillos, alisándose las camisolas, y cruzaron el cauce una vez más. Gaco arrancó un pimpollo de jazminache y se puso el cabo en la boca.

Te lo estás comiendo, dijo Tamastú.

Sí, dijo Gaco, y se metió toda la flor en la boca. Masticó sin denuedo pero sin miramientos, como si supiera que la flor se le había confiado.

De esta mangutería que somos no hay salida, dijo; no hay cómo salir de lo que la humanidad viene armando; de lo que venimos armando; por eso menos todavía va a salir uno de esto si se cree que está libre de contagio.

Pero una brecha tiene que haber; y después de la brecha un posible: es cosa de encontrar cómo decirlo.

Según cómo se mire, venir al mundo es recibir una habitación; hay que cuidarla; la habitación cuidada y mejorada es un posible.

Cuidar la habitación que nos dejaron los predecesores; ampliarla; abrirle una galería a lo que no tiene imagen; a lo desordenado.

Para los que vendrán inmediatamente; porque hay que.

Cut; y no para que después se acuerden de uno porque fue re-cuidadoso.

El otro día leí que igual que en la telaraña hay más orden y espacio libre en el centro, y menos hacia afuera, en todo el orden disminuye hacia la periferia.

Interesante que el medio más libre acepte el orden más firme.

Pero la ampliación es siempre hacia fuera.

Cut, habría que no tener miedo al destolenque de la periferia.

Bien, suficiente.

Sí, basta.

Gaco se limpió una gotita de leche de jazminache que le había quedado en el labio de abajo. Me acuerdo de los destrozos de la tormenta, dijo. El cielo verde aceituna, tan fungro. Viene un huracán del cielo, y nos sorprende pegados a la tierra. Híper pendientes, ¿no? Sí, múmulos por la tierra.

Es que mirar solamente la tierra te pega al tiempo que pasa.

Al almanaque, sí; el tiempo que todo lo devora.

Pero la vida de la tierra y de todo está envuelta en el tiempo que hace.

Eso, el clima.

Masomenos… No tenemos palabra para eso, el tiempo que hace.

Eso, eso; hace frío, hace sol, hace… Un mulgazo de veces oí que de ese tiempo habla la gente cuando está incómoda, aburrida, cuando no hay otro tema; pero fijémonos que el tiempo que hace te conecta con los meteoros, el temporal que nadie se esperaba, la luz y la niebla, la hojita que brotó y la flor que se dobla, con la física, con la piel de gallina y el sudor, con los pájaros que migran, conecta todo con sensaciones del cuerpomente.

A ver, veamos; se suceden las estaciones, se identifica un clima con una región, por ejemplo acá poca amplitud térmica, lluvia módica y así, o así, pero el tiempo que hace cada día, hoy, hoy mismo, defrauda todas las previsiones, por empezar defrauda bastante los pronósticos de los que saben.

Lo que hay que hacer es prestarle atención; cut, el tiempo que hace tiene como una pauta, pero las estaciones nunca vuelven del todo igual, aunque se repitan.

Porque en el tiempo que hace hoy se mezclan muchos fenómenos.

Como una polirritmia.

Un distolenque en el paso firme del otro tiempo que va de la infancia a los proyectos a las acciones a los recuerdos a se acabó.

¿Mejor no entremos en este aspecto de la cosa?; me imagino una, digamos, sociedad, comunidad, donde se hable mucho y con detallismo del tiempo que hace, que sea una manera febona de comunicarse.

Para eso habría que ampliar la capacidad de atención.

Cut, mirar bien, no poner la frasecita antes de haber visto bien.

Sentido, olido y.

Se habían vuelto a sentar, ahora al borde de los cultivos, frente a las casas

lejanas, entrecerrando los ojos a un crepúsculo parsimonioso, como acopiando una provisión de silencio que sirviera de contrapeso a la filosofía.

Además están las nubes, dijo Gaco. Concuerdo: están las nubes, dijo Tamastú; nosotros exagerando la manía con el suelo cuando la única salida es hacia arriba.

La cicatriz de la frente de Gaco centelleó como un zarcillo de ulvana al primer rayo del alba.

Hacia arriba, se admiró; salir hacia arriba.

Tamastú dijo: El cielo nunca puede ser un mero fondo.

VIII

Había quedado explícito que debían estar muy atentos. Cierto que solo podían decidir sobre su propia actitud; no eran los dueños de las decisiones. Ni lo pretendían. Ellos no ordenaban, no dirigían, no marcaban orientaciones. Eran dos más, como cualquiera de los otros, en medio de la composición que, a medida que la iban figurando, los había transformado en los que eran ahora, y que incluso como composición era una del sinnúmero de piezas dispersas con que lo real nunca cesaba de componerse, partirse y recomponerse. Muchas otras piezas, además, las tomaba la realidad por su cuenta, y algunas las tomaban sujetos jactanciosos de su perecedero poder de decisión. Por eso, cuando el consorcio volvió a la carga con una nueva oferta por la propiedad, decidieron llamar a asamblea plenaria. No hizo falta reunir a los lugardeños; ya habían estado todos, medio escondidos, espiando la rechinante conversación entre ellos y un economisto legal, un hombre de ojos como agua de florero, y no bien el hombre se hubo ido en su enorme rodalomas, todos se precipitaron a exigir información. Gaco y Tamastú informaron: la oferta del consorcio consistía en noventa y ocho mil panorámicos pagaderos en cinco fases por todo el terreno, algo más por las instalaciones que la empresa considerase utilizables y un predio donde ellos pudieran seguir criando animales de alimento; la producción de comestibles se repartiría entre ellos y la proveeduría para mineros.

No es dinero acorde; ni suficiente, dictaminó Dírtul, y varios asintieron pateando el suelo. No es tan poco, murmuró Tamastú, pero no es tanto como para arrodillarse. Además, dijo Alote, viene desde las oficinas de esos crápulas. Cierto, dijo Gaco; habría que esperar una propuesta desde más arriba que el escritorio de un administrador en las colinas. Pero a la noche, durante la cena, agregó: Ahí están.

Entretenidos en masticar, solo algunos miraron las burbujas de escaneo que habían aparecido, autónomos ojos relucientes que opacaban la constelación del Simeí con la excusa de hacer prospección de metales explotables. Esto es lo que se llama una oferta hostil, dijo Tamastú. Pero también el que amenaza puede cansarse, si el amenazado aguanta, dijo Alote. Sin embargo algún temor debió cundir, porque de tanto mirar hacia arriba al día siguiente muchos se levantaron con dolor de cuello. Las burbujas de escaneo se replegaron roncando como para anunciar que iban a volver. La que en el interín apareció fue LaBigot, como caída del aire una tarde tajeada de lluvia. Aunque impecable en uno de sus extravagantes trajes de sedasa, en sus finos mocasines vinílicos,

tenía moretones en la cara y el labio de abajo amuescado, no por las porras de la Guardia, se adelantó a aclarar, sino a causa de unas… justas sexuales, si se entendían. El alarde, insólito en LaBigot, no llegó a la salacidad, ni siquiera a la picardía porque no era su estilo. Les contó que, como bien se derivaba de los noticiescos, la economía política en la isla parecía algo cambiada, si se veía sin detenimiento, pero más bien igual que siempre si le dedicaba un momento; dominaba una constancia en los cambios inocuos. A LaBigot, afinar la precisión de sus comentarios no le impedía apenarse de ver al grupo un purlín agobiado. Es que habían vuelto a hostigarlos las burbujas de escaneo; alrededor ahora orbitaban alademoscas blindados con catalejos y música estrepitosa, una verdadera parranda de facinerosos en vuelo bajo.

Son formas de presión, dijo LaBigot; meras formas. Silencio. La miraron sin parpadear, invitándola a que vertiera algo menos manido. Silencio. Serán formas de presión pero pesan, dijo Tamastú. Ella prendió un charuto de fraghe: ¿No les parece que convendría dar una muestra de poder aéreo; al menos de presencia aérea?, dijo. Nada habrían querido más Gaco y Tamastú justamente en esa temporada filosófica, pero: ¿Una muestra de levedad, cuti?, dijo Tamastú; eso no podemos, con tanta estructura como tenemos acá abajo. La levedad no es inversamente proporcional al peso de la materia, sentenció ella. ¿Ah, no? No; en absoluto, brachinis. Agregó que se podía dar una muestra que sorprendiese a los hostigadores; aunque fuese una valentonada.

Algo se traía LaBigot. Responder a la camorra de los consorcios no era lo que ellos más querían, pero tampoco podía desperdiciarse la posibilidad de una salida del sistema hacia arriba, y la capacidad de asombrarlos de LaBigot no fallaba nunca.

Llévenme a La Ovalata, pidió.

Bigot, acá tenemos un mulgazo de tareas. Ella les hizo caso omiso. ¿Me llevan o no? Bueno.

De modo que aceptaron llevarla en un furgonet y, después de trepar la ladera suave de la meseta de La Ovalata, la opuesta a los nevados Picos de Ansen, y de internarse media milla en la planicie, dieron con un vasto desparramo de restos, aparentemente de blanducor enchapado en renio; fragmentos fuertes, no muy pesados, muchísimos, módicos de tamaño y tan perfectos de corte que sin duda eran de un artefacto concebido para, en caso de accidente, desmembrarse sin perjuicio de una eventual nueva ensambladura. Entre las piezas había un enorme manojo de cables y conductos, rojos, violáceos, flexibles, untados de una sustancia achocolatada y reseca, amontonados contra un multipropulsor como venas animadas contra el corazón que las había insuflado.

No parece ni un pájaro de museo, dijo Tamastú. Este corazón reventó, dijo Gaco. Está desfallecido, tan solo, dijo LaBigot; lo podemos reanimar.

Explicó que era un condoravio. No le extrañó que no los ilusionara oírlo: hasta los coleccionistas de antigüedades se habrían desinteresado de hacer el viaje hasta ahí, porque suponían que esas máquinas nunca habían existido, y

esta podía existir, sí, pero había quedado ahí como un pájaro muerto.

Sea lo que sea, dijo Tamastú, no es un ejemplo de elevación. Es un ejemplo de caída, dijo Gaco. LaBigot se atusó el mostachito: Yo hice un curso paralelo de pilotaje con una gran aviadora; incompleto, pero me dio una base, dijo, y se explayó así:

La obsolescencia de las ideas y la defunción de los productos en que se concretaban eran tan periódicas como los redescubrimientos de productos finiquitados; hacía unos cuantos estarcos, tal vez en el ciclo del Tapón, los científicos habían aceptado al fin que materia y antimateria poblaban el multiverso en proporciones iguales y encontrado pruebas de que una faja de antiprotones, producto de los rayos cósmicos, envolvía el planeta a unas mil varas de altura; el choque de los antiprotones con la materia normal resultaba en una aniquilación mutua en destellos de luz; con esa energía habían abastecido los hombres de antaño algunos de sus rudimentarios vuelos espaciales; pero el espacio exterior siempre había sido cosa de élites y en el humanaje aún latía anacrónicamente el sueño loco de volar como los pájaros; bien: incorporando energoconversores a los propulsenos se podía aprovechar la luz de las antipartículas como combustible, y materiales "avanzados" (LaBigot entrecomilló la palabra con los dedos marfilinos) permitían hacer un objeto más dúctil y más hermoso que aquellas naves espaciales frías como termos; bien; de las aves nobles, la más noble era el cóndor; una vara y media de alto, cuatro varas de envergadura con las alas abiertas, el cóndor anidaba en picachos inaccesibles, vivía más que cualquier congénere, no tenía subespecies y volaba majestuosamente en las corrientes supremas del aire; tal vez parecía mítico porque el quinotaje desechaba todo prodigio que no hubiese surgido de la mente humana; pero los técnicos aventureros se habían puesto a observar a los cóndores y a fuerza de pasión mimética habían creado un aparato de vuelo, meticulosamente articulado, con propulsor en base a energía antimatérica y distribución de combustible por sistema arterial híbrido; al parecer había que agregar al combustible algo de sangre, alrededor de un litro, como la que podía extraerse sin perjuicio de un bunasto joven o de los mismos tripulantes; un simple motor de despegue alzaba el condoravio en vertical; después dependía de la pericia de los pilotos coordinar los mandos de modo que moviera las emplumadas alas blanquinegras a ritmo lento o presuroso, subiera o agachara la cabeza desnuda, pequeña (dentro de todo) y rojiza con su cresta rugosa y su ganchudo pico aerodinámico, se mantuviese quieto suspendido contra el viento o embolsase el viento para planear en oblicuo, en vastos círculos o en descenso cuando decidía posarse: todas las ventajas de un ave natural.

Cueg, amigos, nada más, terminó LaBigot; escucho objeciones.

Tamastú y Gaco no objetaron que ese aparato, ese al menos, se había estrellado, como si hubiese pagado el precio de un tamaño tanto más grande que el de un cóndor natural; tal vez había aterrizado de emergencia; o quizás simplemente le había llegado la hora. Lo que hicieron fue preguntar por qué los condoravios habían desaparecido.

Culpa del eterno menosprecio del humanaje totalizado por los animales, dijo LaBigot.

Y seguramente celos de los diseñadores industriales esteticistas, dijo Tamastú.

Pero tanto el diseño como el esteticismo también tenían sus recurrencias. Es decir que si el condoravio volaba tal vez llegara a tener un valor de belleza para la masa del público.

¿Y nosotros no somos masa?, reprendió LaBigot. ¿No lo habrás estrellado vos?, dijo Gaco. ¿Cómo responderte?, contestó ella.

Miraron el cueriñé de los doce asientos desparramados. El tablero de mandos. Los cóncavos parabrisas de la cabina, que vistos desde fuera venían a ser los ojos. Inspeccionaron los restos finos y fuertes del cuerpo; se notaban las ranuras, los dientes de encaje, los pernos, los exquisitos goznes de las articulaciones.

Está todo desplumado, dijo Gaco. Pero es que no es un cóndor, vloqui, dijo Tamastú; es un condoravio. Cut, cut, por supuesto.

Ya estaban anticipando, no solo la vindicación de una salida hacia arriba, por transitoria que fuese, sino el gustazo de aprender a pilotar.

Revalorizar la belleza de un artefacto viejo es una chunqui tarea, dijo Gaco. Nosotros, dijo Tamastú, vivimos de la reanimación de lo obsoleto. LaBigot les ofreció sorbos de aguagrís de su petaca.

A los dos días llevaron a la comunidad a ver los restos; los leyeron como si fuesen el guion de una película en ciernes. A los cinco días ya se pasaban horas en vela apurándose por asimilar un tratado de técnicas de vuelo obtenido de un letrorratero de Isla Brunica e historias de la navegación aérea que tenían que interpretar con maña, porque eran textos tan desprolijos como toda la ciencia histórica del último ciclo; se estremecieron con el diario de Arrogo D'Arrumue, un hombre de más de un estarco atrás que había iniciado la recuperación de los aparatos aviformes remontándose en un gavilanio sin turbina por encima de los cuatro mil codos de la sierra de Hos de Isla Ushoda; tiritaron leyendo que D'Arrumue había soportado más de treinta grados bajo cero. Un tercio de la jornada de trabajo lo pasaban en la meseta, con los especialistas o los que habían llegado a especializarse en metalismo, soldadura, física de las partículas, cirugía veterinaria, electrónica y mecánica de conducción y transmisiones. El placer de la expectativa era insoportable; querían que durase. Pero avanzaban. Desistieron de encontrar registros gráficos de un aparato como aquel; lo armaron orientándose por la imagen en tres dimensiones de un cóndor real sacada de un librino para niños. Por decisión de Alote, no tocaron el procesador de luz de antimateria para no meter la pata. Desmontaron, limpiaron y mejoraron la unidad central, el propulsor, las turbinas, las coyunturas y las transmisiones; actualizaron los circuitos electrónicos y los programas de conducción. Antes de sellar del todo el casco, metidos en la panza del bicho, devanaron el cablerío, ordenaron los empalmes, ampliaron los conductos con anillos de malla elástica y los

limpiaron rigurosamente con una droga, pasurgel, muy recurrida antaño en terapia cardiovascular transcatetérica pero barata ahora que nadie la usaba. A duras penas consiguieron no saltar de júbilo cuando en un test en tierra, bien que no fuese del todo fiable, pareció que cada sistema respondía a su comando. Samporte, acuciado por LaBigot, había conseguido que un radar disparase un llamado instintivo en el condoravio, ave rapaz al fin, cuando le presentaban la imagen de un cordero. Esperaron que Turvuni anunciara la semana del Vor, un viento benévolo y seco. Un amanecer de nubes como armiños, cuando la meseta olía a tomillo quemado, los nueve lugardeños más antiguos, envidiados por los demás, ocuparon las butacas de pasajeros detrás de los tres comandantes y LaBigot activó las turbinas de despegue. En la claridad paulatina el condoravio se elevó de golpe como una bomba desesperada por invertir la orden de destrucción. Como, dijo Tamastú con el corazón en los pies, un amante a la estrella de su amada en celo. De hecho, por las ventanas se veía titilar el candil del alba. Después las nubes lo opacaron, cuando ellos pasaban entre sus guedejas. Después, rápidamente, vieron las nubes abajo, y a lo lejos una daga de sol saliente. En esa luminosidad las turbinas se apagaron; hubo un cambio de ruido en las entrañas del bicho, y después silencio.

Es la primera vez en mi vida que estoy en el aire, dijo Gaco. Tamastú se tocó el pecho: Yo ni un flaytaxi había tomado nunca.

LaBigot, concentradísima, le dio un manotón en la pierna para que se ocupase de digitar lo que ella ordenara. En seguida se oyó un golpeteo de dedos en el teclado; luego nada, ni siquiera murmullo de goznes, aunque el condoravio ya terminaba de desplegarse. Por las ventanas se veían las alas imponentes. Ya las estaba batiendo: primero con apremio por ganar estabilidad, despacioso después, métrico y arrogante como contrabajos de una orquesta que se niega a acompañarlos, buscando corrientes contrarias donde oponer el pecho y por fin equilibrado en la nada celeste, balanceándose en su grandeza, con los alerones en mínimo temblor, hasta que LaBigot detectó un viento lateral, modificó los timones y lo hicieron aletear de nuevo, planear, detenerse, aletear una vez más, y así sucesivamente, en círculos sobre la meseta color cáscara de kiwi, sobre los picachos y las quebradas entre hilos de clara de nieve. Más abajo, cuando estiraron las cabezas, se les ofreció la comarca, marrones tapices de rastrojo moteados de figuritas cuadrúpedas, ondulantes espejos de girasol, hileras de olivos con su planta aceitera al costado, generadores de fuerza eólica, casas solitarias con sus criaderos de bunastas, como en los altarcitos de los viejos cultos, y empinadas torres de viviendas, traqueotomía minera en las gargantas de la montaña, caminos como cintas de tafeta rumbo a las minas o las imágonas, cabrilleo de aguas límpidas como galaxias y tornasol de aguas servidas, humo letal de una planta de adoblástice, caballunques ramoneando, bosque frondoso y robotos guardafuegos, el rombo fucsia de un criadero de tulipanes, fruto loco de un amor al trabajo como el de ellos, y el magnífico fuerte de mármol, incrustado en el valle de Narque, donde el estado de la isla atesoraba las reservas de sal-moneda que medían su

capacidad económica; todo tendiendo al color plano entre hebras de nube, canas sueltas de una cabellera perdida: el compendio de una dádiva inconmensurable, aunque estropeado en ciertas zonas como por el uso de un bruto; todo presentándose a sí mismo y en total: formas descriptibles y cosas amorfas que solo esperaban una palabra nueva para cobrar forma. Pero la palabra huía. Vistas las caras, se habría dicho que las mentes de Gaco y Tamastú corrían a atrapar esa palabra, o se desvivían por inventarla.

A mí, susurró Tamastú, no me descorazona comprobar que el afán de lucro arruina un cuadro con inmundicias, cómo no entienden que es un cuadro hermoso porque tiene alma. Esas inmundicias, dijo Gaco, también son la realidad. Pse, vendrían a ser las perversiones de la realidad. Pero la realidad no es lo que nosotros decimos. No, bueno, es un mulgazo de cosas más, desmesuradamente. Por eso; nunca vamos a llegar a decirla toda; vivimos en una réplica pobre. Yo creo que podemos agregar un poquito más de cosa real que esté a la altura de lo que ya hay. También podemos elogiarlo, a lo real. Celebrarlo. Shh, brachos, dijo Dúrtil desde atrás. ¿Cómo pueden funcionar al mismo tiempo tantas cosas tan complejas?, dijo LaBigot. Y con tan pocos componentes básicos, dijo Tamastú. Una grandeza humilde, dijo Gaco. Shh, dijo Fromanta.

En el silencio que se hizo no se oía ni el propulsor al ralentí. El condoravio irguió el torso, ganó altura y la inercia apretó a los pasajeros contra las butacas. Por las ventanas se vieron en medio de un relumbrante celeste desocupado. Las horas se volvían inmensidad. Si esto fuera un filme las palabras solo sonarían en la cabeza del espectador que quisiera emplearlas; prestando más atención se distinguiría el bombeo de los corazones de los héroes, o la luz de antimateria convirtiéndose en energía calórica. Una fuerza amoral había decretado que se desalojara de las cabezas la memoria redundante, sus monumentos, calendarios y mojones, sus fotos, sus documentos. Gaco y Tamastú y el resto estaban desadheridos de sí. No tenían nada, no rehacían nada. Carecían de intereses. Una lisis astuta había liquidado las cosas y las imágenes de las cosas, y en el celeste se descomponían las prisas, las demoras, las ganas, las penalidades, las revanchas y hasta la cicatriz de Gaco. Lo que había era un vacío. Muy diferente de lo que se conocía por vacío, y más diferente aún de la nada. Una imposibilidad de localizar. Una falta de densidad. Una expansión. Sin embargo en la cabina del condoravio quedaba una aspiración de más allá, de asunto mejor, que durante este intervalo se sobreexcitaba y se satisfacía constantemente, incluso se satisfacía de más. De modo que al fin la aspiración se hartó. Y entonces ellos, librados, salieron a la misma realidad de donde venían, pero más grande, eso se notaba en las expresiones de arrobamiento agradecido. Tamastú dijo algo difícil de captar, como si hubiera recorrido todos los esfuerzos de la vida, los frutos, las visiones, los planes y los accidentes, los agravios, los rencores y las lesiones, y hubiera llegado a un momento en que pensamiento y emoción, a punto de desvanecerse por completo, se aferraban a la lengua para decir un poco más,

todavía, y todavía propulsar acciones, y en consecuencia otra vez enredarse con frutos, contrariedades, agravios, lo que fuese que acarrean las acciones.

Ya está, dijo Dúrtil.

Menos mal, se descargó LaBigot.

Sí, dijo Gaco, y enderezó la espalda.

También se propulsaba de nuevo el condoravio. Fffffssss. Ssslaac, siseaban las alas. Como una bien programada ficción de instinto lo estaba haciendo inclinar el vuelo hacia los peñascos de una cima, usaron el mando maestro para desviarlo hacia la meseta. Plegaron el alamen y activaron el frenado vertical. Si hubo una pizca de pánico cuando se acercaban al suelo, los amortiguadores de chorro de aire atenuaron el panzazo y suavemente el aparato se entregó al seno de la tierra. Bajaron. Se abrazaron, viajeros y espectadores, como si se hubiera terminado el tiempo y tuvieran dispuesto otro igual pero flamante. Nadie se habría ido de ahí sin que una segunda partida de lugardeños conociese el éter. Unos se anotaron, otros prefirieron dejarlo para cuando estuvieran menos nerviosos. LaBigot, exhausta pero oronda, aseguró que podía apañárselas sola y con ella despegó el nuevo grupo. Vistos desde el suelo, la indiferente, fulminante saeta del cuerpo, el aleteo soberano, el acuerdo del condoravio con los flujos del viento no eran menos conmovedores que compartidos desde dentro. Ni desintegraban menos la conciencia.

Somos como actores, dijo Tamastú, y cuando acabe la obra nos vamos a disipar en el aire.

Pero con nosotros, dijo Gaco, se van a disolver también los consorcios y las comunidades, las torres financieras coronadas de nubes y los campos de tulipanes y el fortín de la sal-moneda, y el Delta entero.

Pero de mientras estamos acá, ¿no?, y todo esto alrededor.

Fumaron. El condoravio desaparecía entre celajes y los perforaba para reaparecer como un padre, o un hijo.

Pájaro, eh, pájaro/ espina de las nubes,/ ancla del firmamento/ espíritu en traje de boda…, canturreaba Tamastú. En voz muy baja, Turvuni lo relevó: *Cut, pajarito escribiente,/ caligrafía del tiempo,/ ojo cruzado en el cielo…* No es así esa canción, frigui, dijo Gaco tomándole la mano. Ninguno de los tres bajaba la vista. Yo la escuché así, musitó Turvuni, hace años. *Pájaro, silencio afilado*, cantó Gaco. *Luto de la alegría,/ seguí volando en redondo,/ como una aureola sobre mi novia*, cantó Turvuni. No es así, dijo Gaco. Es así, dijo Turvuni. Es que, ehm, esa canción es nuestra, dijo Tamastú. Será que ya no es de ustedes, dijo Turvuni. Pse, alguien puede haberla cambiado, dijo Tamastú. Mejorado, dijo Gaco.

Tomaron los cambios de letra como una prueba de comunión. Esa noche, después de cerrar someramente los trabajos del día, cenaron con el cuadro aéreo de la isla pintado en los ojos. Subieron a la azotea del comedorio.

Qué exuberancia, dijo Tamastú. Uh; cuidar lo que hay es una misión de una exigencia infinita, dijo Gaco. Y ni te cuento lo exigente que es celebrarlo. Todo

esto nos lo dieron, no sé quién. Pero nos lo dieron. Cut. El corolario es que tenemos que renovar la visión de nuestras obligaciones con el mundo. Reestructurarla. Yo diría, terció LaBigot, que lo que tenemos que hacer es aprovechar el aparato para identificar la ruta del dinero y seguirla. ¿Una ruta material del dinero? Sí señor: está impresa en el paisaje; si nos interesa saber qué pasa realmente en la sociedad o qué julapias es la ideología del gobierno hay que seguir la ruta del dinero.

Gaco y Tamastú calcularon cuánto tiempo les insumiría una pesquisa así.

No podemos darnos el lujo, dijo Gaco.

IX

Si se les había dado la oportunidad de comprender cuánto habían recibido, era para que devolvieran el don. O para que dieran algo suyo a su vez. Devolver, dar y recibir eran la misma obligación divida en tres, el sostén triangular de la sociedad posiblemente curada del mal del lucro. No; el sostén de otro menú de sociedad. Se pusieron a imaginarla. Para empezar, sabían que Dúrtil era una collagista experimentada e imaginativa. De cualquier compuesto imaginado, la realidad era solamente la base, pero era la base. Así que, en una serie de secuelas de conversaciones con ellos, Dúrtil confeccionó, con diminutos recortes de revístors, fragmentos de fotovivs, raspaduras de toscas y tornillos, pedacitos de adoblástice, de chapa y de fórmica y perlonato, detalles de dibujos de los niños y de reproducciones de obras maestras del museón de la isla, con ilustraciones de atlas físicos y humanos, con barro cocido, flores secas, plumas, fariña, cafeto, hierbas, etiquetas, láminas de carameli y figuras de larmat metamórfico, un montaje abigarrado, exhaustivo y sintético a la vez de un codo cuadrado de tamaño. Fácil de manipular, transportar o instalar como adorno mural o ícono de reflexión. Provisto además de plaquetas de salmoneda que añadían un valor de mercado. Fácil de memorizar: una marquetería para el recuerdo total del paisaje, o la interfaz entre una realidad y la memoria celebrante. En definitiva, un talismán. Lo que se les había donado en el aire lo darían a otros como esquema, y en el acto de donarlo se mantendría viva y fecunda en ellos la potencia formadora de la realidad, y en la de los donatarios también, siempre y cuando devolvieran el don en alguna forma o a su turno donaran cosas suyas a otros.

No es que uno crea mucho en la acción material de las potencias espirituales…, comentó una tarde Tamastú.

Pero si el deseo y la testarudez consiguen abrir territorios, razonó Gaco, no tiene por qué no abrirlos la generosidad, siempre que sea recíproca.

Sí, a lo mejor puede abrir territorios más fértiles.

Y esto es un contacto con tradiciones tan lejanas que no sabemos si existieron.

No sé quién nos habrá llamado a responder a una exigencia infinita.

LaBigot opinó superlativamente de los talismanes: Uy, son re-chiribazos; pero, pero… no sé.

Hicieron ciento cincuenta. Los distribuyeron, sin pompa pero no sin formalidad, entre granjeros, peones y mineros ciborgues, empresas familiares y toda clase de trabajadores de la región, e incluso entre cuadros medios

manuales y administrativos de empresas, como forma de inaugurar un mercado extendido al contrato moral. A cambio del regalo sugerían que los donatarios, él o ella y los suyos, acudieran un día a La Ovalata, según el mapa que se adjuntaba, y comprasen un económico billete para un paseo por el cielo en condoravio. Semanas después, en la hinchazón de ciertas brisas se palpaba que un puñado de comarqueños iba a entrar en el circuito; mientras que algunos rehusaban el regalo, arrugadamente o con desaforados pretextos de no merecerlos.

El quinoto mezquino no quiere recibir regalos para no tener que hacerlos después, comentó Alote.

Ellos pensaron que quizá los individuos sensibles no fueran tan pocos ni los necios tantos. Si algo les faltaba conocer aún, y empezaba a ser imperativo, era la psicología profunda del sujeto social. Por desgracia, en aquel momento no alcanzaron a conocerla un poco más. Era que el sistema ya les había declarado una guerra fría en el cielo. Burbujas de la Secretaría de Hacienda envolvían al condoravio en espirales de ondas de inspección, sin lograr ponerlo nervioso, cierto, pero consumiendo mucha de la luz de antimateria que necesitaba el propulsor. Flaymotos cazadoras simulaban perseguir aves reales para disputarle la trayectoria. Equipos de prospección del consorcio minero lo envolvían en enjambres de alademoscas. Soberbia, enviciada y valerosa, sin embargo, ahora LaBigot solía despegar el aparato ella sola, por gusto, para afirmar y demarcar un área celeste que pertenecía a Lugardos. Los intrusos la acosaban con rencor, como guasos de barrio a una muchacha escultural indiferente a los varones.

Y una diáfana tarde de invierno el condoravio se negó a responder a los comandos, o perdió de pronto la facultad de responder, y fue a estrellarse en un nicho entre las rocas de Embesco. No se hizo la cantidad de trizas que ellos habían descubierto meses antes, pero habría necesitado unos trabajos de refacción que encogía el alma ponerse a hacer otra vez. Debajo de la cabeza, entre los ojos astillados, encontraron un chimango muerto.

Este pájaro murió mucho antes de la caída del nuestro, dijo Tamastú. Claro, cuti, dijo LaBigot; como que a nuestro cóndor le pusieron un señuelo y el pobre sucumbió a su instinto.

Gaco se tragaba las lágrimas. Degenerados, masculló Tamastú; nunca llegamos a llevar de vuelo a los nenes.

LaBigot decidió no ocultar más lo sobrepasada que venía sintiéndose: Mejor que la realidad haya puesto ya la garra, brachos; comprenderán ustedes que yo no iba a ser chófera permanente de turistas. No, amiga. Claro.

Esa misma noche les dio la mano, se colgó un bolso terciado y repechó la colina, en pedalete, rumbo a alguna de sus enriquecedoras vacaciones de la apretujada vida en comunidad.

Suerte, Bigot, logró murmurar Tamastú cuando ya no podía oírlo. Se me ha pasado por el morlojo que el señuelo lo puso ella, dijo Gaco. Yo tengo la misma impresión, dijo Tamastú. Puede que sea un tapujo pero como sacrificio es una

hazaña. Fumaron. Duele, eh. ¿Pero qué balance hacemos de todo este capítulo? Fff… cierto que no descubrimos la ruta del dinero, pero para mí fue reconfortante. Cut, y también nos ha fortalecido, ¿no? Bueno, en ciertos modos. A mí me fortaleció en serio, dijo Gaco, y contó que de chico, e incluso hasta hacía poco, había tenido ataques de agorafobia; a veces sentía que iba a extinguirse en el volumen del mundo como una bombona de fluido con la espita abierta; otras veces no era el espacio lo que lo angustiaba sino la sensación de no saber qué iba a hacer, hacia dónde iría su vida. Conozco un purlín eso, dijo Tamastú; sentirse como una sustancia inestable que podría explotar si se expusiera al aire… Al aire concupiscente, dijo Gaco. Más o menos. Debe haber otra palabra. ¿Pero estamos curados, te parece? Cut, estamos bastante curados. Enterraron los restos del condoravio al amparo de un talud. Dieron demasiadas e insatisfactorias respuestas a la ansiedad de los niños por saber si el pájaro volvería.

Al contrario que en las series de pantallátor de otro tiempo, el capítulo real siguiente se les vino encima fuera del orden de las emisiones, sin resumen previo que refrescase la trama ni días suficientes para que el pensamiento sedimentase. Un mediodía, diminuta refulgencia aleteante, apestosa y zumbadora, llegó una crisopa de ojitos dorados que se puso a circundar la cabeza de uno, de otro, de uno, de otro, hasta que Gaco entendió que era una mensajera de parte de Henga-Nósul y le ofreció la mano para que se posara. Retiraron la pata-alfiler y la enchufaron al cuadernaclo. *Arrestado*, decía el mensaje; *celdas de una brigada contra inversiones discordes; negociación sesgada demandará días.* Ellos le contestaron que quedaban a la espera de órdenes. Una semana después, mediante una crisopa de ojos azules empapada de desodorante, el magnánimo Henga-Nósul les contaba que, dado el acoso de las fuerzas combinadas de la gran banca y el judicato armado, si quería evitar más perjuicios físicos le convenía pasarse a otra actividad, probablemente la mensajería de riesgo; y con delicadeza, como para no avergonzarlos, agregó que iba a tomar de los réditos de la inversión de ellos una parte de lo que le adeudaban por los préstamos, y el resto se lo dejaría en líquido, junto con la suma inicial, en una hendedura del despeñadero de Losque; estaba cerca de su colonia, recalcó; pero una vez hubieran memorizado el plano adjunto, les encarecía que lo destruyeran. La crisopa los acompañó al despeñadero; fue una excursión instructiva por recesos furtivos, inasimilables aunque al cabo complementarios a la ruta del dinero, pero ya antes de contar las tarjetas sabían que siendo tan corta la inversión original, y tal la módica perseverancia de la inflación, con intereses y todo la suma estaba como desecada. Más lamentaban sin embargo no haberse podido despedir de Henga-Nósul ni ver qué le habían hecho ni ofrecerle amparo. Mientras, en la cadena de colinas ya operaban más corporaciones. En el pueblo se enteraron de que una iba a optimizar el socavón de una mina agotada usándolo para sepultar residuos de refinado. Otras empresas abrían más socavones río arriba, ampliaban la explotación y construían bloques de viviendas para ciborgues. Presumiendo

que ellos empezaban a acusar la presión, un grupo les ofreció alquilar el campo para convertirlo en pastura plus de ganado energogénico. El proyecto, que ellos no habrían podido costearse, no estaba mal: preveía cierta libertad animal y, sumadas las cabezas, el volumen de flatulencias podía reconducirse en electricidad diaria para un complejo de cincuenta casas con sus instalaciones de trabajo. Claro que eso implicaba hiperalimentar a los rumiantes, una crueldad que todos los lugardeños se negaban a infligir incluso a los no animales no enteramente orgánicos. Viendo que ellos no daban el brazo a torcer, una banda de productores minis organizó una marcha sobre Lugardos y les pisoteó los sembrados en protesta por poner trabas al desarrollo de la comarca. Entre los cultivos y el arroyo se alzaron carpas de familias de jornaleros que demandaban trabajo. Ellos no iban a enfrentar a esa gente, por principio, ni hacer varios tipos de ridículo pidiéndole a la Guardia que los desalojara. Pero la Guardia ya se había infiltrado, junto con corchetes a sueldo de las corporaciones, y picaban a los descontentos incautos, y al poco empezaron los desmanes. Los lugardeños menos pacientes no se privaron de reaccionar. Hubo machucados, heridos, sangre, sirenas, tendales, luego perplejidad, y al fin, en vez de una vuelta resollante a la calma cuerda, un abatimiento tan grande que se adueñó de la naturaleza; un clima de vergüenza y pudibundez, más contaminante que el nesoscreno para lavar metales, que a Gaco y Tamastú les pateaba el hígado.

¿No estaremos entorpeciendo uno de los diferentes rumbos que pueden tomar las cosas solo porque no es el rumbo nuestro?, preguntó Tamastú. No, tal vez estamos emperrándonos en poner un rumbo donde no corresponde. O ponerlo en el momento errado. La cicatriz de Gaco trepidaba en la frente como una lonja de tocino en una plancha. Están nuestros hijos, dijo Tamastú. Y nosotros asfixiados al aire libre. Hay que seguir probando cuál es la brecha. Cut, el umbral de alternativa. No se dieron cuenta de que estaban rodeados por sus compañeros.

Fromanta los interrumpió con un grito: Para ustedes cualquier rumbo es lo mismo con tal de empezar todo de nuevo dale que dale, dijo. Eso es una interpretación superficial, retrucó Gaco. Turvuni le dio una cachetada. Gaco le gritó que estaba boldoqui. ¿Algún día vas a escuchar a la gente, pedazo de escruto?, gritó ella. Me lo paso escuchando tres docenas de opiniones, y la tuya todas las noches, ¿o no? Se habían acercado los niños. Tanto vociferaba el matrimonio que Tamastú aferró a Gaco por detrás y quiso amordazarlo con una bayeta, pero Gaco le dio un codazo y trabados los dos se fueron al suelo. Chiflado, chilló Turvuni, ¿no ves que están los pupurlines? También te están oyendo a vos, dijo Gaco. A vos no solo te oyen; te escuchan, a vos, que sabrás muchas cosas pero no tenés frungra idea de lo que es justo. Turvu, dijo Tamastú, ¿no ves de cuántas obligaciones…? Vos callate, peringo, lo cortó Dúrtil. En la cara de Turvuni no se distinguía el sudor del llanto: Te importa más mumulgar con este que escuchar a tu mujer. Asintiendo como si le hubiese llegado otra voz, Dúrtil optó por llevarse a Turvuni. Tamastú amagó

acompañarla pero ella lo apartó de un manotazo.

Solo después de la cena Gaco se atrevió a entrar en la pieza de donde Turvuni no había vuelto a salir. Por un rato la palabra "egoísta" se repitió en el silencio como una hierra. Más tarde, de la oscuridad surgieron apagados alaridos de distintos tonos. Muchos lugardeños se habían ido a tomar aire fresco. Alote y Fromanta bebían aguagrís en el comedorio. A mi padre, dijo Alote, le encantaban unos novelinis que habían estado de moda en sus años mozos; todos trataban de lo mismo: una pareja que cada dos por tres discutía, intercambiaba venenos, se iba a las manos y terminaba reconciliándose en la cama. Un arte cínico, dijo ella. Sí, sobre la pasión amorosa. Ella señaló la ventana con la cabeza: Pero acá adentro hay otra clase de entripados. Sí, y nos atañen, dijo Alote.

La vergüenza que los apocó a casi todos durante unos días les ahorró disculpas sentidas y disculpas retóricas, y los pupurlines optaron por no hacerse preguntas. Ya nunca nadie en Lugardos iba a poder sentirse parte de ese amor sin calificación que según unos poetas de antaño tal vez moviera al cielo y las estrellas. A falta del procedimiento más eficaz para restablecer la concordia después de una pelea familiar, saber sacarle el cuero a alguien de afuera, el tiempo ahorrado en excusas les sirvió para retomar el hilo donde se había desflecado. No era mal procedimiento: debatir en círculo con qué empezaban de nuevo y cómo.

Si alquilaban el campo y vendían los animales, los niños podrían ir regularmente al educatorio del pueblo. Recibirían la instrucción formaloide que sin duda iba a servirles para discernir el conocimiento pernicioso del saludable. Varios "cuts" sancionaron este razonamiento, práctico para velar la impresión de que Gaco y Tamastú se estaban saliendo otra vez con la suya.

Contiguo a la fonda de Turvuni se vendía un lote grande con tres casas laborales, idénticas, que se habían estropeado mientras el propietario esperaba que los inquilinos fuesen muriendo y él mismo moría al fin; la hija del hombre, que había tenido ahí una infancia nefasta y se obstinaba en desprenderse de una herencia que aborrecía, ignoraba que la calidad del maderasto de muros y vigas de esas casas era muy superior a su aspecto, y que el monitorio y la memoria de gestión estaban vigentes. Tamastú y Gaco no lo ignoraban, y por eso pagaron algo más que la miseria que pedía la mujer. Salvo por las precauciones para no dañar el sistema de inteligencia, comunicar las casas entre sí y con la fonda estaba al alcance de las destrezas de los lugardeños. La energía se la dieron las ganas de mudarse. Firmaron un acta de cooperativa de género inventado por ellos. Inscribieron a los niños en un educatorio local. La fonda iba a totalizarse: alojamiento para visitantes con excursiones por la zona, producción de alimentos propia, excursiones de exploración y observación…, cancionística…, en fin, nada de la triste idea de mera diversión; confort austero, luz, intercambio: viveza del cuerpo y satisfacción de la curiosidad. Hospitalidad espléndida, práctica de la retribución, amabilidad sin hipocresías, comida amorosa. Profundizaron los conocimientos de hospedaje y bodegón

que ya había acumulado Turvuni estudiando línea a línea, no solo las memorias de Sior Bosard de Mogulamas, un hombre que casi encajaba en la arcaica noción de santo, sino los dos volúmenes de su prolijo manual de hostelería, *De cómo repartir los panes*. Aprendieron montones, pero les pareció un purlín melindroso. Ellos estaban en condiciones de ampliar los conceptos de Sior.

Una fonda total es un impulso para que la isla rehabilite sus células sociales, dijo Tamastú; busca al quinoto, lo invita, le comunica un estado de ánimo en que la toma de conciencia del derecho a ser bien servido se mezcla con sentimientos de amabilidad, liberalidad, obligación, de interés por dar. Es decir, dijo Gaco, que agrega otros derechos al derecho duro de la venta y el pago por los servicios; es un signo de revolución positiva. Claro: ¿no leímos tantas páginas sobre el gasto noble? Sí, y sobre la buena fe en los contratos. Mejor esto no lo ventilemos, no sea que alguien se asuste. Pero hay que encontrar la manera de limitar los frutos de la especulación y la usura. Se codearon para silenciarse. Febón, dijo Tamastú, pero es necesario que el individuo trabaje, ¿no?, como trabaja uno. Es necesario que sepa depender de sí mismo tanto como de los otros. El exceso de generosidad puede ser tan perjudicial para el quinoto y para todos como el egoísmo del público y el individualismo gocón de las leyes del sistema. Una fonda total tiene algo de lo antiguo, de lo elemental, del trabajo, la cooperación, el arte del anfitrión y el arte del huésped, el placer de la fiesta pública. O privada… ¿De veras habrá existido eso antiguamente? Y, es una moral eterna: dice que los cuidados mutuos valen más que la seguridad racuncha que el consorcio le da al trabajador como parte del salario o el terrateniente le da al arrendatario. Cut; los cuidados mutuos valen más que el ahorro financiero, que depende del crédito inconstante de los bancos. Ahá; del crédito volátil.

Se miraron de refilón, como si dudasen de estar siendo realmente serios. No obstante, Gaco no pudo contenerse de precisar:

Los cuidados mutuos son una moral eterna.

Hiparon de una risa medio teatral. Aunque ya no eran tan ingenuos como para frotarse las manos, por superstición se las frotaron de todos modos. Así las tuvieron listas para recibir una buena nueva. Unos meses antes, la vidóloga Irrorta había aislado una molécula, la micosporina, que ciertas levaduras usaban para sobrevivir en condiciones de fuerte radiación ultravioleta; había micosporina en microorganismos que favorecían la vida de varios arbustos de las alturas de La Ovalata; después de purificarla, Irrorta había comprobado que era factible emplearla en cremas y geles de protección solar; el sol, como se había habituado a hacer periódicamente desde estarcos inmemoriales, estaba enviando rayos malsanos a través de nuevos agujeros en la capa de ozono; y si bien periódicamente la capa se regeneraba, y muchas enfermedades de la piel desaparecían, por un buen lapso inmediato la radiación iba a causar enfermedades aún no catalogadas en trabajadores, excursionistas y cualquiera que quisiera bañarse en luz de día. A Irrorta, de tez blanca y pecosa como la

panza de una trucha, la luz de día le sacaba ronchas; así que ya tenía diseñada una cadena de producción de filtros solares naturales, inocuos para el sistema hormonal del humanaje; más adelante podría fabricar jabones y detergentes eficaces incluso si se los usaba con agua fría. El taller arrancó con una dotación de cinco adolescentes contratados en la zona. Dos meses después ya comercializaban los geles *Latersa* en el pueblo; a las semanas les llegaban órdenes de toda la comarca y ellos empezaban a ofrecer jabones. Todo a buenos precios. De haber inflado los precios solo un purlín, los ingresos interesantes habrían sido suculentos. Para Gaco y Tamastú la diferencia la hacía el gusto por el desinterés.

Claro, nosotros estamos por la prodigalidad, decía Turvuni, no sin orgullo grupal pero no sin una pizca de ácido. Sí, nos distingue la munificencia, decía la socarrona Samporte. El *altruismo*, engranaba Irrorta, o Alote, u Olmu. Eran imparables. De un modo u otro, todos se acusaban, no tanto de ser anticuados, como de haberse contagiado de Tamastú y Gaco la incapacidad de pensar al compás de su época. Eran lo menos contemporáneo del mundo.

Error, dijo en una de esas Tamastú; contemporáneo es el que en la penumbra del presente ve lo que todavía no se ve del futuro. Y para eso, dijo Gaco, trae del pasado lo que se ha perdido de vista y vale la pena; el conocimiento y la apertura son los quinqués que alumbran. ¿Qué es un quinqué? Una lámpara de llama. Ahá.

Ajustar mínimamente el precio de venta de productos tan oportunos habría mejorado las cuentas de la fonda expandida. Pero la fonda, con el beneplácito de Turvuni, se llamaba Nuevo Lugardos, según pregonaba un cartel con letras de lumíraton, y, como en todo lo que tenía nombre propio, el nombre determinaba una senda, un credo y un destino; más bien los imponía. Todo el grupo ya se había establecido en moraderos de adoblástice al otro lado de la huerta, junto a los talleres, separados de otras casas del pueblo por las márgenes arboladas de un canal. En un parquecito entre la huerta y el comedor de la fonda original, quince módulos de reposo no paraban de albergar huéspedes. Gente sola, parejas, trimonios y familias completas llegaban en condiciones más o menos buenas y, desde el punto de vista de Gaco y Tamastú, partían apreciablemente mejorados. Fromanta se llevaba a los clientes de excursión, bien a la meseta de La Ovalata, para que experimentaran el desierto en altura, bien a las fuentes del río o a las minas de maquinio, y por un rato suficientemente penoso los dejaba contemplar de lejos la clínica de recombinación de ciborgues que la empresa tenía cerca de los tajos. Gaco y Tamastú no solo amenizaban una que otra velada cantando unos temas, con cautela pero sin empacho; también se valían de sus temas para dar cursos de entonación. Y les proyectaban a los clientes filmes de repertorio y algunos de sus propios filmes, para que al día siguiente la realidad les fuera más patente, y a los que se interesasen en la materia los instruían en la filmación de lo real.

¿No será un exceso de oferta?, preguntó Tamastú. Y…, dijo Gaco, esperemos que algún día llegue el día en que cualquiera pueda ser artista unas

horas a la semana. ¿Incluso nosotros? Bueno, siempre hubo profetas sociales que lo vaticinaron. Pero también hay que parar, ¿no? Cut, cierto; está el descanso.

Una vez al mes ofrecían un banquete. Cinco lugardeños, Gaco y Tamastú entre ellos, cooperaban con Dúrtil y los robotoques durante una jornada entera de cocina. Al anochecer, habiendo inspirado los profusos aromas, los huéspedes cansados e impacientes, algunos de malhumor por tener que desperdiciar más tiempo que el habitual con sus compañeros de mesa, esperaban en la galería. Cuando al fin entraban en el comedor, les costaba creer que los dueños de la fonda hubieran decidido agasajarlos así. Los manjares y la presentación latían con la vida que les habían infundido los cocineros; pescados, estofinos, budines de verduras y frutas brillaban con la energía del desinterés, limpios de deseos estratégicos. Esos croquetos no ven la hora de que les hinque el diente, decía una comensala. O: Este ananá es una salvajada de dulce. Un gesto había abolido las justificaciones. Comer no rendía una ganancia añadida porque entre la comida y el comensal no había diferencia de rango, y al borrarse la idea de provecho desaparecían también los recelos entre los invitados. Comí honestamente, dijo una noche un señor: comí, comí, sin engañar a lo que comía. Es que comió la comida y no los nombres de los platos, le dijo Turvuni. Si no se pensaba no era por indigestión, sino para no enturbiar el presente puro de la comida. El placer de cada uno entendía el de los otros.

Gaco, no pudiendo con su genio, colocaba un refrán: Somos fuertes y comemos. Tamastú no se quedaba atrás: Pan y amor entre desconocidos.

En las sobremesas de esos festines casi todos cantaban con ellos, leyendo las líneas que pasaban por un pantallátor como gacelas en cámara lenta. Trabajo serio, holganza deliciosa y educación expeditiva: ni frío ni calor impedían la progresiva prosperidad de Nuevo Lugardos. Cierto que la empresa se beneficiaba también del crecimiento de todo el pueblo, que se venía acelerando desde que las empresas mineras habían inaugurado un conservatorio de tradiciones naturales perdidas y tres posadieles para el cuidado del cuerpo.

Gunche de oportunistas, farfullaba Gaco. Sí, sí, ¿pero cómo convencen a tanta gente de venir a esta comarca mustia en evidente proceso de polución?, preguntó una tarde Tamastú. Es que ahora este pueblo es adonde hay que venir, dijo Gaco. Claro, lo que se llama una moda. Un direccionamiento del deseo como cualquier otro.

Como fuese, la inducción publicitaria del deseo, o la imitación del deseo de otros típica del humano medio, había llenado el pueblo de gente y empezaba a provocar sobrecargas, no de realidad, sino de materia. Como matas desorbitadas nacidas de un fertilizante loco, en un santiamén aparecían edificios de treinta varas de altura, con muros de chapa de maquinio y formas que imitaban, se decía, las creaciones del viejo ciclo de la arquitectura audaz: bola de adivino, titán, espada, cronotorre. Se pavimentaban calles con gomosa deslizante para furgonetes deportivos. Se plantaban olmos verdaderos y

cuasitilos. Arreciaba el trino de los zorzales mecánicos. Proliferaban comercios especializados en ungüentos, en vestimenta para el reposo o la actividad natural, en comidita para el regreso de la excursión a los cerros. Al final de la cuesta donde culminaba la Calle Ancha, el Mirador de los Abuelos tuvo que dejar sitio a una pista de aterrizaje de flayvehículos. Quintuplicado el número de forasteros, se duplicó el de migrantes atraídos por las oportunidades de empleo. Los cangrejos recolectores no daban abasto para la cantidad de basura. Nuevo Lugardos intentaba mantenerse erguido entre la balumba humana y las grandiosas cagadas experimentales de los arquitectos. Los lugardeños se prohibían quejarse. El fenómeno era parte de un loop intemporal de construcción, urbanización, decadencia prevista, desidia, ansiedad, arrasamiento, nueva construcción y así de seguido. Los yacimientos de maquinio, decía Gaco, probaban que en la región había habido asentamientos bastante desarrollados, con aparatos metálicos complejos, que habían desaparecido hacía suficientes ciclos para que las reacciones químicas convirtieran las piezas en mero mineral y los movimientos geológicos las comprimieran en el subsuelo en forma de vetas. Ellos se lo tomaban con flema.

Pero algo muy diferente no los dejó impertérritos: una noche Irrorta contó que tenía unas durezas en el cuello y a las cinco semanas murió de porcelanosis, una enfermedad que ya asolaba algunas islas del Delta y aún no tenía cura. Con todo el torso endurecido, antes que soportar la asfixia a fuerza de tolereno, ella les pidió que la desconectaran del respirador. Ellos fueron a la ciudad a consultarlo con la hermana y el padre. Volvieron callados.

Sucedió. Nadie preguntó si lo había hecho Tamastú o Gaco, porque por muchos días anduvieron los dos igual de hundidos por la pérdida. Parecían excavados: almohadas que guardaban la impronta de las cabezas que habían tenido apoyadas. Pero la muerte de una mujer que había dedicado la vida a los mecanismos, transacciones y vías de la vida no solo abría huecos, dejaba una impronta y rogaba silencio; esa muerte tenía un sonido; retumbo, bramido, a veces un rumor como el de un pan seco desmigajándose en la mano, un modo de herir el oído que poco a poco lo persuadía de que esa herida era la condición para saber de verdad cómo eran otros sonidos.

Entonces todos los lugardeños dejaron de soportar la aglomeración. El pueblo era un teatron en donde sucesivos elencos de actores salían a escena, se pavoneaban parloteando a su antojo y hacían mutis rumbo a otro teatron, o a la muerte, sin saber, sin saber…: no valía la pena demorarse en anudar esa frase, un fruto amargo de la pena.

Muchos huéspedes, al irse, les retribuían los dones dejando prendas de ropa queridas, o enviando desde sus casas, por correo como en otros tiempos, adornos y talismanes y herramientas o algún artilugio. Los agradecimientos los animaban a ser más espléndidos. Tal vez fuera un error político. Los consorcios conocían los resortes de la donación y el gasto, y podían ponerlos en funcionamiento con la tranquilidad de estar mejor pertrechados que ellos.

X

Una mañana se presentó a la puerta de la fonda una embajada del colectivo de empresas mineras. Al frente iba una mujerona con la piel nívea toda pintada de grafittis y vestida solo con zuecos, un eslip de sedasa y un peto de láminas de maquinio. Solo los estudiosos Gaco y Tamastú sabían que esa figura era una imitación de las sacerdotisas hacedoras de magia de los clubes de familias de alguna antigüedad, algo que no estaban seguros de que hubiera existido. Un ejecútor les comunicó que el corpus de industrias de la región venía a reconocerlos como la fuerza más similar a la de ellos en la tarea de promover la actividad de la zona. Traían un furgonet repleto de obras de artistas de la isla y del extranjero, botellos de licorvino añejo y de sangre de grajo, cuadernaclos, cojines masajeadores, confites, perniles de sérevo, lencería para ambos sexos, alfombras, robotines para diversas tareas e implementos artesanales, orientadores geográficos y guías panisleñas para implantar en el antebrazo, parte de todo lo cual fueron dejando a los pies de los lugardeños y de los huéspedes que se iban asomando a la vereda. En brazos de Turvuni, Tamastú, Dúrtil y Gaco pusieron tantas cosas que se les caían. Dejaron dos flaymotos para que fueran rifadas entre los adolescentes del pueblo. Con lo mucho que no habían regalado hicieron una pira y le prendieron fuego. Mientras las expresiones de la gente fluctuaban entre la repugnancia, la aprensión, la admiración y la reverencia, la presunta maga masticó una nuez, escupió la pasta sobre los dones, aclarando por señas que de ese modo les transmitía el espíritu que la habitaba, y declamó un ensalmo: *Yo pateo la montaña, la montaña se mueve, tiembla, cae en postración. Mi conjuro se plantará en los picachos, más alto que La Ovalata. El cuerpo de mi flaycoche se hundirá. Mi fama es como el bramido de las brujas voladoras.* La impresión que dejó en los huéspedes el sonido cavernario de la palabra “bruja” fue más honda porque ninguno la había oído jamás. Una vez que de la pira solo quedaron rescoldos, los lugardeños no tuvieron más alternativa que devolver la ofrenda. Invitaron a los embajadores a comer lo que había cociéndose para ese mediodía. Consumieron además las delicadezas que la maga había espiritualizado. Repartieron ostensiblemente entre huéspedes, comerciantes del pueblo y niños propios y ajenos los regalos que habían recibido, porque la superchería mercantil mandaba que el donatario hiciera circular el espíritu de los dones si no quería que se le volviese en contra. También habrían podido no devolver tanto. Por eso se prodigaron pero sin esforzarse al cohete. Como no tenían manera de emular tamaño alarde de superioridad, y les importaba un gurlipo

ser tan grandes como los consorcios, a los embajadores no les devolvieron nada. Al atardecer la comitiva se fue con su enorme carga de poder, dejando un reguero de sudor pintarrajeado, olor a chamusquina y una general resaca de licores obligatorios. Durante la noche los retretes estuvieron muy concurridos.

Aj, qué hartazgo, bufó Tamastú, aún al día siguiente. Pero uno también se siente más ligero, dijo Gaco: ahora podemos enorgullecernos definitivamente de ser sujetos menores. Siempre menos grandes que ellos, sí. Y menos astutos, puntualizó Dúrtil.

Tenía razón. Siguieron días de hospitalidad, de labor, del arrollador burbujeo de los proyectos; días de costumbres afincadas y costumbres flamantes. Por desgracia, Nuevo Lugardos estaba materialmente encajonado entre bodoques arquitectónicos, como un jardín de recreo para dementes, en un pueblo que ya no era un pueblo rural pero nunca sería una ciudad hervorosa. Cierto que en ese clima ellos se distinguían. La fonda guardaba su atmósfera de responsabilidad interactiva. No estaba nada mal lo que habían logrado, teniendo un poder muy chiquito. La influencia de lo menor era proporcional a su facilidad para infiltrarse; en las rendijas. Lo menor pasaba inadvertido, pervivía, prosperaba despacio.

Sin embargo prosperamos hasta cierto punto, dijo Tamastú. ¿No habremos tocado el límite de los cambios que podemos operar? Y el límite de lo que somos capaces de cambiar nosotros mismos.

Cruzaron unas miradas más cortantes de lo habitual, como afiladas hasta el peligro por las constricciones del sistema, y melladas por sus propios defectos. Tal vez fuera el momento de volver a las estimulantes fricciones de la ciudad, su incesante generación de resquicios. Y en esa cavilación estaban cuando, justamente de la ciudad, les llegó una muestra de otra forma de tradición. Un ojier del comisariado de Haberes Comunes compareció para intimarlos a que presentaran todos los balances, comprobatos y mismutas fiscales de las actividades económicas del último lustro, so pena de multas y hasta de cárcel si no justificaban con qué ingresos estaban costeando los notorios gastos improductivos en que venían incurriendo.

No gastamos nada que no ganemos, dijeron ellos.

El ojier se encogió de hombros. Dijo que estaría en el pueblo unos días, alojado en un hotelio para funcionarios.

Reunir una información que ya habían presentado a menudo, porque opinaban que todos los ciudadanos debían pagar impuestos y porque el miedo a una institución achacosa y letal los había hecho estudiar sus normas con escrúpulo, les causó a Tamastú y Gaco auténticas pataletas de hígado. Dilapidaron barbaridades de tiempo. Con todo el ojier, que en cuanto hubiera confianza iban a llamar Ojier, era, a la vez que un siervo formal del estado, un hombre comprensivo: al final de los trámites, cuando el trabajo redundante y la perfidia burocrática los había extenuado a todos, él incluido, confesó una empatía con las ideas de Nuevo Lugardos y deslizó que muy pronto, cuando terminase de tramitar su jubilación de mediana edad, él podría pasarles, si no

lo tomaban a ofensa, información sensible muy útil para neutralizar otras maniobras del fisco. Agregó que tal vez ellos quisieran aceptarlo como profesor de canto polifónico.

Por supuesto, Ojier, muy febón, ninguna ofensa esos datos. Y lo otro, cuando usted quiera: acá el canto es una de las prioridades, pero sabemos poco de polifonía. Lo único es… ¿Qué?, preguntó Ojier. Acá, dijo Tamastú, pensamos que si los disidentes infringen las leyes es solo para hacer más amplio el futuro. No se aflijan, amigos; lo sé muy bien.

Habían pasado unos días desde el fin de esa batalla cuando Turvuni, como si oliese que se avecinaban otras, dijo: Brachos, vamos a tener que irnos. Notaba, dio a entender, que la vida la estaba impulsando a cumplir el sueño aldeano de irse a la ciudad; pero no solo era eso; no solo eso. En vez de discutir, y antes de saber qué otra cosa era, Tamastú probó esgrimir un argumento ambivalente: De acuerdo, Turvu, todo lo anterior se vuelve escombros, siempre, y los escombros terminan siendo cenizas, pero sobre las cenizas vuela el espíritu. Gaco le puso una mano en el hombro, sin pretensiones, como si recordara que esa frase la había dicho él meses atrás. Dúrtil aprovechó el momento de vaguedad: Miren, no demos vueltas: va a ser mucho mejor que nos mandemos a mudar. ¿Otra vez? Es mucho que levantar, cosas y gente, mucha energía. Sí, *otra vez*. De energía yo tengo unas reservas, dijo Turvuni; si se trata de veces de mandarse a mudar, yo nací acá, así que para mí es la primera.

Cut, dijo Tamastú, bajito; cut.

Cut, dijo Gaco, pero creo que deberíamos auditar el lenguaje con que vamos a planear todo.

¿Cómo, auditar?

¿Un comisariado de cuentas para las palabras?

No sé, me vino la idea a la mente.

Bueno, quizás haya que discernir la cantidad de tretas y disfraces que el lenguaje adopta sin que el usuario boldoqui se entere; lenguaje deficiente, proyectos obsoletos.

En la asamblea que convocaron, el ochenta y dos por ciento de la comunidad se pronunció a favor de abrir una nueva etapa.

Adelante, entonces.

Retorno sin ida, se llamó para uso interno el oneroso operativo. Pero no bien se habían puesto a implementarlo, la realidad escupió un suceso. Uno de los consorcios mineros había descubierto monedio, un mineral muy friable que habría requerido reforzar las perforaciones con obras demasiado caras, y por lo tanto habían empezado a extraerlo sin apuntalar las galerías. Había habido un derrumbe y setenta y dos ciborgues y tres humanos estaban atrapados bajo setenta varas de roca de esquisto. Los insurgentes mentales denunciaban que, con la cantidad de metales raros y resinas preciosas que contenía un ciborgue, y sumando los robotanes que habían quedado ahí abajo, a la empresa le bastaría inyectar catalizadores durante veinte años para obtener

un yacimiento de monedo-maquinio de un valor exorbitante.

¿Hay quinotos que piensan en términos de veinte años?, silbó Tamastú.

Hay julinfos de sobra, dijo Gaco.

Pero no era momento para la perplejidad. Se apresuraron a afluir a la campaña de auxilio con medios y presencia. Sin embargo solo consiguieron juntar un buen número de voluntarios cuando el gobierno ya ayudaba al consorcio a montar un deslumbrante espectáculo de rescate. Periodistos de medio Delta transmitían las imágenes retinales. El Delta entero estaba en vilo. Cilindros trepanadores llegaron hasta los sepultados y aspiradores neumáticos los extrajeron a todos, uno a uno, lanzándolos como corchos a la superficie, donde funcionarios y enfermeros estrujaron a los indemnes mineros ciborgues y ministros y familiares se fundieron en lágrimas con los macilentos mineros humanos. La salvación conjunta de trabajadores de las dos especies, obra del entendimiento mutuo, la solidaridad exterior y los prodigios de la tecnología, como se decía, convirtió las colinas en santuario de peregrinación y a los protagonistas del episodio en tres elencos, patrocinados por el consorcio, de narradores orales de una experiencia espantosa con desenlace gratificante. Daban charlas sobre la pulsión de supervivencia, dentro de sus posibilidades. Fueron estrellas durante cinco semanas. A la sexta habían aburrido al público. Tres semanas más y ya eran individuos desechables, huraños e intoxicados; con lo que los fines de semana muchísima gente empezó a hacerse una escapada al pueblo para holgar por ahí, visitar el santuario y ver a los héroes de la mina actuando el drama real de la mendicidad. El turistaje de ocasión prefería los hotelios incómodos, el trato sumario y la comida instantánea, y a cambio de la vulgaridad de trato ensuciaba el triple, las habitaciones y el pueblo. La fonda Nuevo Lugardos perdía prestigio y clientela. La compasión de los niños por los mineros pedigüeños era más vulgar que espontánea. En cuanto a Gaco y Tamastú, se sentían tan apremiados por irse de ahí que los urbanistos les olieron la angustia. El resultado fue que tuvieron que vender toda la propiedad a la baja. Los fajos de tarjetas del primero de los dos pagos, un efectivo que consiguieron no ingresar en la banca gracias a una solapada artimaña de Ojier, sumados a lo que les había dejado Henga-Nósul, les alcanzaron no obstante para comprar en la ciudad el galpón de una de esas fábricas de objetos diminutos que el renacimiento del gusto por objetos de gran tamaño había condenado a la ruina. Una suma similar iba a quedarles en mano, si Ojier los ayudaba a escatimar en impuestos. Se preguntaron si habría una evasión fiscal justa, como las guerras justas de los pueblos oprimidos que mentaban los manuales de historia. Se prometieron pensar a fondo cómo debía ser la relación entre vida emancipada y delito.

De momento había que moverse.

Hacía más de un estarco, la ciudad capital había quedado unida a sus villas satélites por un continuo de residencias corporativas y polígonos industriales; ahora cada fragmento de esa población se había ensimismado alrededor de una central de fluido energético y lo que había sido un espacio suburbial

continuo era un tapiz de caminos arteros y vestigios de construcciones separados por zonas de vegetación voraz, pero de todos modos verde, como una micosis reparadora en una piel estropeada por medicamentos dudosos.

El espacio ideal para las realizaciones implausibles, dijo Tamastú el día de la primera visita al galpón. Para mí, dijo Gaco, esta sensación nebulosa la causa un aire más despejado que el de otras partes. Tamastú olisqueó: Sí, un aire pobre en cosas que no sean aire.

Como en ese arrabal el suelo valía poco, porque nada podía construirse que diera un hojaldro, la nave estaba en un terreno de doce mil varas cuadradas y sin amurallar. Lo contemplaron como a una ciénaga que se iba a tragar, si no tenían cuidado, el enigmático caudal de energía que les quedara a esa altura. De algunos edificios cercanos solo se veían árboles oportunistas brotando entre cimientos.

Qué suerte; todo tan despoblado, dijo Gaco. Cut, dijo Tamastú; estamos acostumbrados a perspectivas incluso más anchas que esta.

Una madrugada subieron a la colina y se agacharon a besar el césped de la disimulada tumba del condoravio. De vuelta en el pueblo, dejaron la fonda sin echar llave a las puertas, y las llaves sobre el malmoley de la cocina. Partieron todos juntos con todo junto, humanos, minorcos, gatos y lo otro, desde manteles hasta enfriadoras, desde materiales de obra hasta artefactos de precisión, desde medicación infantil hasta cherpias ponedoras, semilla, gualtos en peceras, cuadernaclos y manuales, tinajas de leche de bunasta, instrumental de laboratorio y herramentaje en veintiún cocheciños, tres camionastos, tres rodalomas y nueve sangróviles, la mayoría vehículos de alquiler, ninguno muy provisto de entretenimientos para viaje. Los chicos se quejaron; sabían que había vehículos más divertidos que esos. No lograron convencerlos de que lo divertido era el viaje en sí.

Una composición equilibrada de innovaciones y antiguallas, se jactó Gaco mirando la columna. Tal cual nosotros, dijo Tamastú. Cierto que los animales, bien que pocos, no pudieron decir si aceptaban trasladarse.

El poder del humanaje sobre las bestias, ¿no? Cut; este tipo de cuestiones también tenemos que revisarlas.

Dúrtil manejaba el cocheciño de retaguardia, con Tamastú de copiloto. Gaco manejaba en cabeza siguiendo las indicaciones que Turvuni le dictaba en base a su cuadernaclo. Lenta pero no lerda la caravana avanzó por leguas de agujeros industriales y puentes nobles, entre hologramas publicitarios que figuraban espejismos y playas, entre mansiones emboscadas como zafiros en colinas de fronda y casas como chichones en colinas de brezos. Mucho de eso lo habían visto años atrás; la revisión y la inversión de la perspectiva hacían el cuadro más profundo, en especial porque para Turvuni y los pupurlines era una novedad. Desde las alturas de Stant divisaron el río Panorámico arrugándose a lo lejos como una alfombra voladora. En el descenso a la autorruta transversal los interceptó un pelotón de tátuces de la Guardia; les pidieron documentos redundantes y les revisaron el equipo de emergencia, y

todo estaba en regla salvo las baterías de uno de los robotines matafuegos; tan grave era la infracción, dijeron los guardias, que probablemente tendrían que retenerles los permisos de transporte por una semana. El alférez amagó guardarse los documentos.

No, qué hace, dijo Tamastú; un momentito.

No hubo manera. Evitar ese retraso les costó pagar un soborno, monetariamente doloroso en sí, pero no tanto como la vergüenza de no haber sabido replicar al abuso con firmeza; o con una artimaña.

Retomaron la marcha por vías poco transitadas. Dúrtil mandó a Tamastú al coche de cabeza.

Como sujetos independientes estamos muy pero muy faltos de astucia, comentó Gaco horas después, cuando enfilaban un paso entre cerros. Incompletos en varios aspectos, sí, dijo Tamastú; y seguimos sin pensar las relaciones entre independencia y las tretas, incluso el delito.

Señaló hacia delante. Una barra de bandoleros los esperaba cortando el paso, los hombres más nerviosos que las mujeres, mascullando insultos, apuntando con gubias, con vibradoras, con láseres, tridentes y machetes. Gentes torvas, flacas, nada mal vestidas; extremos arriesgados de la mente pública general. La cicatriz de Gaco y el torso de sapo de Tamastú los refrenaron un purlín, lo suficiente para que los dejaran acercarse a parlamentar.

Quinotos, ustedes están en guerra con los ricos y nosotros de eso qué vamos a decir, dijo Gaco.

¿Qué, a ver?

Nada, porque nosotros no somos ricos.

¿Ah, no?, dijo una mujer de cara como una máscara de cuero encerado.

Un hombre alargado y sin mandíbula, como un tiburón, dijo: ¿Y qué vendrían a ser?

No tengo definición de lo que somos, dijo Gaco; lo único es que no estamos en el bando de los ricos.

Me prilga que nos entendemos mejor con gente como ustedes, dijo Tamastú.

La repostera Metina, Olmu, Samporte, Alote, Turvuni y Dúrtil se habían bajado de los vehículos y ya apretaban los puños. Pst, nada de locuras, los atajó Gaco. En los ojos de Turvuni destellaron las motas alimonadas. Eso no lo decidís vos solo, murmuró. El cuerpo premioso de Dúrtil parecía más macizo. Turvu, pero están los nenes, dijo sin embargo. Tamastú encaró otra vez a los bandoleros. Lo que fiola es que nos extorsionen, les dijo.

¿Lo que qué?

Lo que revienta es que vengan a extorsionarnos a nosotros.

Aunque ya sabemos que para ustedes, dijo Gaco, también somos el enemigo, porque estamos mejor que ustedes, dentro de todo, y les importa un gurlipo cuánto tenemos en realidad. Ustedes tienen mucho, dijo la mujer. Jaray, ¿y cuánto sería mucho?; porque entre un panorámico y diez millones se

puede tener doscientos pans o treinta mil, y para el que no es uno de ustedes cualquier cantidad chica siempre va a ser mucho.

El cara de tiburón le puso una vibradora en el pecho: Las llaves de los cargostos, mandó.

Ellos, solo con ademanes, rogaron un momento más. Aviven, los apremió un machetero. Sí, dijo Gaco. Vean, se metió Samporte: ustedes serán surgos y estarán armados, pero nosotros no tragamos vidrio.

Algunos bandoleros rezongaban; otros sonreían como antes de comerse un torug con almejas. Sin duda los habrían desplumado sin importarles un gurlipo las consecuencias si en el desfiladero no hubiese resonado de pronto una ronca voz de mujer:

¿Qué quieren, imbéciles, que corra un mulgazo de sangre?

Tres docenas de cabezas se volvieron en varias direcciones y no encontraron ninguna emisora. A los lugardeños se les erizaron algunos pelos; varios de los salteadores temblaban sin reparos.

Este cargamento que quieren gurcar se hizo con mucha gente partiéndose el lomo durante años; de este cargamento depende el trabajo de mucha gente por muchos años enalante, y la vida de grandes y pupurlines; ¡algo les va a pasar a los que mangochan a ciegas!

Sin nodo central, limitada solo por las paredes de roca, la voz caía como nieve en un balde de aguarrás. El estupor duró lo suficiente para resolverse en una negociación; con mediano contento por ambas partes, porque ni Gaco ni Tamastú habrían lamentado entregar la bolsa de víveres, el par de tarjetas de cien panorámicos y la cubertería de plata de la abuela de Turvuni con que los malandrinos cubrieron los riesgos del operativo y calmaron su orgullo; porque al fin y al cabo no era poco botín para un camino con tan poco tráfico. Se fueron en procesión, con la carga en sus sangróviles, atisbando cautelosamente las laderas. Gaco y Tamastú quedaron tensos, apenados, dispépticos, como si se hubieran tragado las necesarias conclusiones que tarde o temprano iban a tener que sacar sobre los lazos entre la independencia, el delito y la pareja distribución social del perjuicio bruto y de la ingenuidad. Pero además estaba esa voz. Por más que intentasen vislumbrar una presencia entre los árboles, solo vieron un arbusto de tapaguna carbonizado por un rayo. El resto de los lugardeños ya felicitaba a Armugal por su consumado número de ventriloquía. Armugal se restaba mérito con un silencio remiso, como un ser fatigado por una prueba difícil, y una palidez rara en un tipo tan duro. Alrededor de dos horas después, durante una parada para que los niños pipiasen, Gaco se acercó a Tamastú.

Armugal no produce voces así, dijo.

No, claro; tampoco usa palabrotas; esa que habló era Irrorta, ¿no?

Fue Irrorta. Es.

Cada uno volvió a su coche y se preocupó por esconder el llanto, hasta que por el resto del camino el llanto se convirtió en el reflejo brillante del fantasma protector de Irrorta.

Siento una pena inconsolable, dijo Tamastú. Por esos tipos, dijo Gaco. Y por nosotros. Sí, pero también porque no veo que algún día la fuerza de negación de esa gente, la temeridad, las fullerías, vayan a truscarse en ganas de cambiar el mundo. No, cut; que vayan a dar una positividad, eso no. Es que quieren tener cosas; posesiones, como todo el público. Algo bueno hay y es que no quieren el poder. El poder no, pero les gustaría tener más potencia, al menos poder algo. Y no pueden. Pueden casi nada; mangochar a quinotaje como nosotros. Nosotros tampoco podemos algo grande, en caso de que quisiéramos. Ni siquiera podemos entendernos con ellos. La injusticia es una mierda.

El lugar común los golpeó como una cachiporra rellena de escorias de la verdad. Al rato advirtieron que una pareja se había separado de los bandoleros y venía siguiéndolos. Los esperaron. Se llamaban Sesta y Nundo; tenían pocos dientes y manos de estatua de terracota; traían alforjas y pidieron incorporarse a la caravana y lo que ellos fueran a hacer; por muchos años habían sido albañiles. Ellos los dejaron subirse a un cargosto y siguieron viaje.

Al anochecer llegaron a la capital. Pusieron rumbo hacia su nuevo barrio.

XI

La caravana había entrado en el terreno trapezoidal de lo que iba a ser Lugartres y los vehículos se habían dispuesto sobre el perímetro. La comunidad se instaló en carpas. Dos días después las semanas empezaron a correr de nuevo. Quemaron maleza, limpiaron el suelo, curaron lo que quedaba de la estructura de la fábrica, la restauraron, completaron paredes y muros y fortalecieron vigas y, pensando en espacios de intimidad y espacios de intercambio, levantaron tabiques, menos rudimentarios ahora que tenían dos albañiles con presunta experiencia. Abrieron ventanas, con aprensión porque picando para la primera casi se cae medio lienzo. Revocaron, pintaron, idearon un establo y un corral, usaron materiales traídos para un infanterio y un taller laboratorio. Fertilizaron un predio para la huerta, montaron los elementos de los generadores de méser que traían de Lugardos y, aprendiendo más a medida que lo hacían, reacios a construir rutinariamente, alzaron, con arcilla, carboméromo y película plástica biorientable tomada de bidones que compraron en un rezagón, un conjunto de módulos habitacionales de alto aislamiento térmico, ensamblados en series unas veces apaisadas, otras verticales; en las reuniones diarias del centro de formación de espacios comunitarios que inauguraron pronto en una de las carpas hicieron hincapié en la prioridad de adaptar el consumo de energía a los recursos disponibles en el área: un arroyo presurizado, el sol, la fuerza del negor durante la mitad del año en que soplaba, y en la otra mitad la fuerza débil del ésmalo aumentada por un amplificador eólico a batería. Por desgracia ese año el ésmalo sopló más, y con más fuerza, y el vendaval que produjo el aumentador derribó una sección entera de módulos; hubo que idear nuevos métodos de fijación y hacer mucho otra vez. Se hizo. Y por fin recogieron, de un tratado sobre aplicaciones industriales de fluidos, un proyecto de propulsores de plasma para satélites que consistía en producir una descarga eléctrica, sublimar material de un aislante y generar descargas que acumuladas en el tiempo habrían sido capaces de darle impulso al objeto; en la época de aquel tratado era difícil calentar el material y acelerarlo contando con poca potencia, pero en los estarcos siguientes se había logrado que las descargas interactuasen con la radiación ultravioleta y el plasma de una corriente electromagnética; de ese modo ellos llegaron a ionizar el gas y acelerar electrones en reacciones en cadena; el plasma era lo más abundante en la materia visible; bien que sin superávit energético, con los dos primeros propulsores de plasma se autoabastecieron lo suficiente para no pasar frío en invierno ni quedarse a oscuras. Económicamente flotaban. Había

pasado una bulela de tiempo.

Bueno, dijo una noche Gaco en la sobremesa, mientras liaba un rollito de tabácum: somos un grupo comprometido con el respeto al ambiente, pero eso no alcanza para ser una comunidad sustancial; apenas crea una comunidad de la preocupación. Concuerdo, lo apoyó Tamastú; esto, quinotos, tiene que ser un espacio existencial.

Abrieron una pensión urbana, un concepto que Tamastú tomó de una antología del período de las novelas costumbristas, con un refectorio de veinte mesas y trece cápsulas de alojamiento para cualesquiera indefinidos sociales que buscasen vivienda provisoria o semipermanente a precios accesibles. Inscribieron a los niños en edad en la escuela del barrio, donde los otros niños los miraban solo cuando no tenían nada que hacer, como si fuesen dibujitos de libro. Y abrieron un instructeno propio en Lugartres, donde Alote y Metina organizaron la atención de infanterio a pupurlines de trabajadores, asistencia para chicos ya escolarizados y extensión educativa para todas las edades.

Pero Tamastú dijo: Liberar el espacio significa cambiarle funciones separadoras; crear un espacio que nos permita estar juntos pero no amuchados. El otro día me acordé, dijo Gaco, que hace estarcos existían cárceles donde aislaban a los presos en celdas, uno a uno, para hacerlos reflexionar y dar un vuelco de conducta; pero en el fondo los estaban disciplinando. Sí, pero en otros estarcos, dijo Alote, había esas casas con ambientes enormes sin paredes; los inquilinos vivían en una amplitud güescha, descalificada, abstracta como el dinero que la casa les había costado. Cut, dijo Gaco, entonces acá no va a haber compartimientos asfixiantes ni amplitud vaga. Esto tiene que ser un espacio existencial, insistió Tamastú. Un espacio creado por la resonancia de posesiones recíprocas.

De modo que dos atardeceres a la semana, en el módulo del infanterio hacia el fin del día, empezó a sesionar un ateneo de intercambio de experiencias bajo el lema *Lo mejor de uno no es lo que sabe; es lo que le flota ante la mente sin dejarse poseer, un destello, una sugerencia*. Un lema largo y bastante abstruso; pero, como de costumbre, la casualidad obró de crítica literaria, en ese caso mediante el regreso de Romirdu, que se presentó cargada de vivencias, con un brachito de año y medio y pelo como zanahoria rallada: Sermín. Y para certificar la algarabía de tenerla de nuevo, le permitieron que cambiase el lema del ateneo por una divisa poética sencilla: *Ata tu carro a las estrellas*.

Se ve que con el viaje Romi también ganó en fantasía, observó Tamastú. Y no por eso perdió talento económico, dijo Gaco. Estaba sangrando por la nariz, cosa que le pasaba a menudo, presumiblemente por cansancio. Acá nada lo vamos a ofrecer gratis, agregó por alguna razón. Ya no; hay que recaudar líquido para que acá ningún trabajador deje de estar compensado y a la vez pague por lo suyo. Pero no va a haber nada caro ni que no pueda abonarse en cuotas. Cut: ni indulgencia mojigata ni rechazo egoísta. Se miraron, envueltos en un solo vaho, como atónitos de tener tan poco gobierno sobre lo que les

disparaba el cerebro.

El grupo estaba muy motivado. Aprendieron a envasar los alimentos que producían y fabricar en serie aparatitos simples y compuestos prácticos, entre otros antialérgicos subcutáneos. Abrieron un almacén para vender unos y otros y abrieron un taller de introducción a capacidades como el manejo libre de enlaces mentales y la exploración razonada de la Panconciencia: para que el pasatiempo de enchufarse a la Pan a recalar en otras mentes fuera vida experimentada, decían.

Algo ya había sucedido. En realidad mucho, como habrían dicho los bandoleros. Lugartres era un emporio de actividades. Con todo, también algo estaba decayendo. Había llegado un invierno más. Ciertos amaneceres, antes de que arrancara la agitación, Tamastú y Gaco se situaban en aproximadamente el centro de todo lo que habían contribuido y estimulado a construir y, mientras se frotaban las caras para terminar de despertarse, rodeados por el vapor de su propio aliento, parecía que esperasen un despertar más grande: el despertar a un día en que se les aclarase el sentido de hacer tantas cosas. Un guiño de sol sonrosaba el rocío helado en las ramas de las gastenias. Las cejas de Tamastú se movían como escarabajos. Las de Gaco como sabandijas, por el tic de la cicatriz.

Como la vida y la exhalo como fuego, dijo una de esas mañanas. Entraron en la cocina a preparar la leche para los niños. Y ahora hacia dónde rungamos, me pregunto, dijo Tamastú. Se echaron al garguero unos tragos de aguagrís. ¿Tal vez hacia el alma? Eso sería febón, pero el alma todavía no me la imagino. Se nos ha desinflado la imaginación del próximo paso. Sí; te juro que me cuesta soportarlo.

Aceptaron que estaban a punto de iniciar una búsqueda más. Notaban la fuerza del deseo despabilado.

Pero ese impulso, ¿no viene acompañado siempre de precaución y temor?

Y, buscar nunca es buscar en sí mismo; no solo es divisar de lejos algo que querés ver definido; al mismo tiempo hay una vacilación.

Cut, uno se lanza, pero duda.

Se lanza medio a regañadientes.

No; quizás uno se pregunta si con la inercia del impulso no irá a chocar contra esa cosa que está buscando y hacerse bolbis con todo lo que trae encima.

Deseo de ir a buscar y miedo de perder lo adquirido.

De quedarse de nuevo en pelotas.

Parampios; eso va a pasar de todas maneras.

Cut, quedarse medio en pelotas vuelve a pasar de todas maneras.

Cada uno se cacheteó someramente para inducir un estado de cierta inconciencia.

De hecho, la condena a perder lo adquirido iba a cumplirse en parte, y pronto, pero por otras causas. Hubo ciertas señales que les llamaron la atención. O presagios. La cicatriz de Gaco titilaba. Resultó ser que el

Comisariado de Haberes Comunes, bien que sin pruebas incontrovertibles de que Ojier hubiera filtrado información financiera, estaba viendo cómo podía procesarlo por traición. Sesta y Nundo montaron una ficción de rapto para llevárselo a una guarida que en sus tiempos de bandoleros habían tenido en el barranco de Homelu, y ahí lo escondieron. A todos les pareció bien la jugada; no habrían podido expresarlo así, pero sabían que la justicia, como cualquier ente estatal o privado de Isla Kump y sin duda de otras islas, no podía vivir sin reemplazar asiduamente sus iniciativas por otras nuevas; no se olvidarían de Ojier, pero la ansiedad del sistema los convencería de que lo habían olvidado. Alote por poco no se precipita en el súbito vacío que dejó su amigo; y era que él y Ojier estaban noviando. Pero Gaco y Tamastú no pudieron condolerse de ellos como mandaba la amistad. La realidad los obligó a recuperar urgentemente el manejo de sus cerebros.

En otros tiempos los realizadores de cinema solían presentar una irrupción de sucesos mediante un veloz deslizamiento de imágenes de noticiescos, verdaderas o fraguadas; veamos ahora si haciendo algo parecido podemos hacernos una idea de lo que percibían entonces Gaco y Tamastú:

Que una vez más se acababa un período de liberalidad estatal y crédito bancario facilongo. Bedeles, ministros y comisarios mandaban mucho, pero no tanto como creían y pretendían; ni siquiera mandaban mucho los grandes tenedores de bonos y acciones. En los periódicos banquetes de esa gente se había colado el Contralor Monetario del Consejo Panorámico, que después de presenciar el jolgorio había emitido una norma inflexible sobre liquidación de entidades financieras patógenas; el propósito era evitar que la crisis de una entidad contagiara a todo el sistema, ahuyentar a los especuladores que se cebaban con las bancas débiles y cortar el bucle vicioso entre emisores de deuda pública y corporaciones bancarias. Iba a haber ayuda monetaria interisleña, pero el precio era que el estado de Isla Kump se volviera voluntariamente anoréxico: menos inversión, menos presupuesto, más facilidades para los patrones. Ahora los salarios disminuían, más disminuía el empleo y, como el quinotaje no pagaba las cuotas de los préstamos que habían tomado para comprar flaymotos, musicalquis o apartamentos, el estado la veía pintada para pasar de la retórica de la esperanza, que había excitado a los consumidores con promesas de goce estimulante, a la de amenaza de desbarajuste total si la sociedad no se castigaba a sí misma por haber gastado sin escrúpulos. Todos eran culpables; todos veían el alrededor repleto de culpables; la creciente fobia de cualquiera contra los demás tendía a cocerse en el miedo de cualquiera a sí mismo, ese codicioso irresponsable. Los creditátors se desentendían del asunto; y no porque aprovecharan la iliquidez para quedarse con bienes de los deudores morosos dejaban de suspirar como viudas desangradas; la cotización de la sal-moneda estaba por el suelo. Sobreactuar su penuria iba a servirles para retener por tiempo indefinido los panorámicos de los ahorristas. El público intentaba arrebatarles algo en forma de tárbits concretos y esconderlo bajo el pellejo de sus ciborgatos o entre las raíces de

arbustos de maceta, pero, como de todos modos le estaban secuestrando la mayor parte de sus ahorritos, dejaba de lado el autocastigo para entrar en una nueva fase de cólera incendiaria y lesiones corporales. Gaco y Tamastú sentían que la historia retomaba su ritmo de adagio; sentían el calor del horno donde la masa cruda de los deseos, los mezquinos y los grandiosos, tomaría forma de ideas movilizadoras. Parte de ese calor los afectaba: como un rebrote de un mal incurable, tenían expectativas de que algo sacara al mundo de su febril esterilidad. Con el propósito de corroérselas, en ese momento se descolgó en Lugartres la mismísima LaBigot. Había madurado físicamente tanto como ellos, vestía uno de sus inimitables atuendos tan aptos para el salón filosófico como para la riña callejera, se había teñido el pelo dejando una muestra de canas a la vista y había afilado aún más su perspicacia.

Decía: Cucunis, la Regencia piensa que te piensa si engatusar de nuevo a los descontentos no será más peligroso que decepcionar a los ricos; se pregunta si en vez de transfundir sal-moneda del tesoro estatal a los bancos no le conviene dar ayudas estatales a las familias embarrancadas; pero como al Contralor Panorámico, el Tesoro Interisleño y todos los ricos de acá esta duda les repugna, van a quitarle cualquier apoyo; ese gobierno flacucho apenas va a tener para limosnas, y antes de que atine a repartir algo, la turba se lo va a llevar por delante; va a caer, y los ricos y el Contralor Panorámico van a montar un gobierno más airoso.

Así fue. El día que cayó el gobierno, LaBigot, con la boquilla entre los dientes, lo pasó en la cocina de Lugartres amasando pasteles de alongé. Varios lugardeños se fundieron con los frenéticos festejos de la calle; llevaron incluso a los chicos. La muchedumbre, convencida de haber obrado el derrumbe, se celebraba a sí misma en una jungla aérea de chisporroteos y consignas holográficas. Desde la balaustrada de un apeadero de tranviliano, Tamastú y Gaco, dejándose embeber de estribillos, giraban en redondo para abarcar entero un horizonte propicio.

Es un horizonte despejado, dijo Gaco. Pero lo veo muy dividido en segmentos, dijo Tamastú. Pse, dividido en cuadrantes. Cut, cada cuadrante con su posibilidad, como un escenario con varias decoraciones. Para una obra no escrita. Nadie sabe precisamente qué es más viable ponerle encima. Pero no saber cómo viene el argumento es lo más excitante.

A LaBigot la incertidumbre de los actores políticos la excitaba menos que la verdura hervida. Por favor, mamandurrias, los vapuleó; ahí tienen al Regente interino tambaleándose frente al micrófono; nadie se acuerda cómo se llama, ni yo, pero el tipo desvía hacia él todas las descargas de rabia popular; este compás de indecisión va a aprovecharlo el sistema para conceder que se forme una Regencia colegiada de representantes de las tendencias más activas.

Tres días después ella misma, con un gesto obsequioso, les señaló el pantallátor cuando el Regente interino anunció que en un plazo mínimo convocaría elecciones por un proceso piramidal de representantes sucesivos; empezaría desde abajo, con votaciones a mano alzada en el recinto comercial

más famoso de cada pueblo o barrio ciudadano. Sonaba a gran participación. La muchedumbre, ya convencida de que había volteado un gobierno, ahora se persuadió de que había obligado al sistema a que le devolviera un derecho antiguo.

Están murquis de vanagloria, diagnosticó LaBigot; pero nosotros no vamos a entusiasmarnos, ¿verdad? Una verdad, replicó Tamastú, solo existe si aguanta el contraste con su antítesis. Hay que enfrentar una idea con la idea opuesta, dijo Gaco. Hay que enfrentar la idea que un sujeto tiene de sí con él mismo. Se necesita una captura del pensamiento por algo que rompa la siesta del pensamiento.

De modo que, para contrastar, participaron en las manifestaciones, y celebraron el cambio de régimen, justamente porque les costaba bastante unirse al regocijo. Acto seguido hubo un paréntesis para un proceso electoral atiborrado de propagandas cerebrales, espaciales y físicas. En la votación a mano alzada que se llevó a cabo para elegir el delegado vecinal de la circunscripción que incluía a Lugartres, LaBigot obtuvo cuarenta y siete votos de los trescientos dos que se sufragaron; un loterista parlanchín obtuvo doscientos doce. Los delegados votaron a su vez en la asamblea de circunscripciones. Unos peldaños antes de la cúspide de la pirámide se constituyó una Cámara de veinte Conciliadores, de cuyas deliberaciones surgió como Regente uno de los hombres más razonables de la isla. TF, también conocido como SJ, lo mismo daba.

Bastante límpido el tipo, juzgó Tamastú. Un hombre fiable, coincidió Gaco.

Distintos integrantes del gabinete se repartieron la labor de explicitar las medidas que no habían expuesto abiertamente en la campaña. Un aumento infinitesimal de salarios y pensiones. Renovación de la telaraña isleña de transporte público. Justicia fiscal. A cambio de su pedido de benevolencia acreedora a las corporaciones, el gobierno pedía al público de la isla que abandonara la pueril, irresponsable tendencia a culpar por sus fracasos a la falta de oportunidades; que aprendiera a renacer de los golpes como esos deportistas que se superaban épicamente después de una lesión grave; que amara el triunfo y el juego limpio. Cada isleño, cada cual en su menester, tenía que exigirse hasta muy poco antes del dolor, y dejar atrás todo dolor para medirse con los que tuvieran su mismo talento, en la conciencia de que no existía justa que no revelara una diferencia de calidad o capacidades. El gobierno garantizaría la igualdad de la justicia; el público tenía que luchar por desigualarse. En una temporada de dificultades, la distinción de la persona empezaba por la sobriedad. Cada sujeto tenía que reducir sus gastos, ejemplo que daría el estado, aunque no sus ambiciones. Cada tres días subía el volumen de la banda sonora de momentos y fragmentos de discursos oficiales. En la afirmación de la propia personalidad, en la forma de vestir y expresarse, en el ansia de producir, luego de ser y crecer, se fundamentaban todas las posibles saludes económicas de una isla y, puesto que había ciertos modelos de la cultura que abierta o tácitamente se guiaban por esas pautas, el gobierno se

encargaría de promover los emprendimientos privados que los pusieran de manifiesto. Gaco y Tamastú se abalanzaron sobre los digestos de ciencia económica que habían almacenado.

XII

De vez en cuando levantaban la cabeza de los libros para atisbar el teatron político.

¿Pero esto cómo se llamaría?, preguntó Tamastú; ¿reformismo?

Pueser, dijo Gaco; pero hay algo que no cuadra.

Y, no: realización de obra pública más austeridad en el gasto es una fórmula implausible.

Cut: ¿y qué pasa con el crédito en general? Para que las cosas se muevan alguien tiene que poner el hojaldro.

LaBigot opinó que estaba el hojaldro en préstamo que el gobierno había obtenido del Tesoro Interisleño para acallar el llanto de los bancos; el crédito iría a los inversores avispados. Y fue.

Los consorcios de artículos suntuarios comprendieron de inmediato la sugerencia del Regente: una parte sustancial de lo que venían invirtiendo en espectáculos deportivos podía desviarse fructíferamente hacia las bellas artes. A la cabeza de la operación lanzaron sus empresas de altamoda. El grupo Clavelo, que nucleaba firmas como Primavera Tru, Mibién, Tubién y Boiema, construyó en su alicaído Castillo de Compras dos espacios galerísticos y convocó a cincuenta artistas a realizar versiones actualizadas de los ídolos mágicos de las islas de la Torcedura, esas amorfas estatuillas folclóricas que acababan de redescubrirse y eran tema estelar de los noticiescos. La confluencia de una fuente de inspiración foránea, mágica y arcaica con el atrevimiento de artistas locales vivos acariciaba el orgullo isleño del público y, para los que no sintieran la pertinente emoción estética, proporcionaba además un buen caudal de conocimientos. Coleccionistas acaudalados se hicieron con los montajes más aparatosos; las piezas más portátiles se vendieron en cuatro días. El modisto Tag Rumaur, quinta fortuna de la isla, compró el usufructo de unas tres docenas de muros laterales de edificios, contrató a seis pintores para que los cubrieran de frescos y los puso exitosamente a la venta como espacios de propaganda callejera. Fiel a su estilo de jugador atípico, el matrimonio Vertas-Minoscho, dueño de la altamoda Ve-Eme, dividió la mansión Vertas en salas de colección permanente y una bodega donde vendería a bajo precio obras de artistas menores de dieciocho años. Y así. Bedelías comarcales, profesionales inquietos y fabricantes de vehículos se sumaron a empujar un florecimiento numeroso. El edificio de la Regencia sirvió de soporte a un collage alegórico titulado *Una entrada, mil salidas.* Los artistas palpitaban la posibilidad de vivir holgadamente del arte, y

algunos empezaban a realizarla, y la realización de una vida artística holgada, con un plus de realce espiritual además, los tonificaba para hacer más obras. El paseante de fin de semana podía digerir la cena visitando bares nocturnos que saldaban los sobrantes de sus últimas exposiciones. Un cinturón de cabinas galerísticas ceñía la Plaza de las Desobediencias; cada artículo que se expusiera se iba modificando al compás del diálogo entre el o los autores y el público; cuando alguien terminaba comprándola, la pieza ya era un poco un fruto de todos. En una arena central de la plaza, cultores de la imagen sónica se enfrentaban en torneos de invención rápida que arrojaban, según el azar típico del arte, tanto obras consoladoras como obras hirientes, repulsivas o desopilantes. Jurados mixtos de críticos ortodoxos y teóricos atrevidos elegían a los vencedores; por simple honra, los contendientes se turnaban en pagar el licorvino de la fiesta semanal de la belleza terrible, así con minúsculas, en la cual, bajo el cuidado de especialistas, el público podía experimentar por inducción neural sensaciones culminantes como la pérdida pasajera del control de esfínteres, un dolor equivalente al de la expulsión de un cálculo o la reparadora tormenta de endorfinas producto de un largo ataque de risa, una carrera de tres mil metros o una cadena de orgasmos. Gaco y Tamastú sabían que la historia registraba espléndidos momentos de erupción del talento artístico cuyas causas no lograba explicar del todo. El furor que encontraban ahora no recibía poco acicate de una publicidad mental tan eficaz que solo podía atribuirse a la inventiva técnica de artistas consumados. Eran mensajes neurales de volumen discreto que el cerebro recibía de improviso y podía reenviar en el acto. *Calio Amatás explica por qué el apoyo a las múltiples formas del arte es tan propio de su idea de empresa como la confección de la enagua perfecta*, le transmitía Tamastú a Gaco, o viceversa, para descargar un lastre mental que daba migraña. Buena parte de esos envíos eran anuncios con un condimento crítico: *El arte ve la forma por venir en lo que el tiempo ha deformado — Las microabuelas de Gálea Randredu en el museín Temple: la educación por la vacuidad — El arte piensa lo que a las teorías les resulta impensable — Hoy conferencia del grupo Diminuto en bar Pablá: "Del paisaje colectivo al individual: pintando sobre el cerebro con ondas Mnádex" — La evasión como revuelta: los artefactos de Abastece Grup para "patinar sobre el hielo del lugar común"*.

No estoy nada convencido de que el lugar común sea una superficie helada, comentó Gaco. No; al menos no siempre. Habría que discernir, ¿no? Cut: habría que auditar el lenguaje: ese ejercicio lo tenemos pendiente. Es que no todos los tópicos son nocivos; hay promesas que un quinoto expresa con un lugar común para que no puedan modificarse. Claro; como cuando alguien dice: *Vos sabés que siempre vas a contar conmigo*. O: *Por mi madre que es cierto*. O: *La empresa se compromete a pagar cuatrocientos panorámicos mensuales a cambio de.*

Algunos mensajes los herían, por lo largos: *Lo que da fuerza a mis obras, sostiene Tomano Budialacq, es que provienen de una comunidad; están*

alimentadas por un intercambio social y discursivo y por la colaboración con el trabajo con otros artistas. A ellos los avergonzaba carecer de una elocuencia semejante; y les daba vergüenza y miedo ser tan poco duchos en los secretos del mensaje mental.

Nos hemos quedado un poco atrás, dijo Tamastú. En tecnología artística pueser, sí; pero sabemos otras cosas. Cosas que conectan con el pasado. Con todo, no está de más volver a preguntarse sobre la calidad de lo que uno estudia. Y la utilidad.

Para subsanar esa falla iban a ver las exposiciones, solos o en grupo, y hasta llevaban a los niños y mandaban a verlas a los remisos jóvenes iconoclastas. Muy pocas de las experiencias les parecían auténticamente aleccionadoras. Por eso mismo dudaban. Ponían su capacidad de juicio propio en tela de juicio. Más que abatidos por su credulidad, se sentían alarmados. Les costaba explicar que sus películas fueran aserrín y olvido mientras obras mucho menos trabajadas se grababan en la memoria neural.

El artista de ahora viene armado con el don de la oportunidad, decía Tamastú. Bueno, pero eso no le impide repetirse, decía Gaco. En todo caso no le impide dar lo que el público espera ver. Es que el público quiere ver lo que ya conoce. Claro que lo que ya conocen todos no lo ve nadie. Me pregunto si no es cierto que un artista tiene que estar incómodo en el mundo, insatisfecho. Consigo mismo e insatisfecho con el estado del mundo. Al menos mientras haya tanta gente insatisfecha.

Cutis, les previno LaBigot: la insatisfacción del humano es una enfermedad intemporal. Ahá, ¿y la verdadera salud sería no pensar más en satisfacerse? Lo que el público más reclama es una imagen de sí mismo, ser el protagonista del arte. Eso no vamos a dárselo, ni boldoquis. Tampoco hay que darle una imagen de uno mismo. No tengo imagen de mí, ¿y vos? LaBigot se enfureció: Pero háganme el favor; son, son como los artistas astrales; quieren emitir una luz que siga viajando por el espaciotiempo cuando ustedes ya no existan. Tamastú agachó la cabeza: A veces me trilgaría emitir algo sin haber aparecido nunca. Porque así te cansarías menos, dijo LaBigot. Mmm.

Pero ya estaban hartos de rondar la maledicencia. LaBigot escupió de costado, sin mala intención.

Bigo, hablemos de qué tipo de necesidad es bueno que satisfaga el arte.

Antes que nada resolvieron cambiar el lema de su ateneo de intercambio de experiencias. La que proponía LaBigot, *No seguirás a la multitud en el mal*, a ellos les pareció pedante. Más sobria y al mismo tiempo más trascendente era *Obremos con cuidado;* y esa quedó. Después, como respuesta a la prédica del gobierno por la competencia y al reformismo económico, y ya que, como para todos menos los artistas, para Lugartres la coyuntura no era muy buena, optaron por no abrir la manga sin ton ni son, salvo si se trataba de mantener de fiado a los huéspedes en aprietos. En los primeros tiempos de la nueva Regencia habían acumulado una muy módica disponibilidad de líquido. Dentro de la abulia, las ventas de insumos no decrecían. Hasta que el mundo

pudiese salir de sus condiciones, el reformismo económico suscitaba un mínimo clima de emprendimiento. La verdad fuera dicha, ellos encontraban menos obstáculos; el barco respondía más sensiblemente al timón.

También tenemos más tiempo, dijo Tamastú, para ahondar en ciertas disyuntivas. Para escarbar cuestiones. Para excavar. Hubo una pausa embarazosa. Gaco murmuró: Todos los símiles que se nos ocurren huelen a trabajo. Fobia al descanso, al derecho al descanso, ¿no? Dicen que para neutralizar una fobia nada mejor que incentivar la fobia opuesta; si un quinoto teme la altura, mostrarle lo peligroso que es el puro llano. Buena idea para venderle a una galería de arte; un simulador donde el quinoto que tiene claustrofobia está solo en el desierto. ¿Y nosotros podríamos incentivarnos una laborafobia? Y, el trabajo también mata. Se clavaron las miradas, sin animosidad, como para extraerse mutuamente las balas del espíritu de logro. Se las habían incrustado en la hipófisis, una bala a cada uno, junto con el elogio exaltado de la productividad artística. Gaco estaba violeta: ¡Productividad!, ¡logros! Ya nadie dice que las corporaciones económicas y el poder político siguen la misma lógica, murmuró Tamastú.

Y los rebeldes también quieren producir.

¿Y nosotros?

También, mientras seamos meros rebeldes.

Daría la impresión de que el mercado, el gobierno, los protestistas y los artistas son todos juntos el estado.

Los mensajes que envían todos se complementan.

Sí, un tejido muy homogéneo.

Imposible imaginarse formas nuevas de gobierno.

Salvo que se elimine la propiedad privada.

¡Liberar el trabajo!, cut, pero eso ya lo decían algunos hace ciclos.

Lo que hay que hacer es abrir la trama.

Cut; abrir la trama en el espacio y en el tiempo.

Pero procurando no estropear la tela entera.

Siempre lo mismo; siempre chocamos con lo mismo.

Tengo un corolario, dijo Tamastú.

Adelante.

No es muy novedoso.

Adelante.

Para colar en la trama de este mundo el huevo de otro mundo tenemos que contrarrestar la publicidad neural metiéndonos en los enlaces mentales.

Una intervención activa; ehm, hay que tomarlo en cuenta.

Esa tarde, para obligarse a reflexionar, se pararon en un rincón de la Plaza de las Desobediencias a observar cómo una multitud altanera desfilaba celebrando el primer aniversario de su victoria sobre el gobierno anterior. Gaco y Tamastú estaban a unos pasos de donde se habían conocido hacía una bulela de años. Les pareció que físicamente destacaba el orden del público, pero las almas no habían cambiado tanto, y menos el sistema. Sin embargo, sin

embargo ellos tenían Lugartres, que desde luego podía no ser inamovible, ni como morada ni como venero de posibilidades, pero tenía una particular constancia en el cambio. Necesitaban obturar unos corredores en los enlaces mentales y abrir otros.

Habrían terminado invocando a Úrmulo, al desagradecido, terco y hábil Úrmulo, si Úrmulo no se hubiese manifestado en carne y hueso horas después.

Venía de la penumbra del crepúsculo y no por casualidad, desde luego. Había aprovechado los festejos para pasar disimulado, con la ayuda de un enterizo de raflecta. Estaba previsiblemente curtido, menos calvo, abollado en su redondez pero listo para la llama, como una sartén que cayó solo por un momento en manos del enemigo de un cocinero; pero vestía. Tenía problemas de habla; de tanto en tanto balbuceaba. Impenitente, recalcitrante, en huida continua incluso sentado en la silla que le ofrecieron, cenó con todos en una de las mesas comunes; igual que en otros tiempos, aunque no tan igual. Hosca pero sinceramente los felicitó por lo que habían edificado. Aceptó solo la mitad de los buñuelos, el cocido de cherpia y la bebida que le correspondían. No por ascetismo; estaba delicado de estómago por culpa de un disgusto. Un ataque feroz de una brigada mentalista contrainsurgente le había saturado el cerebro; le habían descargado mensajes de publicidad, contraeslóganes, grabaciones de periodismo de pantallátor, papeles de laboratorios de ciencias sociales, música, tratados de estrategia militar, libretos de melodramas y operachios, fórmulas de farmacopea, breviarios de limpieza doméstica y por supuesto que también textos apócrifos de estrategia rebelde: una potencia de devastación neural que por poco no le había debilitado hasta el deseo de analizar cómo estaba orquestada. Pero él se había provisto de defensas sólidas. Para que todos entendiesen, dijo que, si bien una partecita del morlojo le había quedado inservible, el resto le funcionaba de diez. Por las dudas su organización iba a hacer varios cambios en la cadena de paraderos topológicos de circulación neural. Como necesitaba revisar tácticas, les pidió cobijo por un tiempo. Se lo dieron, cómo no iban a hacerlo, con la alegría del que recupera un dedo cortado. Solo por un tiempo, con todo; por un tiempo, porque la discusión acerba que había empezado en el campo se reanudó después del desayuno del día siguiente, en cuanto los pupurlines partieron al educatorio del barrio y los más jóvenes al colegio medio o superior, según las edades. Úrmulo bebió su taza de infusión de yecle y levantó la nerviosa, puntiaguda cara de sabueso.

Perdón, ¿ustedes mandan a los chicos a la escuela del sistema?

Sí, ¿por qué?

Acá ni entre todos sumamos los conocimientos que esos chicos tienen que recibir.

Yo opino que mucho de lo que tienen que aprender les va a jugar en contra.

Pero viven en este mundo, ¿no?, dijo Tamastú. Por ahora viven en este mundo, dijo Gaco. El razonamiento de Úrmulo humeaba en los ojos claros como una sopa de algoritmos: ¿Y más adelante van a vivir en otro mundo? Tamastú dijo: En caso de que haya otro. Va a haber otro mundo si destruimos

este; al menos si le inutilizamos la capacidad de replicarse; y eso no va a suceder hasta que no se acabe la propiedad privada.

Ya.

Ya, pero preferiríamos no inutilizar el mundo del todo mientras no sepamos bien qué partes nos va a servir guardar.

Mientras no sepamos qué sustitución es realmente buena.

Quinotos, estamos hablando de igualdad, de un estado que garantice la paz, el trabajo, el reparto, la liberación.

Y la poesía, y el conocimiento, ya lo sabemos.

No, no: un estado que liquide a los que se opongan a la igualdad.

Bueno, de ese tipo de estado ya hubo antiguamente.

A Úrmulo le latía demasiado la carótida: Dicen los manuales que ya hubo algo así; dicen los manuales, ¿cut?, yo, yo no lo sé; yo solo sé lo que me imagino. Eso de limpiar el terreno ya hubo, enfatizó Gaco, y se echó a perder porque no llegó a reformar los corazones. El deseo de dominio, dijo Tamastú levantando el tono. Úrmulo lo levantó más. No me consta; o que se echó a perder es una invención, o lo destruyeron otros estados. Si miro lo que pasa en esta isla cada diez años, dijo Gaco, me parece muy posible que un estado de esas características se haya echado a perder. ¿Por qué?, dijo Úrmulo. Tamastú y Gaco alzaron los hombros. Solo atinaron a contestarle con las preguntas que se hacían ellos mismos: ¿Se echó a perder por un defecto de diseño social? ¿Por falta de un control estricto sobre el egocéntrico deseo humano?

Callaron los tres para fumar. Úrmulo se masajeaba la oreja derecha.

Desde que me atacaron, dijo, de este oído ya no oigo. Perdón, dijo Tamastú; lamento haber mencionado el control. Hay controles y controles, dijo Úrmulo. No lo creo, dijo Tamastú; control es control. Hay controles del odio, dijo Úrmulo. Bueno, dijo Tamastú: ninguno de nosotros es de una pasta buenísima. Úrmulo meneó la cabeza. ¿Cómo se mantiene la organización de ustedes?, dijo Gaco. No terminé de oír; hablame de este lado. Que cómo se mantienen ustedes. Ah… apoyos, dijo Úrmulo; hay gente desprendida que nos apoya, y somos muy muy viretos. Tamastú arrugó el morro como un perro que huele tormenta: Nosotros, si queremos que esto siga en pie, no podemos parar. No vamos a poder parar nunca, dijo Gaco. Siempre pensando sobre la marcha. Un pensamiento, una tarea, un pensamiento, un tropiezo; así es la historia. La de ustedes, bracho, la de ustedes. Claro, de qué otra historia va a hablar uno. Úrmulo abarcó el ambiente con un giro de la cabeza; pareció que además destrababa una cervical.

Esto que han hecho es más bueno que el mundo como se lo explican a los chicos en el educatorio.

Nosotros no nos autorizaríamos a afirmarlo.

Úrmulo se levantó, como para darle campo a un visible arranque de furia.

Bah, les inocularon escepticismo.

No, lo adoptamos.

Cada afirmación tiene que medirse con la contraria.

Pf; y cada quinoto debe defenderse a sí mismo contra sí mismo, ¿no?

Exacto.

A mí me ocuparon la cabeza cientos de quinotos; yo por unas semanas fui un montón; ustedes no tienen la más firla idea de lo que cuesta recobrar un sí mismo único.

Pero un solo sí mismo no se puede reír de sí mismo; tiende a abusar del blablay; no se critica.

El que se cree uno solo tiende a engañarse; para conservar la unidad.

Pero mentirse un purlín está bien, brachos; con suerte, ayuda a comprender que uno se está mintiendo y no mentirse mucho más.

Tamastú, para ir cerrando la charla, se había cargado al hombro un robotín lijador; tuvo que dejarlo, como quien deja la carga de todo un planeta, y se sentó a apretarse las sienes.

De mentiras yo ya estoy bastante provisto, dijo.

Y yo tengo comodidad de sobra, dijo Gaco.

Úrmulo abrió las manos para que le pusieran una herramienta, un cuadernaclo, algo con que pasar del blablay a la verdad de las cosas. Le dieron un sacabocados.

Trabajaron en el taller. Mañana y tarde. Ellos no tardaron en reconocer que en algo acertaba Úrmulo: los educatorios gratuitos del estado eran un extracto de lo mismo que enseñaban los carísimos pedagogios privados de instrucción por pantallátor.

Nunca hemos pensado a fondo el asunto de la educación, resopló Gaco. Ni la cuestión de la docencia ni la del aprendizaje. Ni en la selección de materias imprescindibles para el próximo mundo. No: de materias necesarias para este mundo. O para un mundo próximo posible. Febón.

No iban a repetir ante Úrmulo esta manera de formular la cuestión, pero convinieron que por lo menos contrarrestarían la educación y la idea de la educación que habían recibido estudiando con él, Úrmulo, modos de programar las defensas, activar modificaciones en hábitos implantados y deconstruir falsas ideas de la vocación, el trabajo o la ciudadanía. Lo convencieron de dar clases; los brachos y las frigatas jóvenes y ellos se anotaron de oyentes. Gumuqui, a los diecinueve años, empezaba a descubrir que nada de lo que le habían enseñado iba a servirle para hacer una vida propia; Nelbén ya era robusto e hirsuto como el padre; la rubia Samilu mediaba la adolescencia; Tresil, la hija de Metina y Esgo, la estaba dejando atrás; y había más chicos, por supuesto, y en el zumbido de inmovilidad nerviosa que producen dos docenas de cuerpos jóvenes fascinados Úrmulo volcaba los protocolos de enlazamiento mental que su grupo había sintetizado en las Alturas de Boruntu. Tamastú y Gaco procuraban que el orgullo de confundirse por unas horas con otra generación no les afectase el deber de actualizarse. En los momentos de pesimismo lo tomaban como una tarea más de mantenimiento; una fase más de la inacabable, desgastante traducción individual de la tiranía del progreso. Pero no podían librarse de analizar. De

modo que analizaban, en general a dúo y en voz alta. Así:

El mentalismo insurgente era una esfera de acción muy delicada. Lanzar un código malicioso o un aviso que distrajese a la Guardia, simular un cambio de condiciones en depósitos bancarios, suprimir una campaña ideológica condicionante o alertar a los cófrades enfermos de que en ciertos hospitalios no iban a saber ni poder curarlos, y a veces no querer curarlos, tanto podía agujerear muros del sistema como dejar un tendal de víctimas inocentes si no se hacía con pericia. La técnica de los enlaces neurales estaba en pañales y Gaco y Tamastú no habrían apostado a que iba a avanzar mucho; la electroquímica de los enlaces se negaba a ceder del todo su parte de capricho, su estilo aleatorio. Y, como se preveía ya en esos tiempos y el espectador de hoy sabe de sobra, el proyecto de dominar a voluntad los itinerarios por la Panconciencia pasaría al archivo de los imposibles, como ciclos antes la de la cuadratura del círculo y el proyecto de la memoria absoluta. Cierto que los activistas libertarios eran duchos en escabullirse; pero no querían reconocer cuántas veces sus pasillos chocaban con los de servicios de espionaje y los de simples facinerosos. Proteger los espacios de liberación era más trabajoso que abrirlos, y ninguna cautela garantizaba que algunos pasillos se esfumasen del mapa de rutas porque sí, como desertan del recuerdo tantas vivencias. Para ampliar el campo de coordinación libre la gente de Úrmulo había diseñado un sistema más de comunicación cerebral a distancia; cada individuo podía ejecutar lo que otro había pensado por él, sin pensarlo por su parte, y a su vez pensar lo que consideraba que debía ejecutar otro; pero la conexión se hacía por un interfaz cerebro a cerebro conectada a una red cibernética, guardada en cuadernaclo o artefacto de teclado material, antiguallas que ni los servicios de control ni los espías ni los facinerosos sabían ni se habrían tomado el tiempo de aprender a usar. Pero Úrmulo tenía un juego: como en una ciudad atacada con cohetes había un solo cañón, mientras en la cocina uno de los defensores se concentraba en el cálculo, otro, sin registro de la escena, a salvo de espionaje, disparaba desde un cobertizo en la otra punta de Lugartres y salvaba la ciudad.

Cuando los chicos ya se habían entretenido ayudando a desarrollar el sistema, Úrmulo se los llevaba al aula. Los ejercitaba en el aprovechamiento de las neuronas que nacían en el giro dentado del hipocampo hasta que el sujeto era bien maduro y que, como se activaban ante estímulos muy débiles, podían asociar informaciones casi borradas y despacharlas como si fueran noticias frescas. Les ponía ejercicios de estimulación de las células de lugar del hipocampo, de modo que fortaleciesen el mapa interior y la resolución de problemas de orientación en caso de ataque con rutas mezcladas. A las dos horas de entrenamiento los novicios ardían de asombro, petulancia, pasión política y una sofocada sospecha de impotencia frente a la limitada base material o natural de la mente; los ojos se les facetaban como diamantes, pero los cerebros les latían como hígados intoxicados que era perentorio purificar: eso se notaba en los visajes de lunáticos.

La plaga del futuro va a ser la demencia juvenil, farfullaba Gaco.

Entonces Úrmulo se llevaba la clase al terreno baldío que había a treinta yardas de Lugartres. Echemos un cable a tierra, decía. Los lugardeños tenían allí la planta doméstica de reciclaje de basura, pero aún sobraba suelo virgen, y matas de gorva silvestre, muy aromáticas, y frigatas y brachos se acuclillaban a abrir túneles reales en el humus, como los topos o las sabandijas, y sin darse cuenta se clavaban abrojos y el dolor los refrescaba hasta la lucidez anatómica. Además pululaban insectos, mariquitas, omorgus, taladrillos, y esos cadáveres de cascarudos comemierdas que eran festines de las hormigas. Así las ilusiones del agitador mental culminaban en un vislumbre de la muerte. Tamastú y Gaco no alcanzaron a explicitarse qué los admiraba de esa educación. LaBigot los observaba fumando en boquilla, ligera y reluciente en su madurez, a punto de remontarse en la brisa, como si ella ya hubiera muerto varias veces en su vida y renacido en otra, y de todos los cadáveres de sí misma se hubiera desprendido lentamente. Turvuni se apartaba el mechón de la frente pecosa, los ojos entornados como para que no se escapase una sonrisa, hasta que se pasaba el dorso de la mano porque había salido una lágrima. Arrodillados más allá del terreno, Dúrtil y Alote intentaban hacer lo mismo que los chicos pero, quizá por falta de flexibilidad o inclinaciones íntimas, de lejos parecían estatuas de suplicantes.

XIII

Una tarde, mientras se descomprimían escarbando la tierra del jardín, tres alumnos de Úrmulo dieron con unos terrones de cierto tamaño que no se desmenuzaban. Los rasparon. Como estuches de un artista burlón, contenían huesos de aspecto humano. LaBigot se abalanzó a ordenar a los chicos que los devolvieran exactamente adonde los habían encontrado, y suerte que lo hizo porque una excavación puntillosa y una limpieza por etapas terminaron sacando a la luz dos esqueletos tendidos lado a lado, bastante cubiertos por jirones de uniformes de infantería arcaica y provistos de armas, visores infrarrojos, radiotransmisores, etc., y vasijas de licorvino selladas, como si los hubieran inhumado con honores. En el radio de operaciones que Gaco y Tamastú delimitaron siguiendo un manual de arqueología, días más tarde encontraron siete esqueletos más, tres de ellos solos, los otros cuatro dos parejas heterosexuales con las mujeres en vestidos de organza de papelhule.

Son, dijo LaBigot, de un ciclo en que había casamientos con la dama vestida de blanco. Novia, precisó Tamastú; a la frigata la llamaban "novia".

Como tenían los cráneos vueltos uno hacia el otro, los dúos daban la impresión de estar despidiéndose, como si se hubieran casado antes de que el novio partiese a la batalla; tal vez fuesen de una época en que la isla había estado en guerra, un hecho del que nadie tenía noción. Estaban colocados en orden, como en esos alojamientos colectivos de cadáveres que se habían llamado cementerios. Imposible descartar que se hubiesen suicidado en grupo; ni deducir nada correcto sin la adecuada investigación interdisciplinaria. Así que encararon la investigación. A falta de arqueólogos, le encomendaron dirigirla a la joven y flamante vidóloga Iséstur. Valiéndose mal que bien de algo que se enseñaba en los educatorios públicos, construyeron un recinto sombreado, de temperatura inocua, donde instalar aséptica pero agradablemente unos restos que se ofrecerían, no solo al rescate de parte de la historia extraviada, sino a un reconocimiento sin ambages de lo enorme que era la cadena de las vidas y la muerte palmaria.

Y a ver la huella de aliento que cada vida deja en el cristal de la eternidad, y casi siempre pasamos por alto, dijo Turvuni. Es que ¿cómo podemos ver la huella de la presencia de todos los muertos?, dijo Tamastú. Pero los homenajeamos mostrando estos, dijo Dúrtil.

También veían expandirse la historia, que la negación del pasado volvía más corta a medida que olvidaba la anchura de los ciclos para pensarla nada más que en estarcos. Por fin abrieron el pequeño Museo de la Curiosidad y la

Consolación. Gaco y Tamastú no se disimularon la malicia de estar absorbiendo una pequeña fracción del público que empezaba a quejarse de la fiesta de la originalidad trepidante en que según ellos se había convertido el arte. Tampoco esperaban que el público, con solo contemplar lo iguales que eran las cuencas vacías de todos esos sujetos, pensase de veras cuán raro era que un sujeto cualquiera se considerase realmente original. No obstante, para esperanza de la raza, muchos advertían que todos los esqueletos medían tres palmos de altura más que ellos, como si alcanzado un pináculo de evolución los humanos hubieran depuesto sus pretensiones, o se hubieran mareado, y en unas cuantas generaciones hubieran logrado disminuirse a un nivel menos arrogante; y no pocos comprendían que, si la especie humana olvidaba a sus muertos, también guardaba la fuerza de voluntad que de tanto en tanto la llevaba a recuperarlos. Había una urna donde los visitantes dejaban colaboraciones. Empresas minis de sustancias conservantes y de instalaciones educativas les pagaron un canon a cambio de publicitar discretamente sus servicios.

Reconforta cantidad, dijo Tamastú, que la recaudación dé para que el museo mantenga el área de investigación. Y tenemos superávit, dijo Gaco. Pero hay que estudiar; porque está el peligro de la inmodestia.

Sin embargo el peligro acechaba desde otro sector, si el peligro era una entidad capaz de acechar. El que no tenía dudas de que el peligro acechaba era Ojier. Bien que hubiese cambiado de modo de vida, seguía teniendo pasta de funcionario: cuando entendió que debía dar aviso de una sospecha, dio por terminado el ostracismo y volvió a Lugartres, y no solo para reunirse con su querido Alote. No abundó en detalles; seguramente temía que, si yéndose de la lengua incitaba a Gaco y Tamastú a hacer algo llamativo, en el Comisariado de Haberes Comunes desempolvasen el cargo de traición contra él y fueran a arrestarlo. De la apertura del museo ya estaba bien informado. Lo que hizo fue notificarlos escuetamente:

Mucho ojo, amigos: *ahora viene la treta.*

Tamastú estiró el labio de abajo. Gaco frunció el de arriba.

Les recomiendo que pongan unos esqueletos a buen recaudo, agregó Ojier. ¿Cuántos? Dos o tres, digamos.

A ellos la criptografía de la función pública se les seguía escapando. Ni siquiera Úrmulo supo decodificar la advertencia de Ojier. Así que por las dudas guardaron un esqueleto en un cofre, uno solo para no exagerar, y cuando la previsión se cumplió ya la habían olvidado. Desprevenidos como estaban, lo primero que notaron cuando una flaylimusina vieja y sencilla, casi un cascajo, se posó frente al portal, fue que Ojier se escabullía hacia uno de los módulos del fondo de Lugartres. Bajaron un hombre y una mujer responsables de la Oficina de Industria Creativa de la Cámara de Conciliadores. Una chófera se les adelantó para llamar a la puerta y volvió al aparato. Turvuni les abrió y aceptó las reverencias secándose ostentosamente las manos en el mandil. En seguida los emisarios aceptaban sentarse a una mesa del refectorio,

campechanos, rodeados de una representación de lugardeños, y comunicaban a Gaco y tamastú que, vista su notable trayectoria de sociabilidad productiva, la Cámara había resuelto prácticamente por unanimidad beneficiarlos con una ayuda que, si bien modesta, tal vez contribuyese a encarrilar sus ya certeros esfuerzos.

Gaco se sobaba la cicatriz: ¿Por qué prácticamente?, preguntó. Porque desafortunadamente ese día dos conciliadores habían faltado a la sesión por problemas personales, dijo el hombre, con un oleaje de cálculos en los ojitos de rata. Pero ya habían evaluado la suma, agregó la mujer.

Sonrieron a medias, como anunciando que por discreción iban a retirarse sin revelar a cuánto ascendía la ayuda, y Tamastú codeó a Dúrtil para que no preguntase y Dúrtil contuvo la pregunta pero no una risita. Los acompañaron afuera.

Al pie de la flaylimu la mujer se disculpó; iba a demorarlos un instante para recalcar ciertos principios. Dijo:

El gobierno entiende que el relato dominante sobre la vida en nuestra isla ha limitado la percepción del público sobre lo que verdaderamente pasa, al punto de que el público termina creyendo que siempre pasa lo mismo. Sin embargo hay muchos ciudadanos cuyas prácticas no dejan de expresar que quieren vivir de otra manera; hay espacios como el de ustedes, y están las cabañas para artistas, los foros de conversación blablay y otros; nuestra intención es articular la capacidad de gestión y la experiencia del estado con esas propuestas independientes a fin de potenciar un relato múltiple.

Sin esperar réplica, aceptó la mano de su compañero para subir. El aparato despegó.

Duro en su sitio, el pelo barrido por el tórrido soplo de la turbina, Gaco dijo que aguantar esa diarrea ya era suficiente ultraje como para encima ir a hincarse frente a una limosna.

Pero aceptemos, dijo Turvuni, que hay una cercanía entre eso que dijo y lo que nosotros decimos que buscamos.

Estos gurfos nos robaron la idea, dijo Tamastú. ¿Y las ideas no tendrían que ser de todos?, dijo Turvuni. Además, dijo Dúrtil, ¿qué idea grandiosa?; ¿que la realidad la cuenten muchos diferentes? Falsifican, tronó Gaco; todo lo abaratan. Por favor no grites, dijo Turvuni, y Gaco le acarició la mano. ¿Cuándo descarrilamos nosotros para tener que encarrilar algo?, murmuró Tamastú. Esta gente son ricos, dijo Gaco; han dedicado mucho de su tiempo a acumular. Insólitamente, LaBigot negó que eso fuese un argumento político; un acumulador bien podía saber qué significaba que algo faltase. ¿Saberlo intuitivamente?, dijo Tamastú. ¿Falta de qué, tienen ellos?, dijo Gaco. Yo no pienso regalarles lo que dejan caer como si nada, se sulfuró ahora Fromanta. Para sosegarla, Dúrtil se le colgó del brazo: De acuerdo; vamos a buscar el hojaldro nosotras dos, dijo. Yo también voy, dijo LaBigot.

Pero finalmente fue una delegación de diez. Los recibieron dos secretarios en una oficina del Palacio de Conciliadores. Sin ceremonia pero con una

calidez franca, como si las lacras del poder se esparciesen tanto que algunos integrantes quedaban puros, les hicieron entrega de una tarjeta de dos mil panorámicos. Salieron. No escatimaron modales groseros para ahuyentar a media docena de burbujas de noticiescos.

Gaco estaba congestionado: Qué porquería; para comprar unas docenas de pañales, dijo.

Ni para un detector de antigüedad de huesos nos alcanza, dijo Tamastú, y desenfundó un cortátur.

¡Ni se te ocurra!, lo paró Turvuni.

Con esto se compra un buen lote de cristaleina para hacernos más luminarias, calculó Armugal, y sobra.

Cut.

El dinero quedó destinado a comprar cristaleina, pañales y algo más. La mitad del sobrante la despilfarraron en un festín lugardeño de desquite. La otra pobre mitad fue para cooperar con Úrmulo, que estaba experimentando con los chicos cómo operar en los azares de la Panconciencia de modo que el huésped quedase infectado de las imágenes de un ideal que pudiera depositarle el enchufado. Era difícil obtener pruebas de que el método funcionase, porque no se sabía cuánta imaginación podía fluir entre conciencias, pero lo estaban intentando. Hacer en su tallercito-aula cosas que los servicios del estado hacían con grandes medios los pasmaba tanto que se olvidaban de compadecerse por su estrechez. Para decepción de chicos y padres, sin embargo, Úrmulo rechazó administrar los fondos. Argumentó que si se quedaba a vivir con ellos podía ponerlos en peligro, justamente ahora que les llegaba la hora del reconocimiento.

Prefiero no pensar que haya podido ser un sarcasmo, dijo Gaco esa noche.

Si no quiere el dinero allá él, dijo Tamastú.

Allá va a irse, pronto, porque lo lleva la porfía.

Cut: un insumiso de ley.

Era en balde esperar el desenlace de una historia lateral, ni habrían podido. Días después estaban considerando cómo aumentar ingresos cuando un carterol les trajo una tésera de la Bedelía de Cultura. Puesto en conocimiento el bedel de que los moradores de la finca denominada Lugartres empleaban parte de un terreno vecino para reciclar residuos, personal especializado había comprobado que las cantidades de material procesado superaban en exceso lo permitido por la normativa al respecto.

¿Y qué?, dijo Fromanta.

Que nos van a absolver del cargo de delito económico pero nos retiran la gestión del museo, dijo Gaco; figura acá abajo.

Tamastú se derrumbó. Como no pudo frenar al tropel de treinta lugardeños que salieron corriendo hacia el museo con Turvuni a la cabeza, corrió él también a la zaga. Las bedelías no eran lerdas para el estrago. Tátuces y guardias blindados ya habían confiscado el edificio, un juez repasaba el decreto de estatización y un cuerpo de vidólogos inspeccionaba los esqueletos y el

taller con una gula científica tan auténtica como la envidia que hasta ese día los había hecho ignorarlos. Los enviados de los noticiescos pedían declaraciones y aclaraciones. A ellos les costó mucho sacar de ahí a sus desconsolados especialistas. Punto.

Con la pérdida de los esqueletos en la vida de Lugartres se coló una nada contenida e inmedible como la que se veía por los ojos de las calaveras. Tamastú, Gaco, Dúrtil, Alote, Fromanta, Turvuni y varios más tenían que pensar algo. Libar proyectos en base a una descomposición del ánimo tal que enfermaba el cuerpo.

La descomposición abona, dijo entonces Tamastú. No puedo más, dijo Gaco. No: a veces sentís que no podés más. Es una sensación, cut, pero fuerte. A mí también me entra. Son ganas de recortar entidades. Sí, ganas de simplificar; de jugar con una baraja de menos cartas. Peor: es una tentación de retirarme del mundo, como los ascetas. Bueno, nunca vamos a saber si a los ascetas los serenaba de veras retirarse. Parece que se iban al bosque a morir solos. Vos no estarías balsino viviendo solo en un bosque. No, es cierto. Lo que nos cansa es que nos negamos a estar tranquilos.

La quisquillosa realidad les mostró que la resistencia a la calma, a parlamentar siquiera con una embajada de la calma, no provenía solamente de un defecto de ellos. Primero fue el mismís de los artistas que la Bedelía de Civilización había becado para que frecuentasen las instalaciones del museo, ahora Museo de la Memoria Remota, a fin de que la intimidad con los restos de un prójimo lejano les inspirasen la fantasía, alusiva o no. Después las oleadas de mirones que se volcaron; algunos iban a ver a través de los cristales cómo maquinaban los creadores; otros pagaban la entrada para meditar en que todas las horas hieren pero la última mata, y en cuánto olvidaban la obligación de gozar del día, y en la falta de carne de esos seres que se desvivían por considerar sinceramente como sus ancestros. Todo esto Tamastú y Gaco habrían podido pasarlo por alto, porque como todo entusiasmo ambiental tarde o temprano iba a desfallecer. Pero entonces fueron los tarros de otroleno que una escuadra furtiva lanzó contra el museo una clara noche de viento, mientras los guardias se ensoñaban en el cielo estrellado, y propagaron unas llamas que dejaron la pobre estructura del museo carbonizada y los huesos hechos cenizas, todos salvo unos pocos con los que solo habría podido montarse el símil tullido de un esqueleto.

Gaco y Tamastú entraron en oscilación espeluznante: el atentado era un disparate bárbaro pero no le faltaban razones justas, y una zona recóndita del cuerpo de ellos lo celebraba con un chorro energético que nacía en el coxis y prometía subir por la coronilla en busca del cielo.

Soy un manantial lúgubre, decía Tamastú.

Sí, pura fuente de razones monótonas y pasiones bajas.

Para más pesadumbre, no solo los multó la Bedelía por abandono de la cooperación barrial en la vigilancia de un espacio público; otros curiosos llegaron a mirar las consecuencias del atentado y durante semanas una brigada

de guardias y tátuces circundó Lugartres, ojos humanos y ojos de tungsteno estancados por igual en un solo mensaje silencioso, recurrente, emitido para que el receptor lo decodificara en el acto: ESTO PASA POR HACER LAS COSAS SIN CONSULTAR. Mordisqueando una manzana, LaBigot miraba los tátuces con la reverencia y la aprensión con que se mira un cactus.

¿Qué es lo que se supone que pasa por hacer las cosas sin consultar?, dijo, y siguió: bah, como si alguien estuviera pendiente de nosotros. Verdad; a nosotros esos bombistas no nos consultan, no nos obedecen, no nos desacatan, dijo Tamastú. Para ellos, lo que hacemos es irrelevante, dijo Gaco. O un poco más nocivo que el sistema mismo. Cut: porque fomenta la ilusión de que se puede encontrar un resquicio raro. Brachis, dijo LaBigot, un deber es no exagerar la rareza de uno mismo; no somos sediciosos, no somos del todo marginalios, no somos insubordinados peligrosos. Y, sí… todo esto nos pasa por ser a medias ciudadanos. Un problema de indefinición. De inconsecuencia.

Se estaban repitiendo, lo sabían, para aplacar el temor de que el atentado hubiera sido cosa de la organización de Flitio, que en cierto modo sentían carne de su carne. Pero cuando Úrmulo consiguió al fin sujetarlo en un enlace, Flitio aseguró que, por mucho que les habría gustado hacerlo, su gente pensaba que en las condiciones de la coyuntura una acción así podía volvérseles en contra, a él y su grupo; pero que, como buena provocación, iban a achacárselo a ellos, su gente. Se equivocaba, Flitio, porque los bombistas guardaron tácticamente el anonimato y la represalia ya la estaban sufriendo, no él y su grupo, sino Gaco, Tamastú y compañía.

Como hecho agitador, dijo Tamastú, no le veo gollete. Depende cuál sea el objetivo para ellos, dijo Gaco. Pero matar a los muertos…, resopló Tamastú. Un intento de enterrar el pasado sin conocer cómo evolucionó. De enterrar el pasado sin hacerle la autopsia.

Ellos conservaron en su cofre el único esqueleto histórico entero que quedaba, como amuleto, como enigma seco e invocación al futuro, mientras los otros esqueletos, desmembrados, incinerados, se hundían una vez más en la tierra y el olvido, y la conciencia de la muerte que pudieran haber alumbrado en el público entraba en un apagón duradero. Un solo esqueleto. Ojier calculó que en unos años se cotizaría rebién. Pero *uno solo*, se quejaban los lugardeños. Había asomos de autoconmiseración, melifluos como olor de magnolia rancia. Para neutralizarlos, Gaco y Tamastú propusieron hacer encuentros periódicos de charla sin rumbo. Si el propósito solapado era cortar el ritmo del pensamiento, resultó que con una gente tan rítmica la conversación se volvía sórdida. En medio de ese clima Úrmulo partió al fin a retomar su lucha por la redención verdadera de los sojuzgados, por la eliminación de la propiedad privada, o al menos por el reemplazo total del sistema del lucro egoísta, y con él se fueron cinco jóvenes fogosos e inteligentes. Fromanta, Turvuni, Dúrtil, Armugal y todos los veteranos los besaron, a despecho de su hosquedad viril, fueran varones o chicas. Gaco y

Tamastú se dijeron que, si bien cinco jóvenes eran una cifra previsible, como pérdida era incalculable. Tamastú se apretó la panza, para detectar una posible avería, pero el que dejó escapar un hipo fue Gaco y entonces los dos lagrimearon. Gumuqui puso una mano en el hombro de cada uno; les clavó unos ojos feroces: Por favor, padres, dijo secamente, por favor, y entró en el refectorio. Había oscurecido. LaBigot salió a hacer una ronda nocturna. Ellos se demoraron en la puerta de Lugartres. Del cielo se desprendía una llovizna láctea. A doscientas varas de distancia la fila de insumisos doblaba ya una esquina: una cadena de señales de posición entre los árboles de una oscura vía de extrarradio. Solo Úrmulo caminaba sin alumbrarse.

¿Qué le pasa a este hombre?, preguntó Gaco; ¿qué es ese empecinamiento en una solución absoluta? Sí, pf, esa pelea porfiada por la salvación definitiva. Es como si no aceptara que existe lo desconocido. ¿No será que es difícil acercarse a lo desconocido si uno no tuvo una relación profunda con una mujer? ¿Profunda y larga, decís? No sabría medirlo; es que nunca le conocimos ni una novia.

Posiblemente la intolerancia de Úrmulo a la incertidumbre tenía más razones, y no era exclusiva, visto que desde los últimos contratiempos también en Lugartres estaba aumentando la ansiedad. En los blancos de los ojos menudeaban arroyitos rosas surgidos del sueño agitado. Tamastú y Gaco no tenían ese problema o habían desarrollado sus remedios, como sabemos porque la historia no lo viene escondiendo. Para empezar, leían mucho. Pero a veces, cuando a Tamastú lo desvelaban los tirones de la conciencia, y el movimiento despertaba a Dúrtil, se volvían uno hacia otro y se tanteaban hasta unirse, y se hamacaban, y una vez colmado el deseo volvían a quedarse fritos, si no se dormían uno encima del otro sin completar lo que habían empezado, y en sueños se desacoplaban un rato después, tan balsinos. Gaco atacaba su metódica pero incierta siestita sabiendo que a menudo Turvuni se recostaba a acompañarlo, le tocaba el hombro y al momento se pegaba a él desde los muslos hasta la lengua, y que las caricias soñolientas evolucionaban a una lujuria furibunda de efecto más rápido que una dosis de anestesia. Esporádicamente LaBigot se escapaba para darse recreos de vida disoluta. Ni que decir que otros lugardeños también sexuaban; pero no a todo sujeto le basta con el sexo para atemperar el ruido mental. Se propagaba cierta desorientación, incluso un desquicio, y lo que idearon Tamastú y Gaco para atajarlo fue un cambio general del rol de tareas.

XIV

Y, como toda idea en Lugartres, los cambios se verificaron. El doctor Róstugu se trasladó a la carpintería; Fromanta al diseño de interiores y así. Pero el capricho no dio resultado: todos se habían especializado tanto en algo que las respectivas trabas para hacer bien otra cosa provocaron más inquietud. Infaliblemente, sin embargo, y aunque les sobrase inquietud, los jóvenes dormían a pata suelta, y de jóvenes seguía habiendo un buen pelotón. No era ninguna contrariedad que no obedecieran. Cada descarrilamiento de un vagón de novatos daba con el tren entero en territorio nuevo, o en un lugar antes visto solo por la ventana.

Ahora Samilu, Telbú y Nelbén acaudillaban un movimiento contra el dominio de los humanos sobre las bestias, un programa de igualdad de todo lo vivo móvil que la parte magnánima del humanaje venía acariciando desde hacía estarcos, poniendo en práctica de tanto en tanto y abandonando una y otra vez. El programa básico de los jóvenes para Lugartres, si quería ser ejemplo de una vida nueva, era liberar a las cherpias ponedoras de la producción constante inducida, a los peces pescados de la lenta agonía en la atmósfera, a las bunastas de la asfixia del establo, por modélico que fuese, y a los minorcos, los dirdules, los gatos y hasta pájaros como la urraga de la dependencia y de la sujeción de toda mascota a vigilar las posesiones del amo. Tamastú los advirtió de que, cuando en estarcos pasados una compasión afiebrada había llevado al humano a dejar los animales a su albedrío, los animales, en un mundo no diseñado para ellos, se habían deteriorado, o habían sucumbido a la impericia, cuando no se habían devorado unos a otros como a menudo hacían los humanos, fuera figuradamente o en serio. Gaco agregó que esas épocas habían culminado en recintos de humanos, un poco flacos por la tensión de adaptarse a los cambios alimentarios, rodeados de paisaje donde se alargaba el reino de los animales más agresivos. El problema no era que muy de vez en cuando un huargo feroz transgrediese los límites y se comiese un anciano crudo; era de espacio, y como todo problema de espacio los humanos lo habían resuelto con una guerra.

Fábulas, dijo Nelbén.

Historia, dijo el padre.

Difícil como se perfilaba, igual en última instancia hubo un acuerdo. Crearon un predio para que las cherpias anduviesen a sus anchas, disputándose los favores de los cherpiangos, y pusiesen cuando se les antojase ya que de todos modos se les antojaba seguido. Compraron un baldío anexo y

lo destinaron a pastura de las bunastas. Reemplazaron totalmente las carnes rojas por cuasicarn y carnuna A-B. Basándose en el cuadernaclo de recetas heredado de Irrorta, la vidóloga Iséstur aisló en la yema de huevo una sustancia que con la adición de una bacteria y a temperatura tibia constante se reproducía como el yogur: la llamaron "irrortina" y planificaron producirla y comercializarla como *Ovoína Irror*. Y como desde luego la cuestión no era si los animales morían o no a manos humanas, sino cómo morían y después de qué vida, en adelante solo comieron pescado de río liquidado sin tormento y cualquier bestia que hubiese muerto por accidente o de vieja. A Gaco y Tamastú, fuera por vicio o por constitución, esto no les bastaba para reparar la baja de proteínas. De modo que durante un año observaron a todo bicho que caminase y bajo la dirección de Iséstur ampliaron conocimientos de vidología.

Les preocupaba la vida interior de los animales, pensamiento, sensibilidad y emociones. Cierto que había que diferenciar entre reflexión consciente y simple conciencia. Notaron que la capacidad de experimentar alegría y pena no difería mucho de una especie a otra. Y más fineza emotiva aún habían obrado los científicos en los animales mejorados, que tenían hipotálamos y sistemas límbicos casi exquisitos y muchos atributos del yo: orgullo, afán de imponerse, sentido de la posesión, deseo de adquirir estatus. Pero la vivencia subjetiva solo dependía en parte de bases fisiológicas y solo algunos procesos fisiológicos eran conscientes.

Para salvar a un niño que se está ahogando, decía Tamastú, un quinoto se tira al río sin pensarlo, lo mismo que se tira un minorco a salvar a un cachorro; pero el quinoto vuelve con el nene a rastras pensando en qué abrigo ponerle, qué darle de beber, y después piensa si la acción fue desinteresada, corajuda, moralmente digna o así, y por ahí escribe un poema, mientras que el minorco pasa a otra cosa como si nada.

Pero cuando el amo que la ordeña cada mañana se va de viaje, una bunasta se deprime, decía Gaco.

Más se deprime el minorco, porque teme que nadie le dé de comer.

Lo que ignoraban era si, cuando alguien lo lastimaba, un gato sentía algo pasible de traducirse como *El mundo duele*, o *Hay mucho dolor en el mundo*. Ignoraban si, cuando un cherpio se pavoneaba ante las hembras, pensaba algo así como *Ojalá me haga caso la morochita esa*. Una vez más las palabras eran el tímpano y el obstáculo. De momento no había más que hablar. Con paciencia, cariño, astucia, tácticas y lecturas de vidología, abordándolos en cuatro patas o esperándolos en una rama durante horas según la altura de cada especie, al cabo de un año Gaco y Tamastú habían conseguido un alto nivel de empatía con los animales de Lugartres y confiaban en que en el futuro los animales les entendieran frases de cierta riqueza de matices. El tiempo los vería, a ellos o a quienes quisieran seguirlos, establecer un modo de convivencia menos basada en jerarquías: una cooperación; una distribución de funciones por mutuo acuerdo.

Los jóvenes guardaban distancia. Tenían sus prevenciones contra las

iniciativas voluntariosas que no se apoyaran en avances específicos de la vidología y las ciencias sociojurídicas. A Tamastú y Gaco ya empezaba a dolerles, y al contrario que los gatos podían repetírselo mentalmente, que lo que estaban consiguiendo no tuviera continuidad; y, la verdad, mejor que la tuviera porque el año de animalismo los había dejado molidos. Baldados como estaban, podían llegar a perder ascendiente sobre sus compañeros. Tal vez eso no fuera inconveniente, sin embargo. En realidad previeron que, más o menos en la medida en que la flaqueza de ellos aumentara, podía disminuir la ansiedad del colectivo; siempre y cuando no todos notaran que, de tanto calcular cuánta flaqueza convenía ventilar, ellos se sentían especialmente ridículos. Y si la sensación de ridiculez les llegaba a embargar los recuerdos, iba a contagiarse a los planes.

Quizás necesitaban distraerse; ventilarse, quizás. Era una ocurrencia perturbadora, pero comprendían que podía ser fatal cuando prestaban atención a los chicos. Porque, mientras ellos se enfrascaban en el acercamiento a los animales, en charlas de sobremesa los jóvenes habían insinuado un hartazgo con la vida promiscua, afable, laboriosa y responsable que estaban destinados a prolongar ahí, con la implícita monogamia que dominaba las relaciones, con el sinsabor de pagar las penalidades con que el sistema castigaba a los quinotos que lo desdeñaban.

Y no creo que ser herederos de esto los fastidie tanto.

Sí, pero quieren asegurarse de que van a poder modificar lo que hereden.

Pero después de todo un día esto va a ser una herencia maleable, flexible.

Pueser; siempre y cuando nos hagamos más flexibles nosotros.

Eso es medio improbable, ¿no?

Tendríamos que preocuparnos menos por la sucesión.

Cuando se enfrentaron con estas cuestiones ya era algo tarde; los jóvenes habían empezado a irse. Samilu y Nelbén compartían una unidad habitacional en litigio, desierta desde hacía años, que habían ocupado de hecho. Tresil, que estaba embarazada, se decidió a vivir con el padre de la criatura. Y otros. Asterú, una huérfana hija de pescadores que a los doce años los había dejado boquiabiertos cruzando el río hasta el islote Kumpite, ganó una ayuda para entrenarse en natación de aguas abiertas; a Gaco y Tamastú los desorientaba que, proviniendo de Lugartres, la chica soñara con atarse a la tiranía de la alta competición, que solo le preocupasen las competencias panorámicas, que no contase nada apasionante sobre el equilibrio del nadador entre lucha y entrega al medio, pero la frigata quería que le pagasen por nadar, esa actividad porfiada, repetitiva y proclive a la épica, y encima era un fenómeno pese a que tenía un fémur más largo que el otro y en tierra se bamboleaba un poquito. Esaz, un sobrino de los bandoleros albañiles, se ganó dos meses de cárcel por montar un número de funambulismo entre los dos pináculos de la torre de la Cadera; no salió escarmentado ni dispuesto a volver a casa, las vocaciones no funcionaban así, aunque a veces iba a verlos para reparar un techo. Para casi todos, sin embargo, Lugartres seguía siendo el centro de trabajo y algunos aún

aseguraban que era la base de su proyecto vital, pero con los meses y los años empezaron a recalar ahí solo unas horas por semana. Mientras, desfachatadamente, se daban el gusto de comprarse un pantallátor cóncavo, o un colchón masajeador NAC 10 o una prenda de náflax para la estación intermedia, como hacía la gente despreocupada por los condicionamientos del sistema. En ocasiones dejaban a sus críos, si tenían. No hubo más remedio que ocupar las vacantes con gente algo más madura, menos ávida de experiencias surtidas, con el consecuente trastorno del plan de tareas. Algunos lugardeños recibían visitas de parientes, y algunos parientes, que primero se hacían habituales del refectorio, al cabo aportaban a los talleres habilidades particulares. Pero eran los nacidos en otras partes los que un día iban a gestionar Lugartres, suerte mediante, y Lugartres se acomodaba a los cambios con los crujidos airados de una casa que el progreso urbanístico deja cerca de una pista de flaybuses.

Yo veo que sin embargo algo liga a los chicos a esta casa, dijo Gaco. Cut, dijo Tamastú: ¿una pertenencia? Palabrita anticuada, eh. Y lujosa. Pero no era la palabra apta, porque evidentemente los jóvenes pertenecían a la ciudad. Se habían dispersado como riego por acequias. Con todos sus devaneos, la impregnaban de inconformismo, desorientación y deseos imperiosos, y llegado el caso la infiltraban de rabia, de ideas descabelladas, de hipótesis indemostrables. Los jóvenes, por mucho que se comprasen un superfluo pantallátor plus, un traje de gáblam, eran para las calles la humedad del suelo, que ascendía, forzaba las junturas de las casas de adoblástice y las vulneraba y debilitaba y las amenizaba con yuyos polícromos. Una amenidad discutible, con todo, para Tamastú y Gaco. Por ejemplo Samilu, que vivía en trimonio, había estudiado dermatología mática dentro de una escuela neortodoxa, adepta a los análisis rigurosos y los fármacos sinceramente duros, una corriente de esas que se aprestaban a suplantar a la obsolescente medicina benévola que había acaparado el favor de los intelectuales por más de veinte estarcos. Con un colectivo de colegas Samilu estaba consolidando un curatorio de arrabal para combatir el sinfín de morbos de la piel, los ojos y el epigastrio que sufría el público expuesto al medio ambiente y que las terapias benévolas no habían erradicado. Atendían por pocos bits, defendían su local con uñas y dientes contra los reclamos de un propietario cerril, no tenían pruritos en agacharse con tal de recibir un fondo de la Bedelía de Salud, pero tampoco escrúpulos en evadir impuestos; para estupefacción de los padres, ahorraban panorámicos para hacer escapadas turísticas, como ir a ver las constelaciones de fuegos florales de los colosos de Isla Arnaz, que a los mayores los habrían aburrido a muerte; o estiraban las curas para retener a los pacientes y entretanto adoctrinarlos.

¿Qué doctrina les inculcan?, preguntaba Gaco.

Eso, decía Tamastú: la mezcla de insolencia, extremismo idealista y pragmatismo conciliador de los jóvenes.

No entiendo esa mezcla.

No, no entendemos, dijo Tamastú.

Y un día Samilu le dijo a Gaco: Papá, está súper claro que no entendés un gurlipo.

En ese momento se resquebrajó el diálogo entre padre e hija.

Lo que se filtraba desde el afuera también repercutía en otros aspectos humanos de Lugartres. Una de las afectadas fue Dúrtil: tuvo un romance maduro extrapareja que, dada su inexperiencia en esos asuntos, no alcanzó a disimular del todo. Gaco interrogaba a Tamastú con una expresión sin color. Pero reparadora.

Tamastú dijo: A veces es inevitable que la gente viva otros amores aparte del amor constante; a lo mejor es saludable. Cut; e incluso recomendable, dijo Gaco.

También Alote tuvo una aventura, esta francamente mal disimulada, que Ojier asimiló con la elasticidad típica de un ex asesor de cuentas.

Todo esto nace de la pimienta que dejan los jóvenes en el aire, dijo Tamastú.

Así que ellos se obligaron a respirar más hondo. Para ponerse a tono, Gaco garabateaba fragmentos en su cuadernaclo. Por ejemplo: *Con el motor retocado y los jóvenes encima, la rueda indestructible de la ilusión, el ahínco y el fracaso puede seguir girando al son de su melodía pegadiza*. Travesuras poéticas de esta índole, que él veía desde enfrente, le dieron a Tamastú la idea de que un poco de ventilación podía servirles a ellos para distraer el cansancio, tal vez al punto de que desapareciera.

Se pusieron a las órdenes del equipo de despensa y cocina de la pensión y ofrecieron encargarse de una campaña de relaciones públicas y propagandismo. Incidentalmente, el trato diario con los negocios del exterior redundó en que les llegaran dos propuestas laborales. Las estudiaron fríamente, al principio, hasta que la expectativa les calentó la cabeza. Ningún acto de un quinoto escondía sus consecuencias por tiempo indefinido. Había que estar a la altura de lo que uno se había causado. Ellos habían hecho tres Lugares. Ahora una gerenta de empresas minis les proponía dirigir un equipo estratégico de publicidad por enlaces mentales. Una cooperatinca de producción de conservas, envases para conservas y alimentos a conservar les pedía asesoramiento para montar una finca de vida y trabajo.

Hermosa palabra, cooperatinca, dijo Gaco. Un poco vaga, contestó Tamastú. Tendrá que definirse en la realización.

Se acordaron, con sonido y todo, de lo que había dicho la conciliadora aquella al pie de la flaylimusina: que el relato dominante sobre la vida en la isla limitaba la percepción del público sobre lo que pasaba de veras, y el público terminaba creyendo que siempre pasaba lo mismo. Pero había sujetos cuyas prácticas estaban diciendo que querían vivir de otra manera y hasta querían otro mundo; quinotos de lugares parecidos al de ellos, asilos de profesionales, guaridas de hacedores, foros blablay, y el futuro pedía articular capacidad de gestión, potenciar un relato múltiple. Esas no habían sido exactamente las palabras de la conciliadora, claro; habían sido parecidas, pero editadas por

ellos quedaban mucho mejor. Así que, pese a su incipiente veteranía, Tamastú y Gaco resplandecieron igual que en el pasado. Como eran flojos mentalistas y de estrategas no tenían un pelo, aceptaron la segunda propuesta. Acordaron una retribución. Reunidos con miembros de la cooperatinca, inclinados sobre cuadernaclos se pusieron a dibujar compartimientos, distribuir construcciones en el terreno, deslindar tareas, elegir materiales y ajustar costos, y codo a codo con otros cooperatincos supervisaron tendido de tuberías, alzado de paredes, conexión de inteligencia habitativa, instalación de maquinaria, racionalización de huertos, amueblamiento de viviendas. No habían terminado la tarea cuando nuevos grupos de hacedores se acercaban ya a ver las obras y les solicitaban fecha para contar con ellos. Desde entonces cada trabajo iba a vincularlos con otro, siempre en una dirección diferente. Colaboraron en la realización, o la dirigieron, de fábricas de implantes braquiales y fábricas de blísteres, auditorios, complejinos deportivos, comunitarcos de profesionales, asilos de proveedores, refugios para tránsfugas, elaboradoras de carnuna ultra, y procuraron que ni el prestigio que obtenían de cada obra bien hecha ni el repudio que les valían las ocasionales fallas de factura les ocultaran que se estaba extendiendo un tejido cuya vivacidad sentían en el pecho. Cobraban barato; a veces, para cooperar, fingían olvidarse de reclamar el pago, para que al beneficiado, creyendo que aprovechaba una distracción, no se le ocurriese divulgar que trabajaban gratis. Cuando hacía falta llevaban a las obras a Sesta y Nundo, y a veces a Esaz el funambulista, y se tomaban tiempo para aprender de ellos y de una vez por todas cómo se impermeabilizaba un techo de meragono o se alzaba derechita una pared de botellos de gorga, y, por ética de la amistad, se tragaban el gusto que les habría dado contar que esos albañiles cabales habían sido maleantes y podían volver a serlo si la realidad apretaba las clavijas. Se atrevieron a improvisar sobre los moldes de construcción de urgencia y las pautas de economía de la estrechez. Algunos experimentos les costaron caros, probablemente porque los habían copiado a las apuradas de manuales caducos. La iniciativa de un edificio de cinco plantas con fachada oblicua, jalonada de terrazas con huertos, abortó cuando una población de urragas azules que había anidado en lo alto terminó desatando un alud desastroso. Sobre las pautas que conocían, originales suyas o probadas por la frustrante tradición de la independencia, operaban desvíos, interrupciones del vacío, pequeños caracolios elevados, largas curvas envolventes que invitaban a confraternizar y muy alejadas de los arabescos, tabicamientos para actividades íntimas como masajearse los pies o mirar por una ventana, pero siempre de modo que la forma nueva multiplicara las funciones del ambiente y promoviera actividades todavía por concebir.

Se relacionaban con gente que hasta entonces habían subestimado en lugares que les había parecido inútil conocer. Divagaban sobre la afinidad, el respeto y la ofensa, sobre el escalofrío del invierno y el bochorno del verano. Se agachaban disimuladamente, así quedaban en cuclillas, tratando de reservar dosis de energía para casos de emergencia. Agregaban unos conocimientos,

corregían otros y a algunos los jubilaban. Mucho más que trabajar, tanto como invertir excedentes de conocimiento y colaborar con planes ajenos, les gustaba ir. Adonde tocase. Iban caminando, a lo sumo en patinecho. Se levantaban temprano, cayendo, como bolas de barro, del tortuoso viaje nocturno por el recuerdo y la verdad en la amnesia luminosa del amanecer. Cada día, para cada trayecto, la ciudad desplegaba una selección de su catálogo de moles soberanas, torres inescrutables y vivideros contrahechos, de miríadas de reflejos, de madrigueras al aire libre, de gentío en carrera, cuerpos abrumados, atavíos, maquillajes, implantes de posición, uniformes y harapos, de olores repulsivos, fragancias institucionales y perfumes subrepticios, de vahos y humaredas y fotovivs publicitarias y hologramas políticos y monitorios ofertores de comidas; la ciudad les daba el amparo y la cachetada de sus calores, el frío atenazador; les abría el puerto, su vetusta aduana, sus cámaras frigoríficas, sus diques, esclusas, fluidotanques, los cargadontes enanos, el tráfico entre bienes de orígenes mutuamente remotos, el ritmo constante del acarreo tendido sobre las ciclotimias del comercio, los núcleos de idiosincrasia en los frutos, productos y artículos en el empaquetado uniforme de la mercancía, la iridiscencia del agua entre el casco del barco y los muelles y más allá, entre los silos y las grúas rodantes y el puentevador y las viviendas de los ciborgues de estiba, sombras de bandadas de garzas en el fulgor pardo de las olas del río; era tan glorioso que reculaban; entonces la ciudad les mostraba la inteligencia de los árboles nuevos para encontrar una rendija por donde alzarse a la luz, escaparates, túneles, viaductos, putrefacción, moho, resplandor, herrumbre y señorío de los cuartieres de dormitorios, fachas humanas bravías como dijes de la pulsera de la esperanza, tipos tan derechos que se confundían con los postes de los buses que estaban esperando y sujetos tan desequilibrados que caminaban con un hombro más alto que el otro; les mostraba la risotada de la que fuma en el balcón, la emulsión del peligro en el andén atestado, la belleza y el horror de los cuerpos, el callejacho desierto donde la mente teme una hemorragia, el local de indumentaria donde la mente crepita de deseo de cierto traje, el aliento escandido por salvas de eslóganes, la letargia de la voluntad en el invernáculo de la propaganda, la taracea de nombres y de marcas, el encendido intermitente de las caras al influjo de la posibilidad sin límites, el ritornelo espantoso de la inquietud. Y en el camino de vuelta a Lugartres les ofrecía otro menú, o el mismo pero alterado por las veladuras del ocaso, la confusión entre sol tardío y farolas tempranas, la delicia de la conversación interminable entre sujetos renaciendo en las horas en que menguaba la neurosis.

Qué intrascendente es todo esto, decía Gaco. Sí, tan lindo, tan todo contenido en sí mismo, decía Tamastú.

Cada uno llevaba en la alforja un sueño de cartógrafo. La ciudad era ellos. Cada uno era para sí mismo toda la ciudad. Cocheciños, flaytaxis y tranvilianos derivaban entre la ruta y el accidente. Un atardecer cualquiera en la ciudad era un epítome del sistema. Aunque les diesen ganas, no cantaban

por el camino. No querían tapar con música la redundancia sonora de las calles. En los bulevares más populosos había un inaguantable ruido empático: cada quinoto se representaba las emociones de muchos otros, se adhería a varias mentes por día y hacía suyas emociones ajenas. Cada quinoto era una legión inestable. Nada duraba en la ciudad salvo los muros. En cada giro el cuerpo se estrellaba. Pero había montones de huecos. Gaco y Tamastú los divisaban al pasar; tomaban nota. Si la cooperación entre varios quinotos solía abrir huecos en la realidad, dicho en líneas generales, a ellos el surtido de relaciones les ampliaba además el conocimiento de lo humano. Eran relaciones fugaces; cuando ellos terminaban su contribución, los usuarios del nuevo espacio mayormente les daban la mano; decían hasta pronto, o ya nos veremos, y se ponían a hacer con la obra lo que más les gustara; y, aunque no indefectiblemente harían lo que habían planeado Tamastú y Gaco, en la ciudad tal como iba resultando, dentro de la maraña total de los sueños plasmados, perviviría un vestigio de los sueños de ellos.

Por eso se preguntaban si estarían extendiendo tejido sano. No tenían, desde luego, por qué desconfiar de la salud de otros emprendedores. Cómo iban a saber; qué culinche sabían ellos. Caminaban equipados con su ilusión obtusa, mal que bien. Y caminando llegaban de vuelta a Lugartres, su hogar. Ahí ya eran gente mayor: eran esposos, padres, padrinos, tíos por elección, docentes; eran iniciados, custodios e invitados de la conversación. En la lentitud progresiva de los biorritmos del cuerpo, las teorías se ajaban antes de llegar al verdor pleno.

Antes de irse a la cama, Turvuni sacaba a Gaco a mirar las estrellas: él, por hacer unos ejercicios de lírica, le preguntaba por qué habría noches penetrantes, terriblemente exactas, y noches como pimpollos maduros, tibios, amargos, o pistolas mal apuntadas, y antes de acostarse añadía alguna de esas preguntas a un borrador de canción.

A oscuras, adormilados, Tamastú y Dúrtil se chapurreaban bromitas: ¿Por qué te toqueteás tanto los dientes?, decía ella. Los mimo para convencerlos de que no se aflojen, decía él.

Un accidente puso una excepción en esos regresos embriagadores.

XV

Estaban dando los últimos toques al local de una elaboradora de mulligom para zuecos cuando Sesta detectó un escape de gases en los caños de fluido; Tamastú se agachó a escrutar dónde estaba el problema y una explosión como una tos lo disparó hacia atrás sin darle tiempo a amortiguar el golpe en la nuca. Dúrtil le rogó y después clamó que fuera a un hospitalio pero él se emperró en no pagarle al estado un precio exorbitante; y si bien los médicos de Lugartres le acomodaron dos cervicales, con un robotaje tan elemental no pudieron reanimar todos los nervios medio aplastados; el pie derecho perdió movilidad y en adelante Tamastú fue un hombre rengo. Dúrtil lo masajeaba; en vano. Le preguntaba si creía que con lo que había ahorrado en una buena cura iba a asegurarse el bastón de viejo choto honorable.

Fidelidad a mi causa, se explicó él, y ni Dúrtil ni nadie iban a cuestionarlo.

Casi lo mismo argumentó Turvuni cuando otro tipo de accidente le sembró la espalda de unas manchas verrugosas del color de la arena mojada y muy expansivo. El Consejo de Conciliadores había destinado el baldío de los esqueletos a reserva natural de yuyos voraces y alimañas electrónicas. Una noche Turvuni se había metido ahí, buscando unas hierbas aromáticas, y una víbora le había inoculado el veneno con que periódicamente la cargaban los guardias para escarmentar a los infractores. Los vidólogos de Lugartres diagnosticaron que había contraído un hongo leprofílico; y que el suero que ellos habían sintetizado podía obrar pero tal vez no. Turvuni les dio venia para probarlo. A los tres días las manchas ya no se expandían, pero tampoco se atenuaban y Gaco, desesperado, aprovechó el agotamiento de ella para llevarla al curatorio que al fin y al cabo había puesto su hija. El equipo de Samilu le hizo una lectura de código genético, un expediente que Gaco tenía por anacrónico pero los médicos jóvenes volvían a usar, convencidos de que los consorcios medicales lo habían desechado porque era sencillo y económico. Descubrieron una susceptibilidad a ciertos venenos que ellos no tenían tecnología para modificar, pero también una gran tolerancia a los implantes. En apenas tres días consiguieron decolorar el hongo; pasados otros tres, como no llegaban a aniquilarlo, Samilu procedió a entrar a su madre en el quirófano, deshollarla desde los hombros hasta casi las nalgas y transplantarle un compuesto de gel medusínico, algodonosa y tejido cutáneo infantil que, en cuanto se hubo asentado, le dejó la hermosa espalda casi traslúcida, fresca otra vez, salvo por una excoriación que iba a subsistir para siempre entre los omóplatos, pequeña, fragosa, veteada de ocres como, dijo Gaco, el islote del

Ágata visto desde un flaybús en un amanecer de desastre. Samilu no reprendió a Turvuni por haberle querido evitar el compromiso de atenderla; lo que hizo fue renovar la pelea con Gaco so culpa de no haberle confiado a mamá desde el primer día.

Yo pensaba que el principal entripado de una hija no era con el padre, dijo él.

Eso son ideas tuyas, papi, le contestó Samilu; puras ideas.

Gaco se desahogó con su amigo: ¿No se puede obviar esto?, ¿nunca vamos a terminar de reconciliarnos? Más adelante, seguro que sí, le dijo Tamastú: ahora Sami está saltona como cualquier embarazada.

Hablaba por experiencia: su nuera, la mujer de Nelbén, le había dado unas nietitas gemelas. A Tamastú le encantaba cargar en brazos a las dos juntas; de paso ponía a prueba la renguera. El trance era óptimo para ir advirtiendo que los jóvenes ya no solo los habían igualado; en ciertas cosas estaban un poco por delante. Si se atenían a la capacidad, en cuanto a saberes específicos incluso les sacaban ventaja. A ellos no los afligía mucho ir deslizándose a la retaguardia. Era un proceso natural, como quedarse dormido en una conversación después de una jornada muy larga; cierto que acompañado por una sensación de desaliento; pero no de ruina. ¿Y ahora qué iba a pasar? La respuesta de un espectador perspicaz podría haber sido: Nada; no va a pasar nada; ahora se van a hacer mayores como todo el mundo. Ellos se decían que tal vez valiera más centrarse en los pupurlines; mejor persistir como espíritus benignos entre los niños que como fantasmas entre los hombres.

Pero todavía no.

No. Todavía se negaban a dejar que la alianza entre las causalidades de la vida y la voluntad personal cayese del todo en la apatía. Apuro no había ninguno. Ver a los retoños los precavía del conformismo. Procuraban mantenerse alejados de los viejos.

Tamastú decía: Los viejos objetan sin parar, mascullan, rumian cada mínima chulinga durante meses, no se arriesgan. Y se arrepienten en seguida, decía Gaco.

Ellos tendían a camuflarse en un blablay privado.

Todo consiste en encontrar la posición, decía uno, y el otro también.

Conocimiento del terreno no les faltaba. Algunos de paso, otros por meses, en Lugartres se hospedaban viajeros antiturismo, estudiantes venidos de aldeas, ciborgues sin casa, veteranos y novatos de la práctica política, empecinados del combate invisible, militantes de ateneos de divorciadas, de sectas impulsoras de la orgía y vindicadores de lo sagrado, restos de brigadas de auxilio a islas en emergencia, renunciantes a fortunas de familia y a empleos de jerarquía, peritos en oficios difíciles como el calentamiento de interiores por energía del subsuelo, atletas hastiados de los torneos y frigatas y brachos que habían sido reclutados para operaciones de paz en guerras insignificantes, y habían vuelto desechos, y forajidos y desertores, y, aunque solo algunos se incorporaban al esquema de tareas, todos se mezclaban en el refectorio con

público ocasional de la nueva avanzada elegante, una tendencia estética para la cual el arte más transgresor era el arte de la charla.

Porque el empeño del Regente reformista por cambiar el decorado de Isla Kump había terminado perjudicándolo; al mover los muebles habían aparecido gusanos y roña acumulada. Entonces el público, después de disfrutar de la desorientación consiguiente por una temporadita, de fingir que se sentía en una casa nueva, se había impacientado con la falta de pulcritud que notaba en el gobierno, y ahora, desde las últimas, abruptas elecciones, un Regente avasallador se respaldaba en un cuerpo de Conciliadores resuelto a reponer el orden financiero y estético. Ahora mandaba la funcionalidad. El arte se retiraba de la presencia material al limbo del espíritu.

En asuntos de conversación, Gaco y Tamastú eran tipos avezados. Para el trabajo y la economía de la tribu habían engranado un mecanismo de relevos. Aparte de eso, Lugartres era una potente caja de garrulería; todos eran locuaces. LaBigot se había embarcado en una autoformación como maestra mesera, una tarea que hacía con severidad, eficiencia y desdén, y era imposible rechazarla porque habría armado un toletole acorde con el honroso título de vieja loca que se estaba ganando a pulso. Gaco y Tamastú trabajaban en los talleres y a partir de las tres de la tarde ejercían una discreta tutela. Se habían propuesto limpiarse los sentidos atascados. Lugartres tenía una paleta de colores tenues señalados de manchas chillonas. Era una feria de olores: salsas suculentas, asados sibilinos, vainilla, guívamo, romero y purascón, pata, lanosa húmeda, fraghe y otros psicotrópicos, licores baratos, destilados deliciosos, tempestades de alientos, llantaya, ajo, merengue, barro, madera serrada, pedos furtivos, extractos seductores, manteca de bunasta y vómito de bebé. Ellos, por ejemplo, enseñaban a los pupurlines a honrar la comida con los gestos, con el conocimiento de los ingredientes y con el interés por las cocciones y macerados, y no solo de las exquisiteces sino de la trivial comida diaria; los adiestraban en la organización del plato servido, en el corte de la papa y la alianza de cada trozo de gualto con sus arvejas y su rodaja de meracia. Cuando se descarriaban de la materia al pensamiento, que era maniático del cálculo, les entraba miedo de ser un poco bobos. Horas después arreciaba una sensación de ser efectivamente un poco bobos. Dos días más tarde se habían convencido de que eran medio estúpidos. El proceso se repetía igual que los ciclos de flojera de vientre y de estreñimiento. No tenían idea de dónde se originaba. Era una convicción efímera y volvedora. Para desentrañarla volvían a explorar las grutas del pensamiento.

¿Estúpidos?; necesitamos una espeleología de la mente, dijo en eso Gaco. O más vagancia, tal vez, dijo Tamastú. Cut: más abandono. Menos cálculo, menos geometrismo, cut. A lo mejor es lo contrario, ¿no? Tal vez somos vagabundos en los suburbios de la claridad.

De hecho se adecuaban bastante bien al desorden que iba apoderándose de Lugartres con la coexistencia de tres generaciones y una colonia de adjuntos. Porque un proceso de conversión los había llevado a sospechar del orden, de

las ambiguas virtudes de la organización duradera, y a notar lo muy cerca que el orden llegaba a estar del error y la complacencia intelectual. No era una sospecha violenta, ni se habían convertido del todo.

Ya no sé si me gusta más el caos o la organización, dijo Tamastú. Como un niño con dos helados, dijo Gaco.

Al reparto injusto de la escasez que había impuesto en la isla la nueva Regencia, el equipo de la cocina de Turvuni replicaba con una economía de mesura. Los platos eran frugales pero nutritivos. Algunas noches de invierno, cuando el vocerío declinaba, los temas de cháchara empezaban a repetirse y los parroquianos bostezantes consideraban si pagarse o no una copita más de aguagrís, una niebla despegada del río, después de viajar una legua entre los edificios de la ribera, se desflecaba junto a las ventanas del refectorio para entrar por las rendijas y tejerse sobre las mesas, como un palio, aportando un aroma a barro, juncos húmedos y fluido barcomotor. Desde su posición en el fregadero, Tamastú y Gaco miraban a Dúrtil, a Turvuni, a Alote, Irursun, Ojier, Armugal, Sesta, Nundo y el resto, y miraban la superpoblación del refectorio, y se detenían en las columnas de algabita, la claraboya de la bóveda, los cocineriles, y una ráfaga insólita de la conciencia refutaba que ellos fueran nada.

No no, decía Gaco: somos algo, pero no porque estemos acá; es que somos este lugar. Cut, decía Tamastú: somos este lugar y somos con todos estos quinotos.

Solo esas noches enchufaban una musicaja y la utilería percusiva, se sentaban detrás de los instrumentos, le pedían a Fromanta que los acompañara en silbido y cantaban. Por nada del mundo se habrían permitido reincidir en piezas del repertorio antiguo. Componían sesudamente, de tanto en tanto pero durante días, y cuando habían reunido tres o cinco temas nuevos los estrenaban. *Te invito a sentarnos detrás del horizonte/ a ver si aparece la isla que esperamos./ Y si eso no defrauda/ tal vez veamos un signo sideral/ o pase el fantasma glorioso por la nieve*. La tribu festejaba pateando el suelo.

Qué raro que les guste, murmuraba Tamastú. Lo que alcancé a escuchar es un mamarracho, decía Gaco.

En ningún verso encontraban el pellizco de sentido que se habían esforzado por cifrar. Por eso cuando notaban al público más atento se lanzaban a cantar sin letra. Exponían una melodía, la desarrollaban, la descomponían y variaban; de alguna de las variaciones elegían un motivo más; Fromanta silbaba una versión diferente, que les devolvía, y de un relevo a otro iban ganando inercia; no bien se habían alejado bastante de la melodía original recuperaban todas las fases que había guardado la musicaja y las pasaban todas al mismo tiempo, añadiéndoles en voz otras nuevas, colando un destiempo, una cadencia engañosa, una cadena de ruidos impertinentes, un ululato, un graznido, el estribillo de un merigüel pegadizo, cinco compases de un romanzo inolvidable, un adorno estrambótico, y el desbarajuste era tan apabullante que los libraba de pensar en lo que iban a seguir cantando, ahora a grito pelado,

con tal entusiasmo que buena parte de la concurrencia se les unía con mayor, menor o ningún escrúpulo armónico, y al rato había veinte o treinta individuos desgañitándose en la ejecución vocal de cualquier cosa. No cabía llamarlas improvisaciones; eran un alarido coral de fantasías desatadas. Se iban extinguiendo por agotamiento sucesivo. El silencio caía despacio, como en un apeadero después del último tren. A los diez minutos los parroquianos se retiraban a sus módulos o sus casas, turbados, ligeros, con el apetito no enormemente satisfecho pero el corazón apaciguado hasta la mañana siguiente.

Gaco y Tamastú le pedían al roboto que los dejase a ellos secar con paño las copas que había lavado. Con las luminarias al mínimo, veían olas de polvo que los haces oblicuos cortaban en secciones cónicas. Flotaba y flotaba el polvo, alzado por la resaca del viento de las voces y el calor que habían irradiado tantos cuerpos suficientemente llenos de comida, licorvino y aguagrís, y en cierto modo flotaban ellos, eso se decían, cada uno con la piel como estirada sobre un globo por las vibraciones de la emoción sónica. Pero ni siquiera en esas trasnoches de extravío el alma constructiva de Tamastú y Gaco perdía un sentimiento del mundo como sistema mecánico.

Mejor dicho, murmuraba Gaco, el mundo como malla conceptual de frases precisas.

Incluso de axiomas, decía Tamastú.

Cut, axiomas que den cuenta de algo único que impregna todas las cosas físicas.

La concatenación de flujo, calor, presión, tensión y límites que hace funcionar las cosas. Cut, esos límites ciegos que sostienen los puentes, estos arcos, estas columnas.

Por no hablar de esta bóveda.

Pero, pero tratar de ver la forma general del mundo bajo una malla tan fina de concordancias, tratar de verla esta noche, toda al mismo tiempo y hecha de una pieza…

Sí, es una pretensión demoledora; en fin, habrá que seguir dividiendo la tarea en tareítas parciales, resopló Gaco, y mientras Tamastú salía renqueando él apagó las luces.

Una vez más tenían apreturas. Por lo pronto contactaron con un buhonero, abastecedor de artistas lo bastante asnos para ignorar que montones de movimientos ya habían usado antiguallas para dárselas de originales. Le vendieron siete pilas altas de libros y cuadernaclos llenos de conocimientos usados; el tipo no les dio más de lo que habría valido una colección de almanaques de unos cinco estarcos, pero ganaron espacio respirable y alivio. De paso se preguntaron dónde se conservaba el verdadero conocimiento sino en las cabezas. Quizás, como les había recomendado Úrmulo, tuvieran que desocupar las cabezas también, máxime en tiempos de tanta barbarie. Al fin y al cabo, dijo Tamastú, para inventar hay que tener comodidad en el morlojo. Claro, dijo Gaco, mejor que una cabeza llena es una cabeza bien hecha.

Además estaba el dinero, para variar. No les habría venido mal comercializar un artículo nuevo. Así que volvían a sus tareítas en los talleres.

Les preocupaba el transporte; el de gente, esa manifestación histórica de la desigualdad, esa prueba histórica de la indiferencia del sistema por el sufrimiento cotidiano del quinotaje sin vehículo propio. Los nuevos ebanistas de Lugartres habían ideado para los lisiados un carricoche de madera de amarpe y fibra de cartona que los mentalistas estaban dotando de un receptor de indicaciones cerebrales. A Gaco y Tamastú los desvelaba la capacidad de andar. Sostuvieron tozudamente las pruebas de sus químicos, y aun se sometieron a pedir créditos para comprar aparatos, hasta que al año y medio un imberbe químico recién incorporado, un tal Rúlcamo, basándose en técnicas de separación por láser, obtuvo átomos enriquecidos de esalenio, un mineral que derivaba del maquinio corriente y era un manantial de energía. Con látex poroso provisto de moléculas de esaleniato fabricaron un multiplicador de tracción: una simple rodillera que daba a cada pierna un formidable añadido de fuerza, arranque, velocidad, empuje y resistencia y ahorraba tirantez y desgaste al resto del cuerpo. Y al morlojo. El trabajador ya podría dejar de triturarse la osamenta en el tranviliano; o, en vez de hacer horas de cola esperando el ferry en el muelle, podría cruzar a los islotes por los puentes.

Tengo alas en los talones, gritó Gaco la tarde en que se puso las rodilleras para el primer examen.

A Tamastú esa prótesis, aunque no mitigarle la cojera, iba a darle más rapidez si él manejaba el bastón con habilidad. La cuestión pasó a ser cómo fabricarla en serie. Nunca habían pensado en la confección, salvo de prendas caseras para pupurlines. Era la oportunidad para planificar una pequeña industria textil.

Lo que tendríamos que querer sería una justicia de las telas durables, suaves y bien teñidas. Es verdad: un vestido emancipado. Pero hay que empezar por el látex poroso con esaleniato. Febón: la muslera del caminante.

Empezaron. Fabricaron una partida de quinientas rodilleras y la vendieron. La Bedelía de Salud aseguró que sus analistas habían descubierto que el artículo provocaba musculosis de Gerd y vetó el uso y les prohibió seguir comercializándola. Tuvieron que quemar una segunda partida entera, con excepción de dos pares que se reservaron ellos para sus caminatas. Después siguieron esforzándose, probablemente con las telas; pero pronto entablaron una lucha personal contra el esnobismo de la ropa de papel de celulosa arbórea y fue porque en una novela antigua habían chocado con el hallazgo de que hirviendo y moliendo trapos podía hacerse una pasta capaz de dar un papel de hilo incomparable. Obtener papel carta debió darles una melancolía de origen difícil de situar en la inmensidad de la historia.

No vamos a saberlo con precisión.

Parece que la historia no quiere disiparse en repeticiones. En la secuencia siguiente ha saltado unos años.

Por lo poco que se aprecia de unas construcciones nuevas, Lugartres no ha podido no crecer en vertical de tres varas y media a cinco o seis.

Es un mediodía de verano y Gaco y Tamastú están sentados a la sombra del alero de una unidad modular que no aparecía en capítulos anteriores. Se tocan las caras sudorosas con unas pulseras refrigerantes del mismo color granada que el de la tela de la camisola de Tamastú; la camisola de Gaco es azul clara. Se diría que han terminado la mañana de trabajo. A lo lejos, de pie a la puerta del refectorio, LaBigot se pasa las uñas esmaltadas por el pelo gris; llama a la gente a las mesas. Un grupo de personajes hasta ahora desconocidos pasa por delante de Gaco y Tamastú; les preguntan si no van a almorzar.

Ya, ya vamos, dice Tamastú.

Pero no se mueven de las sillas de mimbre. Hacen lo posible por no despatarrarse. Por poco no se les cierran los ojos. Gaco tiene una barba rala, retículas rojas en la nariz afilada, poco pelo largo y negro y la cicatriz de la frente manchada de gris verdoso, como una fina estela cubierta de liquen. El cráneo rasurado de Tamastú parece de piedra volcánica, salvo por un grano crónico en la sien izquierda. Periódicamente, algo nuevo en el interior de las bocas los hace pasarse las lenguas por las encías. No es tanto la vejez lo que los maniata, y quizá ni siquiera una asedia madura.

Siento como si me hubiera muerto y vuelto a nacer varias veces, dice Tamastú. ¿En tu vida?, dice Gaco: al revés que LaBigot, ¿no?, que es siempre la misma. Pero cada vez nacido sobre la base de lo que ya era antes. Ahá: una acumulación pesada. Se otean como preguntándose si no deberían estar más deteriorados. Como si estuvieran en la película de un realizador que acertó en contar una evolución de décadas con los mismos actores; como si el maquillaje no del todo convincente también revelara que bajo la semejanza de una cara a sí misma a lo largo de una vida hay muchas personas sucesivas, o a veces superpuestas, o reunidas como en asamblea, y en algunos períodos puede no haber nadie. En este instante, sin ir más lejos, se diría que las respectivas asambleas interiores de Gaco y Tamastú han quedado desiertas.

Con todo, en cada uno de ellos de golpe se hace presente un sujeto.

Debe ser una respuesta al hecho de que Turvuni se acerca a través del jardín. Trae una bandeja con tres porciones de tortilla de alguna verdura en sus respectivos platitos, tres tenedores, tres rodajas de pan y tres vasos de limonesa, la pone sobre una caja y reparte servilletines. Acerca una silla y se sienta a comer con ellos. Les cuenta un chiste que le ha contado el proveedor de harina: un panadero corta al mediodía un bollo que ha horneado a la mañana y encuentra una nariz. Todos se ríen por fases, como si no les diera el aliento para una risa continua. Eso no es un chiste, dice Gaco. Bueno, será un sueño gracioso, dice ella; por eso le falta el remate.

Es una señora de edad, Turvuni: pelo castaño de corte a lo matojo, ojos alertas entre arrugas, con los iris opacos, y una tersa espalda de muchacha.

Comen. Gaco tiene conflictos ya evidentes con una dentadura postiza; se remueve como buscando la postura apta para engañar molestias de próstata.

En la pierna boba de Tamastú no logra aquietarse un temblor que Turvuni observa de reojo.

Es por trabajar de pie, se excusa él.

Llegan desde el refectorio Dúrtil y el provecto Armugal y le piden cigarrillos a Turvuni y fuman los tres disparando el humo hacia arriba, con lo que a Dúrtil se le agita un mechón rebelde teñido de rosa. Una panda de adolescentes que ha entrado por los fondos del terreno toquetea a una bunasta que está ramoneando debajo de un boj; por el morro de la bestia, adornado de baba y hojas, surge la voz de soprano que le presta Armugal: *Fuera de acá; a dar birucha a otra parte*. Los chicos no se asombran en lo más mínimo pero se dispersan de mala gana.

Tamastú entorna los ojos: ¿Y esos quiénes son? Vienen de por alrededor, dice Dúrtil; dos veces por semana yo les doy lecciones de animalogía.

Gaco se atora y la tos causa revuelo en la bandada de cherpias blancas que andan por ahí buscando algo que picotear en el pasto. Turvuni acaricia a su marido, se reclina en la pared y pregunta:

¿Ustedes no van a parar nunca? Tampoco ustedes paran, dice Tamastú; ¿no das clases de animalogía? Igual que durante toda la historia, Dúrtil deja escapar una risita sorpresiva: ¿Pero lo nuestro no es diferente, Tam?; ¿no, Gaco? Ellos tardan tanto en responder que Turvuni se sacude la saya, Dúrtil pone los platos en la bandeja, Armugal apaga la colilla y los tres hacen mutis con una relativa agilidad. Tamastú se incorpora un poco, como si el sol lo hubiera pinchado.

¿Por qué no paramos nunca?, dice.

Por un rato cambian de tema. Varias veces: las supernovas, las torpezas del soldadorio, un ensayo de Orimal Rotu sobre el hallazgo del culto subterráneo a un Dios Solo en Isla Múrmora; pero la realidad inmediata no les da tregua. Miran las tercas incursiones de los chicos entre los animales, el enjambre de abejorros que se atarea en una mata de mamelias, la irritante masticación de la bunasta. Un ciborgue repara un techo montado en el brazo de un elevador, alguien suda haciendo abdominales contra un seto; el químico Rúlcamo, ya cerca del fin de los treinta, asoma de su laboratorio, escruta el aireador empotrado en el muro, entra, vuelve a salir y así varias veces.

Gaco dice: ¿Por qué la voluntad es tan impotente para detener lo que la vida pone en movimiento?

Me parece que esa es una preocupación nuestra, dice Tamastú.

Prácticamente no encontramos otra forma de estar que no sea el trabajo.

Cut; parte de esa infección se nos hizo vitalicia.

Grave, ¿no?, porque en una época se decía que socialmente hablando el trabajador compulsivo es la otra cara del público consumidor.

¿Y nosotros qué consumimos?

Poco y nada; eso también podría ser malo.

Pero lo horroroso del trabajo no es tanto el trabajo mismo como la aniquilación de todo lo que no es trabajo; la familiaridad con los vecinos, el

blablay sin objeto hasta altas horas…

… la búsqueda sin ton ni son, cantar, la atención a los demás, a las estaciones.

Las nubes, ¿no?; en este mundo la productividad ganó por escándalo.

Cut, ganó el imperio de la aptitud.

El crecimiento.

Y con tanto cugulchi que mejora la productividad, encima el trabajador humano se vuelve inane.

Cut, esa es la paradoja siniestra.

Pero los gerentes, los lobistas, los artistas, los mentalistas, consejeros, conciliadores: esos, esos no dejan de trabajar nunca; hasta de echarse un mische hay que sacar un rendimiento.

Claro: el objetivo empresarial de uno mismo es echarse dos misches en serie.

Cierto que nosotros tratamos constantemente de evitar que no aumentara la medida de trabajo humano necesaria.

Nos importa la holganza.

Sí; lo único es que evitar constantemente también es un trabajo.

¿Evitar qué?

Evitar.

Ah, sí; estar siempre atento es un trabajo.

Parpadeando entre la sombra y el solazo, se quedan absortos como si estuvieran eligiendo restos del pasado para componer lo que sucederá. Tal vez están certificando, como probablemente intuyeron siempre, que no es que la vida ponga recuerdos atrás y perspectivas delante. Que el acuerdo del tiempo con el espacio no es tan ordenado.

Meditan esta enseñanza como si fuera una selección de escenas de capítulos anteriores. Todo lo que hicieron y que se supone que emularán los chicos, una parte al menos, les aparece junto en un solo plano.

Uno, dice Gaco, puede ver el futuro si es responsable de lo que va a suceder. Como quien dice dejar una semilla. Claro que dejar una semilla es una muestra de egocentrismo. Manipulador, cut, cuando al mismo tiempo les inculcamos a nuestros hijos que sean libres. Bueno, no es que fuera una orden. Fff, tampoco somos quién para decir que lo inculcamos con el ejemplo. Habría que ver qué es elegir libremente. Inculcar. Habría que dar con una palabra más precisa.

Las caras de Tamastú y Gaco parecen laderas de colinas rebajadas por un aluvión. Si bien se han puesto lánguidos, no parece que sea por temor a la muerte; tal vez sea miedo a que despedirse les dé mucha pena; miedo a morirse tristes. Porque, si no se ha entendido mal la historia, para estos dos morirse tristes sería un signo de que la vida de conocimiento no les ha servido de gran cosa. Debe ser por eso por lo que siguen emperrados en aprender. Como si les faltara un elemento importante para asegurar que no van a morirse tristes.

Ahora Tamastú está diciendo: Ay, otra vez esa espiral catocha. Sí, sí, siempre imaginándonos que si encontramos un valor, si lo discernimos, una pizca de ese valor se nos va a pegar, dice Gaco. Se gira hacia Tamastú con una suerte de sagacidad: Bueno, el sueño es más grande que el soñador. Yo leí, dice Tamastú, que esa gente de Isla Múrmora, los del Dios Solo, tiene una noción… Ya sé: el pecado, dice Gaco.

Cut; el pecado sería una falta contra las normas de la creación del Dios Solo.

Una falta contra el ritmo del universo.

Como un atolondramiento.

Una ansiedad.

Bueno, pero también una ilusión.

Pero ilusión, si uno audita la palabra, puede significar entusiasmo o significar engaño.

Y…

Y…

Digamos que en el caso nuestro, querer tanto y hacer tanto y arrastrar a tantos a hacer tantas cosas tuvo algo de pecaminoso.

Y encima hinchar el aire de tanta responsabilidad.

Pecado de ilusión.

Gaco se saca discretamente la dentadura postiza, una integral inferior, sorbe un poco de agua, se hace un buche y luego de encorvarse para escupir entre las piernas vuelve a reclinarse y se repone el aparato. Palabra medio obscena, pecaminoso, dice. Grasosa como chicharrón, sí, dice Tamastú.

Crujiente como chicharrón.

Detenerse también es una palabra muy ambigua, siendo que es un verbo.

Bueno, acá nos la enrostraron como sinónimo de parar, pararse; llamarse a parar, parar la máquina, frenar el deseo; pero detenerse también sería llevarse preso, arrestarse.

Emitir una orden de captura contra sí mismo.

Se callan, un poco ufanos.

Gaco dice: Cuando era chico leí ese poema de Isla Etul sobre un cacique que tiene que zarpar a la guerra de una alianza de islas, incluida la suya, contra un archipiélago lejano; pelea cinco años y es de los pocos que se salvan, con sus tripulantes; el regreso es tan azaroso que dura cinco años más, aunque él los aprovecha para conocer el mundo y hacerse más astuto; pero acumula tanta experiencia que cuando vuelve tiene la memoria repleta y no reconoce su hogar, ni a sus esposas ni a sus hijos, ni los corrales, nada; entonces se acuerda de que un adivino le había vaticinado que iba a pasarle eso, y que si quisiera reconocer su casa tendría que partir de nuevo a hacer una ofrenda de agradecimiento por haberse salvado a no sé qué divinidad; ahora bien, este hombre no cree a pie juntillas en el vaticinio, y de todos modos sus esposas y sus hijos sí lo reconocen a él; sin embargo parte de nuevo, y es porque está modelado por las peripecias que pasó y lo suyo no es envejecer y morir sino

seguir conociendo.

Tamastú le toca el codo: ¿Y vos entendiste ese poema cuando eras pupurlín? No, me volvió a la cabeza ahora, dice Gaco, y acabo de entender que tiene su pedazo de verdad. Por otro lado, dice Tamastú, está la costumbre de las Islas del Recodo, que cuando los viejos han cumplido su ciclo dejan la casa; se retiran al bosque a ver si antes de morirse entienden.

Viene a ser lo mismo, ¿no?; son dos maneras de seguir buscando.

El entendimiento… ¿y entonces?

Habrá que pensarlo un rato más.

Vuelven a callarse. A lo lejos no se decide a crecer una música; algo como el desordenado arreglo para diez voces de una tonada muy simple. Una vaina de almendra se abre en una rama.

Ese ruidito, ¿es un plop, un clac, un crujido?

Qué pocas palabras hay para el mulgazo de ruidos del universo.

Siempre terminamos postergando la auditoría del lenguaje.

Bufan a dúo. Aunque afirman las manos en los asientos como si fueran a levantarse, no logran romper el asedio de la hora veraniega de la siesta.

Una tarea importante sería fundar un diario, dice Tamastú.

Con los artículos bien auditados.

Claro, y no con todos los términos revueltos, como en los textos de los enlaces mentales de Úrmulo.

Cut, hacer algo que influye en menos gente, es bien sabido, pero influye más, o mejor.

Cala más hondo.

¡Un diario!

Nacimos re-tarde para vivirlo de pleno.

Noticias del mundo que hay que tomarse el tiempo de leer en el cuadernaclo.

Con atención; la apoteosis del anacronismo.

La cumbre de la caducidad; bastante revoltoso, ¿no?

Siempre que no tenga un propietario.

Se necesitaría una friolera de pans para hacer un diario.

Fff.

Ehm… Me pregunto cuánto valdrá el esqueleto.

¿El esqueleto todavía está en aquel cofre?

Tendría que estar; nunca volvimos a fijarnos.

Una negligencia más.

Fff.

El cansancio les asordina las voces. Y con todo, mientras las retinas se inflaman y los párpados abultan, las voces debilitadas no paran de avanzar por los ripios de las bocas; solo que hablan con frases cada vez más cortas. Cada palabra la muerden como hacían los muy antiguos para probar si una moneda era falsa. Administran el aliento. Por salud y por filosofía. Empieza a parecer que de poco se acordasen ya más que de las nubes.

En eso Gaco se frota los muslos.
Últimamente, dice, cada semana viene sin traer un as en la manga.
Y Tamastú dice:
Cut…; ni un puñal bajo la capa.

Índice

Sobre el autor

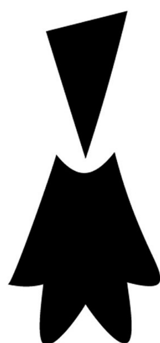
Marcelo Cohen (Buenos Aires, 1951) es escritor, traductor y crítico. Ha publicado libros de relatos, de ensayos y novelas, entre los que se destacan *El país de la dama eléctrica* (1984), *El fin de lo mismo* (1992), *El testamento de O'Jaral* (1995), *Hombres amables* (1998), *Realmente fantástico* (2003), *Donde yo no estaba* (2006), *Casa de Ottro* (2009), *Balada* (2011), *Gongue* (2012) y *Música prosaica* (2014). Sus *Relatos reunidos* aparecieron en 2014. Se lo considera uno de los traductores más prestigiosos en lengua hispana. Entre muchos otros, ha traducido a Nathaniel Hawthorne, William Shakespeare, Raymond Roussel, A.R. Ammons, Machado de Assis, Gene Wolfe, William Burroughs y M. John Harrison. Desde 2003 hasta 2014, codirigió junto con Graciela Speranza la revista de artes y letras *Otra Parte*, proyecto que continúa en la actualidad en la web de reseñas *Otra Parte Semanal*.

Cohen, Marcelo
Algo más / Marcelo Cohen. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Sigilo, 2020.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-4063-55-7
1. Literatura Argentina. I. Título.
CDD A860

Isbn ebook: 978-987-4063-55-7
Primera edición en papel: noviembre de 2015
Edición digital: julio de 2020

Diseño de cubierta: Santiago Palazzesi - gostostudio.com
Conversión digital: Tomás Caramella

sigilo@sigilo.com.ar
www.sigilo.com.ar



Verdad, misterio, locura y maravilla



La calle de los cines

Cohen, Marcelo
9789874063724
228 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Un hombre llamado Marcelo Cohen, nativo de Onzena –una de las tantas islas que conforman el Delta Panorámico–, decide compartir con los lectores algunas de las películas que más lo han impactado. Lo hace por amor al cine, por supuesto, esa "escuela práctica de la vida", pero también para darse el gusto de narrar por narrar.

Y es tal su don que puede contar cualquier historia que se proponga, como el descubrimiento de la pasión por una parejita prehistórica, el efecto liberador de una catástrofe en la vida de una mujer que creía tener todo bajo control o el duelo moral y amoroso entre un renegado justiciero y una detective vieja y

perspicaz.

Los dieciocho relatos que integran este libro no solo son una galería de películas imaginarias sino también un fenomenal despliegue de géneros, tramas, asuntos y personajes, de ideas, procedimientos y emociones, en la mano de uno de los grandes insubordinados de la prosa que nos domina. Pocos conocen tan íntimamente las palabras como Marcelo Cohen, dueño de un estilo de cuño propio que reúne elegancia y juego, precisión y lirismo, además de una imaginación singular. *La calle de los cines* es una invitación a volver a experimentar el disfrute, el asombro y la admiración que despierta la mejor literatura.

"Las novelas de Cohen son extraños artefactos verbales que despliegan mundos de gran imaginación, como *El país de la dama eléctrica*, *El oído absoluto* o *Inolvidables veladas*, y lo mismo puede decirse de sus colecciones de relatos como *El fin de lo mismo* o *Los acuáticos*".
Luciano Lamberti, *Eterna Cadencia*

"Los de La calle de los cines son cuentos macerados en el sosiego, que logran nodos de intensidad y construyen finales abiertos que se van diluyendo en lentos fundidos o dejan expuesta una fractura irreparable, porque lo que se dirime no pertenece al orden de los hechos narrados sino al terreno más abstracto de la conciencia. En cualquier caso, producen en el lector un efecto similar al que experimenta un espectador a la salida del cine, cuando se reencuentra con una realidad que le era familiar y se ha vuelto extraña".
Gabriel Caldirola *La Nación*



La otra hija

La Rosa, Santiago
9789874063885
153 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El nacimiento de su hija Luna no trae certezas para el joven protagonista de esta novela sino miedo y preocupación, y es en su padre adonde va a buscar consejo, como lo hizo siempre. Pero ese hombre brillante y encantador, que viaja por el mundo dando conferencias y parece tener la mejor solución en cualquier circunstancia, de un día para el otro desaparece de su vida sin dar explicaciones.

La decisión es tan inesperada que no puede sino despertarle un sinfín de preguntas. ¿Quién es en verdad su padre? ¿Qué lo hizo actuar así? ¿Qué hay de cierto en todos los relatos que le contó? En la galería oscura que parecen ser las

muchas vidas que ha tenido, hay un misterio que obsesiona al protagonista: ¿qué ocurrió con su primera esposa e hija?

Mientras se esfuerza por llevar adelante una familia y entenderse con la pequeña Luna, se da cuenta de que, hasta que no encuentre algunas respuestas, no podrá escribir su propia historia ni estar en paz. *La otra hija* es una novela honda y perturbadora. La sobriedad de su prosa esconde un dominio perfecto de lo que se dice y lo que se calla y por eso sorprende, cautiva y conmueve tanto.



Una canción que dure para siempre

Featherston, Santiago
9789874063984
177 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Inolvidables como las buenas canciones, los doce cuentos que integran el debut literario de Santiago Featherston tienen el raro don de establecer una inmediata y feliz complicidad con el lector. No importa que transcurran en una biblioteca, un gimnasio o en la glorieta de una casona venida a menos, ni que sus personajes parezcan seres grises, con ocupaciones más o menos convencionales, fáciles de pasar por alto en esquinas y plazas de una ciudad. Toque lo que toque, la mirada cálida, ligera y un poco melancólica de Featherston convierte a sus protagonistas en criaturas casi legendarias y a las circunstancias que viven, en escenas llenas de gracia e invención.

Algo más tienen en común los cuentos de Una canción que dure para siempre: la ciudad de La Plata y sus alrededores. Es allí donde se producen las despedidas y los encuentros, las derivas narrativas que terminan en situaciones extraordinarias, las historias que contienen otras historias y los «momentos mágicos» que Featherston, como pocos, sabe crear.



Cometierra

Reyes, Dolores
9788412040401
176 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Dice Cometierra:
"Me acosté en el suelo, sin abrir los ojos. Había aprendido que de esa oscuridad nacían formas. Traté de verlas y de no pensar en nada más, ni siquiera en el dolor que me llegaba desde la panza. Nada, salvo un brillo que miré con toda atención hasta que se transformó en dos ojos negros. Y de a poco, como si la hubiera fabricado la noche, vi la cara de María, los hombros, el pelo que nacía de la oscuridad más profunda que había visto en mi vida".

Cuando era chica, Cometierra tragó tierra y supo en una visión que su papá había matado a golpes a su mamá. Esa fue solo la primera de las visiones. Nacer con un don implica una responsabilidad hacia los otros y a Cometierra le tocó uno que hace su vida doblemente difícil, porque vive en un barrio en donde la violencia, el desamparo y la injusticia brotan en cada rincón y porque allí las principales víctimas son las mujeres. En la persecución de la verdad, en el descubrimiento del amor, en el cuidado entre hermanos, Cometierra buscará su propio camino.
Dolores Reyes ha escrito una primera novela terrible y luminosa, lírica, dulce y brutal, narrada con una voz que nos conmueve desde la primera página.

"*Lo más intenso que he leído en mucho tiempo. Reyes es capaz de sugerir la violencia desde una posición lírica, alejada de la manía de mostrar por mostrar. Con diálogos muy sencillos e imágenes a ratos surrealistas, nos hace llorar a fuerza de sugerir la miseria de todo un país y la terrorí ca situación que afrontan sus mujeres.*" Luna de Miguel



El mar interior

Capelli, Matías
9789874063960
144 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El mar interior comienza con una bicicleta chocando contra un tranvía. El ciclista es Milton, un joven periodista argentino. «Con una buena indemnización, desempleado, una profesión en vías de extinción y un pasaporte europeo», Milton acaba de instalarse en Ámsterdam con su pareja, una música becada en un prestigioso conservatorio. Mientras ella pasa los días afuera, él sostiene una rutina solitaria: se ocupa obsesivamente de las tareas domésticas, cuida la planta monstruosa con la que están obligados a convivir, practica natación varias veces por semana y pedalea por la ciudad mientras observa el nuevo mundo que los rodea. Arrojado a una tierra extraña en la que todavía no logra

echar raíz, Milton no solo tiene que lidiar con sus prejuicios hacia el país que mal o bien lo ha recibido, con las dificultades idiomáticas y la necesidad de conocer gente y hacerse amigos. También necesita, con urgencia, conseguir un trabajo, ahora que los medios argentinos se muestran cada vez más renuentes a publicar sus artículos. Matías Capelli combina sus grandes dotes de narrador y de cronista para proponer una reflexión sobre la intimidad y los registros de lo íntimo, una de las tantas máscaras que puede adoptar la literatura. Como un etnógrafo alucinado, en su segunda novela cuenta con humor e inteligencia la historia de un personaje que encuentra, en el corazón de la extranjería, una inesperada forma de liberación.